
DOC SAVAGE
por KENNETH ROBESON
LA MARCA DEL HOMBRE LOBO

La marca del hombre lobo

Kenneth Robeson
Doc Savage/11

CAPÍTULO I

UN MENSAJE INAUDITO

ESCENARIO: una estación intermedia del transcontinental en el alto Canadá.

La estación hallase ocupada por un solo hombre, un único empleado: El telegrafista que desempeña un "O. S. job", oficio de centinela, así llamado en el argot del país por los empleados de ferrocarriles. Corre a su cargo telegrafiar a la estación el paso de los trenes.

Jamás ha ocurrido nada digno de mencionarse en la estación ni en la vía ni en sus alrededores desde que éste telegrafista trabaja en la compañía.

Por excepción, sin embargo, deben acontecer grandes cosas, cosas extraordinarias, el día en que comienza este relato, a juzgar por el aspecto particular del hombre, por su excitación, semejante a la que sentía en su infancia cuando se le invitaba a asistir a una función de circo.

¿Qué era lo que provocaba en él tal estado de ánimo? Simplemente, un telegrama que acababa de transcribir dirigido a nombre de cierto viajero del tren expreso cuya llegada era inminente.

Con frecuencia interrumpía su labor rutinaria para contemplar el nombre que ostentaba el telegrama. Una de las veces en que hacía esto, murmuró, rascándose la cabeza:

—Mira que si fuera él la persona que me figuro... —y concluyó la observación con un silbido suave y prolongado.

De pronto, asaltado por una idea súbita, se puso en pie de un brinco y corrió al fondo de la pieza. En él había una estantería llena de libros y revistas, pues el telegrafista leía mucho, en su soledad.

Despreciando los primeros extendió el brazo y fue ojeando las segundas, una tras de otra.

Buscaba un artículo determinado. Por fin como en la primera página de una revista, color de bronce, donde cambiaba un colosal signo de interrogación atravesado por una frase en diagonal, leyó las siguientes palabras y intrigantes, "de entre los hombres, ¿Cuál es el más sorprendente que conocemos? ", Preguntaba. Y añadía a continuación: "véase página 9".

En la página indica que estaba, en efecto, el artículo que le interesaba a leer, encabezado por grandes letras negras.

"**EL HOMBRE DE EL MISTERIO**"

Escrito en forma objetiva, de relato de hechos, era una obra maestra del género literario. ¿Sería, también, verídica como totalmente verídica?

El telegrafista lo dudaba un poco, conocía ya el artículo. Sin embargo, se enfrascó en su lectura. Le interrumpió el silbido de una locomotora. Un tren se aproximaba. Pasado un instante, el telegrafista percibió claramente el martilleo acompasado de las ruedas. Era el expreso.

Al llegar a la estación hizo alto la máquina —y con ella el interminable rosario de coches— entre chirrido de los frenos neumáticos y columnas de humo y de vapor. Desde tiempo inmemorial se detenían los trenes en aquella estación intermedia con objeto de renovar su provisión de agua.

Poco después entró Wilkie (Wilkie era el jefe de tren) en la habitación ocupada por el telegrafista. Su cabeza, en exceso voluminosa, y su estómago prominente, le prestaban cierta semejanza con un duendecillo grotesco y uniformado.

—¡Hola, Pillastre! —saludó alegremente al entrar.

Sin responder, el telegrafista le tendió el telegrama, en súbito arranque dramático.

—¡Ah! Para uno de nuestros viajeros, ¿eh? —continuo diciendo Wilkie; e hizo ademán de metérselo en el bolsillo.

—¡Un momento! Antes míralo y entérate de a quién va dirigido —exclamó impulsivamente su interlocutor.

Wilkie leyó el nombre y apellido estampados sobre el telegrama.

—¡Por cien mil pares de diablos! —le tocó exclamar a su vez.

—¡Ah! Ya sabía yo que le conocías —observó, con triunfal

acento, el telegrafista. Wilkie se quitó, abstraído, la gorra galoneada.

—¿Será el mismo individuo? ¿Qué te parece? —inquirió, pensativo.

—Creo que sí —replicó el telegrafista—, le acompañan sus cinco hombres. Están de vacaciones y se dirigen a los bosques de la costa donde él tiene un pariente.

—¡Hola! Y ¿Cómo sabes tú esto?

El telegrafista sonrió.

—No te extrañe —repuso—, como estoy tan sólo, me distraigo captando los telegramas que se cruzan aquí procedentes de unos y otro extremo de la línea. Por ello sé que él ha enviado una misiva a su pariente, anunciándole su llegada, en unión de sus cinco camaradas.

Wilkie tuvo un momento de vacilación y, después leyó el telegrama (probablemente le asistía el derecho de hacerlo, en calidad de empleado de la compañía).

—¡Uf! —exclamó, tras de haberse enterado de su contenido—, si el mocito ese fuera pariente mío ¡A cualquier hora le enviaba yo una misiva redactada en estos términos!

—Digo lo mismo. Oye: ¿Conoces su historia? —El telegrafista tomó la revista abandonada en sus manos.

—No, pero, la verdad, me agradaría conocerla.

—Pues toma y lee —El telegrafista le entregó la revista—, que es seguro que vale la pena. Aquí, en el artículo, se relatan las diversas hazañas llevadas a cabo por el y sus cinco camaradas y te digo, Wilkie, que me cuesta trabajo darles crédito; tan prodigiosas son. ¡Ese mocito debe ser un superhombre!

—Los literatos exageran, a veces —observó juiciosamente Wilkie.

—Mas no los que escriben para esta revista; goza fama de verídica —replicó el telegrafista.

Apoyó sus palabras un silbido de la locomotora. Las pobladas colinas lo devolvieron, quejumbroso como un gemido.

—¡Hola! Esa es la vieja “Highball” —Wilkie giró sobre sus talones—. Bueno; gracias por la revista y ¡hasta más ver, muchacho!

El tren se deslizaba ya suavemente sobre sus rieles. Con rapidez y precisión originadas por una larga práctica, Wilkie se colgó de

uno de los estribos y se encaminó al coche —salón, recomiendo los pasillos en movimiento, con la pericia con que recorrería un marinero la cubierta de un buque sacudido por las olas tormentosas.

Abrió la revista por la página 9 y se extasió mirando el artículo. Sobre todo el epígrafe le emocionaba. Absorto en su lectura, tropezó y estuvo a punto de caer sobre una maleta que sobresalía bajo uno de los asientos.

—¡Qué hombre! —exclamó, al propio tiempo, involuntariamente.

El dueño de la maleta le miró indignado, creyéndose aludido.

Pero Wilkie prosiguió imperturbable su camino. Ya en el coche —salón, abordó a un camarero.

—Voy en busca de este caballero —explicó mostrándole el telegrama—. ¿Le conoce usted?

—¡Pues ya lo creo! —repuso el negro—. ¡Es el hombre más extraordinario que he visto en mi vida!

—¿Sí? ¿Qué tiene de extraño?

—Ante todo su corpulencia desusada —dijo el camarero, clavando una extática mirada en el techo del vagón—. Después su mirada; parece leer con ella hasta el fondo del alma, si le viera usted hacer gimnasia con el torso desnudo se quedaría atónito. Yo jamás había tenido ocasión de contemplar músculos semejantes; parecen cables.

Wilkie hizo un gesto de aprobación. Había subido al tren en la estación de empalme y, por consiguiente, desconocía aún a la mayoría de los pasajeros.

—Bien; le hallaré, sin duda, en el coche mirador. ¿Cree que sabré reconocerle a primera vista?

—No puede ser de otro modo —afirmó con calor el camarero—. Su talla es poco corriente; El color de su tez singularmente bronceada.

Wilkie se dirigió al coche en cuestión.

Entre tanto, en la pequeña estación intermedia sonaba, ruidosamente, el telégrafo acústico.

El telegrafista se instaló ante el teclado de su aparato, semejante en todo al de una máquina de escribir, y se preparó a recibir el despacho telegráfico.

Este iba dirigido al viajero de un tren que no era el expreso. El

telegrafista anotó su número y dirección, así como el lugar de donde procedía. A continuación se inclinó sobre el manipulador e interrumpió la comunicación.

—Número equivocado —transmitió.

(Los telegramas se numeraban por un orden consecutivo. De este modo se evitaba que quedaran en el aire» en caso de no ser recibidos al otro extremo de la línea).

—No. Es el que corresponde al telegrama —le contestaron desde la estación inmediata anterior.

—Te has matado un número —insistió el operador—. Me has mandado otro mensaje aun no hace medía hora.

—¿Media hora, dices? Lo menos cuatro han transcurrido desde que te transmití el último.

El telegrafista movió, sorprendido, la cabeza, sacó la copia, tomada mediante una hoja de papel carbón del telegrama dado a Wilkie y la transmitió integra a su compañero.

—Yo no he recibido tal despacho —le informaron pasado un instante.

—Pues yo sí —replicó el telegrafista siempre por medio del aparato telegráfico—. Hay algo extraño en esto; ¿no te parece? ¿Habrán puesto un cable adicional a la línea?

—¡Que me registren! —fue la respuesta que obtuvo.

El telegrafista reflexionó un buen rato antes de tomar una decisión. Mas, una vez tomada manejó el manipulador y transmitió a su compañero:

—Voy a telegrafiar a la estación más próxima, al Sur de la vía, y comunicaré a Wilkie lo que sucede.

—¡Uf! No es mal trabajo ¿Por qué te tomas tanta molestia?

—Es muy sencillo: lo mismo a él que a mí nos ha chocado en grado sumo el contenido del telegrama y los dos estamos de acuerdo en que es muy poco común.

—Bien: y ¿Qué sabéis de los asuntos del hombre a quien va dirigido?

—Te diré: respecto de él he leído muchas cosas; pero, ya hablaremos de eso más tarde: vale la pena. Ahora voy a telegrafiar a Wilkie.

Y comenzó a teclear las letras de llamada de una estación a la que pronto llegaría el rápido en que viajaba el jefe del tren.

Detrás de él, sin hacer ruido, abrióse furtivamente la puerta y dos hombres penetraron en la estación. Los dos iban manchados de grasa; los dos llevaban un pañuelo anudado atrás, que les tapaba el rostro, y sendo revólveres.

El telegrafista no les oyó entrar, tan absorto estaba en su llamada. Es más: cabe dudar de que se diera cuenta de su presencia, aún en el último momento.

Uno de los asaltantes le puso en la sien la boca del revólver y apretó el gatillo.

Sonó un estampido ensordecedor.

El telegrafista cayó de la silla al suelo. Había muerto instantáneamente.

Inclinándose sobre el teclado, su asesino se apoderó del manipulador.

—No es caso de lo que acabó de decirte a propósito de cierto telegrama —trasmitió,— estaba en un error.

—Ya. Por lo visto te ha transtornado la permanencia en ese paraje solitario —respondió el telegrafista distante, que creía que hablaba todavía con su compañero de la estación intermedia.

El asesino prorrumpió en una carcajada escalofriante.

—¿Que si me trastorna? —repitió como delirando—, ¡Ja, ja, ja! Al rey Jorge nada le trastorna..., ¡ja, ja, ja!... y yo soy el rey Jorge...

Por espacio de unos minutos continuó telegrafiando palabras extravagantes, propias de un demente; después de lo cual, limpió cuidadosamente el revólver de huellas dactilares y lo depositó entre los dedos inertes del telegrafista.

—Bueno, ya está todo arreglado —dijo a su compañero—, ahora se creerá que este hombre se ha vuelto loco de repente y que se ha suicidado. Nadie podrá valerse de mi revólver para seguir una pista, pues le limpiado el número.

—¡Me desagrada todo esto! —exclamó adelantándose, su compañero.

—Tenemos que evitar que se descubran que hemos agregado un empalme a la línea y enviado por conducto de ella un telegrama ¿no? Es de sentido común. Buena, ¡Tomemos las de Villadiego!

La pareja partió; poco tiempo después, un sombrío monoplano negro despegó elevándose en su seno, de una hermosa planicie que distaban unas 3 millas de la estación intermedia.

El aeroplano se alejó zumbando, de cara al sol de la tarde. Seguían la vía férrea, hacía el oeste, como en persecución del viajero del expreso.

Wilkie, el jefe de tren, se movilizó en mitad del coche mirador y miró asombrado frente a sí. La explicación del camarero negro y lo que él mismo había leído en la revista, habíanle preparado, hasta cierto punto, para el espectáculo que tenían delante, un individuo que se ofrecía a su mirada era más extraordinario todavía de lo que había supuesto.

De no haber sabido lo contrario, Wilkie hubiera jurado que era una estatua maciza de bronce. Sorprendía su parecido con una figura de metal.

Su frente elevada, poco común, su boca firme y musculosa, sus huesudas mejillas, denotaban una rara fuerza de voluntad. El bronceado cabello era de un tono más oscuro que su piel y lo llevaba alisado y echado hacia atrás.

Solamente comparando su estatura con el tamaño de la silla que ocupaba en aquel momento en el vagón, saltaba a la vista sus colosales proporciones disimuladas por la perfecta armonía del tronco y los miembros. Ni un solo de éstos parecían haberse desarrollado, a expensas de otro.

Wilkie salió, con trabajo, de su ensimismamiento y adelantó un paso.

—¿Doc Savage? —inquirió.

El hombre de bronce alzó la mirada.

De pronto Wilkie se dio cuenta de que lo más sorprendente del individuo eran sus ojos, semejantes a lagos de oro fundido y resplandecientes cada vez que eran heridos por los rayos de sol poniente que a raudales, penetraban en el vagón por la abierta ventana. Su mirada magnética poseía la rara habilidad de transmitir expresivamente los deseos de su mente.

No cabía dudarlo: era un hombre extraordinario.

—Doc Savage —repuso—, eso es.

Su voz impresionó a Wilkie. Estaba en consonancia con su aspecto y vibraba de voluntad contenida.

—He aquí un telegrama para usted. Me lo han entregado en la última estación —dijo Wilkie, y le tendió el mensaje. Por primera vez en muchos años, le intimidaba la presencia de un semejante.

—Gracias —replicó Doc Savage.

Wilkie notó que se retiraba, a pesar de que había pensado quedarse en el vagón y entablar conversación con aquel ser extraordinario. Mas, el tono con que había pronunciado aquella sola palabra le había obligado partir. Al propio tiempo descubrió que el metálico gigante le inspiraba un sentimiento de simpatía, cálido y espontáneo.

¡La de cosas que podía hacer a que el hombre con su voz imperiosa!

Estaba a punto de salir del coche mirando, cuando aconteció otra cosa maravillosa. Un sonido especial le hirió el tímpano.

Entonces se detuvo bruscamente. Su rostro había adoptado una cómica expresión de aturdimiento e involuntariamente, se tapó los ojos. El sonido aquel era tan curioso que, en el primer momento, lo creyó producido por su imaginación. Era una sola nota, mas no parecía venir de un lugar determinado del coche, sino de otras partes a la vez.

Era una nota suave y apagada, electrizante, como el canto de un alado huésped de la selva, un sonido producido por el viento al atravesar los árboles desprovistos de hojas. Comenzó por una nota musical y recorrió toda la escala, melodiosa y no obstante sin armonía aparente. Luego murió de imprevisto.

A Wilkie no le espantó aquel sonido; por el contrario, descubrió en el algo arrebatador.

Y mientras perseguía su camino, parecióle como si acabara de echar un trago de un licor añejo y exquisito. Tal fue el efecto que produjo en aquel sonido inesperado y fantástico.

CAPÍTULO II

LA MARCA DEL HOMBRE LOBO

A decir verdad, aquel sonido formaba parte integrante de Doc Savage, le era peculiar y lo emitía involuntariamente, en momentos de intensa concentración o cuando se hallaba sorprendido. Con frecuencia brotaban de sus labios sin que él se diera cuenta.

Mas, en esta ocasión, había motivado su grito la lectura del telegrama.

Abandonó su puesto, se dirigió a la plataforma posterior del coche.

En ella iban otros pasajeros a quienes sorprendió la aparición del hombre de bronce de modo tal, que dando al olvido su discreción de buen tono, le miraron francamente asombrados.

Un caballero anciano, pero todavía muy erguido, con el rostro ligeramente atezado, examinó perfectamente sus manos. Enormes tendones flexibles demostraban el vigor increíble de aquellas manos que fascinaban al caballero.

Junto a él iba sentada una joven encantadora, de oscuro cabello. Tenía ojos limpios, rasgados y su boca parecía un capullo de rosas. Tan limpia y bien planchada iba, que parecía acabada de vestir y arreglar. Era evidente que no llevaba mucho tiempo en el lugar, pues incluso los individuos más pulcros ostentan bien pronto los efectos de un viaje.

Claramente se veía que el atezado caballero y la linda damisela eran padre e hija.

A la atractiva muchacha pareció intrigarle, no el aspecto innegable de la fuerza física de Savage, sino su belleza viril. Era aquél uno de los hombres más simpáticos que jamás había visto.

Pero Doc prosiguió su camino, aparentemente como si la pareja

no le hubiera llamado la atención.

El caballero frunció el ceño, de pronto, y pesadamente dejó caer la mano sobre un brazo de su hija.

—¡Quita allá! —exclamó con acento severo, en español—. ¡Tú has sonreído a ese hombre, Cere!

La encantadora Cere se ruborizó. Estaba muy confusa. Ella no había querido sonreír, pero lo había hecho.

—¡Esto es espantoso! —exclamó riendo también en español.— It is dreadful! Por suerte no ha reparado en mi, de lo contrario creería que soy una descarada.

—Sí, si —convino su acompañante, con marcado aire de desaprobación.

Contemplaban todavía más pequeña cada vez, las fornidas espaldas del desconocido, cuando una voz apagada vino a sacarles de su ensimismamiento.

Una tercera persona se les había agregado, en silencio. Era un individuo alto como esbelto, y no obstante, de aspecto atlético, de rostro bello como el de una mujer, y que contrastaba singularmente con la mirada dura de sus ojos.

Representaba unos 35 años a lo sumo, y en realidad no tenía más.

—Espero, señorita, que no habrá perdido aun todo su valor —dijo a Cere con acento meloso. Y añadió, tras de un ceremonioso saludo al atezado caballero:— ni tampoco usted el suyo, señor Oveja.

—No tema el Rábanos —le respondió Cere en excelente inglés—. En lugar de discutir nuestras desgracias, observábamos, papá yo, las cualidades físicas del hombre de bronce que acaba de pasar. ¡Realmente saltan a la vista! ¿Sabe quién es ese caballero, por casualidad?

El Rábanos se inclinó para murmurar a su oído:

—¡Por favor, no hable tan alto, señorita!

Un cercano observador hubiera reparado en que la linda señorita palidecía visiblemente.

—Quiere decir…

—Que el hombre de bronce, como lo llamó usted, es Doc Savage —replicó el Rábanos.

El señor Oveja se puso rígido en su asiento.

—¿Con qué es ese el hombre... El miserable que pretende quitarnos de en medio?

—¡Dios mío!

—Si, si —murmuró el Rábanos—, debemos vigilar a ese Doc Savage. Nuestras vidas están en peligro.

—¡Tan buena impresión como produce al pronto!... —murmuró, desesperada, Cere.

Mientras, Doc Savage, ignorante de la bomba que había estallado a su paso, salía a la plataforma del coche mirador.

En ella había un hombre, el rasgo más saliente de su persona parecía ser sus manos, gigantescas, cada una de las cuales contenía más de 1 libra de huesos y tendones cubiertos por un pellejo duro, semejante a crujiente lamina de hierro.

Su corpulencia era notable (tenía 6 pies de estatura y pesaba 250 libras), pero, por contraste, el tamaño enorme de sus manos le empequeñecía.

Añádase al conjunto una cara larga y puritana y melancólica como y se tendrá una idea perfecta de Renny, el hombre que parecía salir, siempre de un funeral.

—Mira esto, compañero —dijo Doc Savage tendiéndole el telegrama.

El hombre de los grandes puños obedeció. Era oficial del ejército, el coronel Juan Renwick, conocido en diversas partes del globo por sus notables trabajos de ingeniería. Además, se había hecho famoso por el habito original de hendir las cerraduras de las puertas a puñetazos. Según él, no había puerta lo bastante recalcitrante para resistírsele.

Su aire fúnebre era el que adoptaba generalmente cuando estaba en paz consigo mismo y con el mundo.

Por todas estas cualidades notables realmente, y además por simpatía, pertenecía al grupo escogido de los ayudantes de Doc, compuesto de cinco valientes.

El telegrama iba dirigido a Doc Savage y decía sobre poco más o menos:

"En este momento recibo el parte en que me anuncias tu llegada. Punto. Deseo que sepas que no me interesa el resto de la familia. Punto. Que no deseo tu compañía. Punto. Y que celebraré que te vayas a descansar a otra parte.

Alex Savage."

En sus momentos de entusiasmo vehemente o de indignación calurosa, Renny solía lanza una exclamación característica:

—¡Por el toro sagrado!

De ella se valió entonces para expresar sus sentimientos.

—Por el toro sagrado, eso es, estamos de acuerdo —dijo Doc.

—¡Maldito sea! —La voz de Renny sonaba como el rugido de una fiera herida en su caverna—. ¿Con qué no necesita de nuestra compañía, eh? ¡Demonio de hombre! Nosotros vamos a cazar, a pescar, a hacerle meramente una visita de cumplido, no a exprimirle el jugo como a un mínimo. ¿Qué se habrá creído? Si lo desea, no le molestaremos, pero que me ahorquen si permito que nos agüe las vacaciones.

—Alex Savage es propietario de una gran extensión de terreno costero —observó Doc,— que, según dicen, es el más apropiado del Canadá para la caza y la pesca.

Renny lanzó un gemido atronador.

—¡Vaya un fino gesto de bienvenida! —comentó—. Oye, Doc, ¿Te conoce ese Alex Savage?

Personalmente, no —dijo Doc—, es tío mío, pero jamás le he visto, ni a él ni a su heredera.

—¡Ah! ¿Tiene una heredera?

—Si, una hija única, cuyo nombre es Patricia, según creo. Ahora debe tener aproximadamente, unos dieciocho años.

Renny dio una palmada a que hizo un ruido completamente al de los dos trozos de pedernal que chocaban entre sí.

—Pues bien; si tu tío y tu prima se niegan a recibirnos, Doc, tendremos que irnos a otra parte —dijo melancólicamente—. ¿Dónde está el mapa? Trataré de encontrar otro lugar donde abunde la pesca.

—Tendremos que aplazar la pesca para otro día —dijo secamente Doc.

—¿Eh?

—Sí. Este mensaje me parece muy sospechoso.

Asombrado y perplejo, Renny siguió al interior del vagón al bronceado gigante, que era su jefe y compañero. Su situación con relación a este último era poco común. Obedecía gustoso hasta la orden más pequeña que procedía de Doc. Sin embargo no percibía

ni un penique.

En realidad, era millonario. Su pericia en el ramo de ingeniería le había proporcionado una fabulosa fortuna, y hasta cierto punto se había retirado para seguir lo que más amaba en el mundo: la senda de las aventuras.

El peligro, la excitación, era la satisfacción de su vida.

Perseguía un fin determinado; sustentaba un credo a la observación del cual dedicaba su vida entera. ¿Cuál era su misión? Sencillamente lanzarse de un extremo a otro la tierra en pos de todo aquel que se hallara necesitado de ayuda castigando a quienes lo merecía.

Doc había sido educado para esta misión desde la cuna, y, al igual que Renny, sus cuatro ayudantes se hallaban unidos a él por su amor a las aventuras. También, lo mismo que Renny eran maestros en sus respectivas profesiones.

Uno era el mago de electricidad; otro, un afamado químico; y el cuarto, el abogado más astuto de cuantos han salido de la universidad de Harvard.

Disipar las penas y dolores era el propósito vital que guiaba a Doc y a sus amigos en las hazañas que habían llevado sus nombres hasta el último confín de la tierra. Doc, el superhombre bronceado, estaba en camino de convertirse en un héroe legendario. Era la imagen del terror para los que obraban mal.

Entró en su departamento y Renny le siguió. El salón se hallaba atestado de maletas y cajas metálicas provistas de asas supletorias de cuero.

Doc abrió una de esas cajas y de su interior sacó un aparato receptor y transmisor de radio. Moviendo diestramente sus huesudos dedos maniobró en los "controles" o mandos. El aparato estaba dotado de un "bug" o manipulador mecánico propio para una transmisión rápida.

—¿A qué estación te diriges Doc? —interrogó Renny.

—A una de la ciudad, cercana a la morada de Alex Savage que, si no me engaño, pertenece a la Real policía montada —explicó Doc —. Voy a ver si consigo comunicación con ella.

Renny le oyó sin pestañear. No le impresionaba lo más mínimo que su jefe conociera la existencia de una emisora perteneciente a la policía ni tampoco que supiera de memoria las letras de llamada.

Doc tenía una fabulosa fuente de información en todas partes.

Doc obtuvo contacto, finalmente, con la estación que buscaba y descubrió su entidad.

—A su servicio, mister Savage —le contestaron.

Renny oyó estas respuestas gracias a los auriculares que se había puesto, pero no le sorprendió. No era aquél el único cuerpo de policía que cooperaba en la labor de Doc Savage.

—Acabo de recibir un telegrama, al parecer procedente de esa ciudad, que me envía Alex Savage —transmitió Doc—. ¿Quieren ver si, en efecto, ha salido de ahí?

Transcurrieron cinco minutos de un silencio total que empleó el distante operador para hacer las averiguaciones necesarias.

—No. Tal mensaje no ha salido de aquí —replicó luego.

Doc le dio las gracias y tornó a colocar el aparato en su caja.

—Ya me lo parecía —dijo a Renny.

—¿Conque es falso? —observó el coronel.

—¿Qué es lo que te ha movido a sospecharlo?

—Pues sencillamente el que haya sido dirigido a este tren —explicó Savage—. Como recordarás, en nuestro telegrama a mi tío no mencionábamos para nada el tren que íbamos a tomar.

Doc, con Renny marchando a su lado, fue en busca de Wilkie, el jefe de tren.

Wilkie se hallaba absorto, precisamente, en la lectura de la revista que contenía la historia de sus hazañas.

—¿Tardaremos mucho en llegar a una estación donde la cual pueda enviarse un parte? —le preguntó Doc.

Antes de poder contestar, Wilkie tuvo que tragar saliva por dos veces. Lo que estaba leyendo había acrecentado más, si cabe, el respeto que le inspiraba el hombre de bronce.

—Dentro de unos minutos pasaremos por una estación sin importancia. El tren no se detiene en ella —dijo,— mas, si le parece, sujetaremos el despacho con un “clip” a un rollo de papel y se lo daré, al pasar, al telegrafista.

—¡Bueno!

Doc redactó el telegrama en estos términos:

“ Sucede algo raro. ¿Recibió telegrama notificándole pensaba instalarme cerca de usted en unión con cinco amigos míos durante la temporada de vacaciones? Diga si me ha telegrafiado que no fuéramos.

Por favor conteste inmediatamente. —Doc Savage.”

A continuación puso en el papel las señas de su tío, lo dobló y se lo entregó al jefe.

—Ignoro lo que puede costar —observó este último.

—Con esto podrá usted pagar dos como este —Doc le alargó un billete canadiense de cinco dólares—. Quédese con el cambio.

—No, señor —repuso apresuradamente el jefe de tren—. Cursaré el telegrama sin que le cueste un céntimo, mister Savage.

Wilkie se excedía a sí mismo con tal de complacer al hombre de bronce.

Doc pareció sorprenderse, de momento, mas al instante reparó en la revista que leía Wilkie. Sus metálicas e inescrutables facciones no se alteraron, pero después de un instante de silencio, señaló hacia la revista:

—El mocito que escribió este artículo —dijo secamente—, posee un exceso de imaginación.

Y, seguido de Renny, se alejó del admirado jefe. Al volverse tropezó con dos hombres de tostado semblante y una bella muchacha de cabello oscuro.

Eran el señor Oveja, su hija Cere y Rábanos, el de la cara afeminada.

Los tres desviaron de él la mirada. En realidad habían escuchado, en silencio, detrás de Doc, el mensaje que éste daba a Wilkie. Mas por nada del mundo hubieran deseado que se enterara de esto el bronceado gigante.

Doc y Renny prosiguieron caminando.

—¡Es una preciosidad! ¡Una verdadera preciosidad! —murmuró Renny, al encontrarse a solas con su jefe en el coche contiguo.

—¿El que?

—Esa muchacha. ¡Por el Toro sagrado! ¡Da gozo mirarla!

—¡Ah! Sin duda te refieres a la que acompaña a dos hombres morenos que me han estado espiando mientras hablaba con Wilkie. ¿No es eso? —dijo suavemente Doc.

Renny se atragantó.

—¿Qué dices? —exclamó, cuando pudo hablar.

—Que esos tres individuos han estado espiándonos —repitió tranquilamente Doc.

No hubiera sido floja la sorpresa del señor Oveja, de su hija Cere

y de Rábanos, si hubieran podido oír semejante declaración, pues ni remotamente sospechaban que acababan de ser descubiertos. Desde luego ignoraban que poquísimas cosas pasaban inadvertidas para Doc de cuantas ocurrían a su alrededor.

Renny frunció el ceño y se oprimió las manos.

—¿Qué te mueve a sospecharlo, camarada? —inquirió.

—El interés que nos demuestran esa bella señorita y sus dos acompañantes —replicó Savage—. Hay que tener presente que se quiere alejarnos del tío Alex y de su morada.

—¿Por qué razón? ¿Lo sabes tú?

—Simplemente, para darnos un disgusto —Renny hizo una mueca.

—¿Qué me dices? —exclamó, con sorna.

—Por desgracia me he olvidado de la esfera de cristal —dijo Doc, en tono grave. El coronel sonrió. Cierta persona incrédula que dudaba de la precisión fantástica con que leía Doc el significado de acontecimientos misteriosos y deducía de ellos lo que estaba por venir había declarado en una ocasión que el hombre de bronce era un mago capaz de leer el futuro en una bola de cristal. La verdad era que la doble vista de Doc provenía de una mente que operaba con diáfana claridad.

—Debemos dar parte de esto a nuestros compañeros —sugirió el coronel.

Aludía a los cuatro miembros que, con él, componían el grupo dedicada al servicio de Doc. Dichos caballeros jugaban en aquellos momentos al ajedrez en el coche salón.

—¡Excelente idea! —aprobó Doc—. Vamos a decirles lo que pasa.

Y se dirigió a la puerta del coche en cuestión. De repente se inmovilizó; en el acto de ir a poner la mano sobre el pomo.

—¡Mira Renny! —exclamó.

En la puerta aparecía un tiznón de forma fantástica. Apenas dibujado, sólo visible después de atento examen; tenía poco más de un pie de altura por medio de ancho.

Renny estaba situado de espaldas a la ventanilla. Entonces pasó al otro lado de la puerta con objeto de que la luz diurna diera de lleno sobre ella.

—¡Por el Toro sagrado! —exclamó, apenas hubo visto

claramente el tiznón—. Parece la cabeza de un lobo, Doc; de un lobo con rasgos humanos. ¡Qué repugnante!

Doc hizo lentamente un gesto de aprobación. Sus bronceadas facciones seguían inconmovibles, sus extraños ojos dorados no habían variado de expresión.

—El hombre —lobo— explicó.

—¿Qué? —Renny estaba perplejo—. ¡Pero ese fantasma no existe! ¡Es una vieja leyenda de tramperos canadienses e indios nativos!

—La leyenda de los humanos que, sedientos de sangre humana, se convierten en lobos para satisfacer sus apetitos vampirescos —dijo tranquilamente Doc—. Son seres desagradabilísimos, aun tomándoles como héroes de leyenda.

Renny titubeó. Fue cuestión de un instante; después pasó un dedo sobre el dibujo. Su índice colosal dejó amplia huella.

—¡Bah! ¡Es polvo! —murmuró—. Lo raro es que parezca un dibujo.

—Veamos la puerta —dijo Doc—. Está cerrada...

—¡Diantre! ¡Algo malo sucede!

Impulsivamente cerró Renny el puño, alzó el brazo y ¡Zas!, Le asestó un golpe formidable. La puerta se hundió como sí fuera de manteca. ¡Zas! ¡Zas!

La cerradura caía ahora hecha pedazos.

Los dos hombres entraron, como una tromba, en el coche —salón.

En el suelo, en torno de una mesa, yacían cuatro cuerpos en grotesca posición. Habían quedado tal como cayeran de sus sillas.

Eran los cuatro ayudantes de Doc.

—¡Están muertos! —gimió Renny.

En el mismo instante centelleó una masa blanca, confusa, junto al tren en marcha. Era la estación de que Wilkie había hablado a Doc y a la cual pensaba lanzar el telegrama. El hombre de bronce se desembarazó del papel sin tropiezos y antes de perderla de vista vió entrar en la estación al telegrafista con el despacho en la mano.

CAPÍTULO III

LA AMENAZA

LA ventanilla del coche en que yacían rígidos los cuatro amigos de Doc estaba cerrada herméticamente. El hombre de bronce se abalanzó a ella y alzó el bastidor.

Entonces, por el hueco abierto, penetró en el salón el sonido particular de las ruedas semejante al gemido de un monstruo mecánico.

Renny había lanzado una exclamación angustiosa: "¡Están muertos!", Más reaccionó al instante y mientras Doc abría las ventanillas él se arrodillaba junto a uno de los cuerpos inertes de sus camaradas. Era éste un personaje notable.

Membrudo y vigoroso como Renny, cuya talla sobrepasaba en muy poco, parecía pesar diez libras más. Casi tan ancho como alto, de rostro espantosamente vulgar y los brazos más largos que las piernas, hubiera podido jactarse de su parentesco con un mono, con un gorila gigantesco.

Así era Monk, o si se prefiere, Andrés Blodget Mayfair, cuyos experimentos en el campo de la química habían atraído sobre él la atención de los dos hemisferios.

—¡Por el toro sagrado! ¡Pues están vivos! —exclamó Renny, después de examinarle atentamente.

Su jefe no replicó. Husmeaba en torno de la pieza y sus ojos dorados la escudriñaba en todas direcciones.

A continuación examinó la cerradura de la puerta y la llave, pues en ella, evidentemente se había cerrado la puerta por dentro.

Luego se aproximó al grupo formado por sus compañeros y levantó del suelo al más próximo. Individuo extremadamente alto y tan flaco que parecía un esqueleto. La chaqueta pendía de sus

hombros como un colador.

A caballo sobre la nariz llevaba todavía los lentes. En estos llamaba la atención el grueso desusado del cristal izquierdo.

Así era Johnny o Guillermo Harper Littlejohn. Un afamado museo de arte oriental contaba, entre sus instalaciones, una sala dedicada a la arquitectura de la vieja civilización maya.

Pues bien: Johnny había contribuido a esta instalación con sus valiosos conocimiento. También había escrito varios libros sobre geología que eran muy consultados por los ingenieros de minas.

Durante la guerra mundial había perdido la vista del ojo izquierdo y como para sus trabajos necesitaba una lente de aumento, lo llevaba colocado en el cerco de oro de sus lentes "para mayor comodidad", según decía.

Doc Savage salió apresuradamente al pasillo y, después de dos minutos, volvió a entrar en el coche, cargado con un botiquín. Lo abrió y comenzó administrar un tratamiento a los pacientes.

—En los cuatro noto el pulso muy lento —dijo Renny—, y su respiración es perceptible solamente aplicándoles un espejo los labios. ¡Están muy agotados! ¡Hay una marca en sus personas!

—Eso veo —confesó Doc.

—¿Qué les habrá ocurrido?

—Algo en extremo misterioso —dijo sombríamente Doc Savage —. Bueno, saquémosles de esto cuanto antes y veremos si pueden darnos alguna luz sobre el caso.

¡Cosa singular! El primero en volver a la vida fue el individuo de aspecto más enfermizo de los cuatro; el más débil, según todas las trazas. De estatura regular, más bien bajo, con cara de enfermo, cabellos y ojos claros, parecía haber pasado la vida encerrado en una celda.

Le llamaban "Long Tom" (Tom el largo) a este personaje. Tomás I. Roberts era su verdadero nombre y apellido. Su pericia en materia de electricidad le había valido el apelativo de "mago", y sus compañeros de profesión estaban conformes en que lo era, realmente.

Long Tom miró expresivamente la mesa y juego de ajedrez que había sobre ella y después contempló a sus compañeros, todavía tendidos al suelo.

—¿A qué juegan esos caballeros? —interrogó, con un hilo de

voz.

La voz de Renny estalló como un trueno:

—¡Qué juego ni que calabazas! Al entrar aquí, Doc y yo, os hemos hallado patas arriba. ¿Qué ha sucedido?

Long Tom reflexionó un momento.

—No lo se —dijo al cabo.

—¿Qué no sabes? —Renny agitó sus manazas en el aire—, vamos, vivo, cuenta todo lo que ha pasado antes de que os halláramos en este estado.

—Ah, pues repito que lo ignoro —gimió Long Tom—, nos dormimos… teníamos mucho sueño, una somnolencia irresistible, y nos quedamos dormidos.

—¿Tienes idea de que fue lo que originó vuestro sueño? —interrogó su jefe.

—No.

Doc reanudó sus esfuerzos para reanimar a los demás hombres.

Ham fue el segundo envolver a la vida.

Tenía fama de dos cosas: de ser el abogado más ladino que Harvard había lanzado de sus aulas y de vestir muy bien. Más de un sastre habíale seguido en ocasiones para verle llevar un traje como es debido. Teodoro Marley Brooks era hombre esbelto, rápido de ademanes y ágil de pensamiento.

Casualmente, al abrir los ojos, la primera persona que vio fue al hombre —gorila, el de la cara de mono, a Monk, en una palabra.

—¡Dios mío! —exclamó, cómicamente—. ¡Con seguridad que no estoy en el cielo!

Renny lanzó un gruñido. Ham se divertía siempre a expensas de Monk.

De hacer caso al avispado hombre de leyes hubiera podido creerse que le deleitaba ver morir a Monk en la hoguera.

Esta antipatía de Ham databa de algún tiempo atrás y se debía al episodio que le valió su apodo (Ham, jamón). Ello sucedió durante la gran guerra.

Para divertirse a costa de Monk le enseñó Ham a pronunciar unas palabras insultantes en francés, diciéndole que eran de lo más florido y halagüeño que podía dedicar a sus compañeros de armas.

Monk cayó en la trampa. Cierto día las empleó ante un general y, naturalmente, fue arrestado.

Poco tiempo después de haber sido puesto en libertad, detuvieron a Ham con el pretexto de que robaba jamones. Ham estaba seguro de que su acusador no era otro que Monk, pero jamás pudo probarlo, ni demostrar su inocencia.

—Bueno, amigo, ¿qué os ha sucedido, si puede saberse? —le interrogó Renny.

El rostro de Ham expresó un gran azoramiento y a tientas, buscó por el suelo hasta que sus manos asieron un bastón, una caña negra de apariencia inofensiva.

Enfundado en ella, había un estoque afilado como una hoja de afeitar. Su punta estaba impregnada de un líquido, el contacto del cual en una herida producía instantáneo estado de inconsciencia. Pocas veces se veía a Ham sin su estoque.

—¡Tampoco sabe lo que ha sucedido! —tronó Renny, interpretando acertadamente su expresión de aturdimiento.

Johnny, el arqueólogo y geólogo, y Monk, el del aspecto simiesco, abrieron en aquel momento los ojos. El primero buscó sus anteojos con una prisa comparable a la demostrada por Ham para apoderarse de su bastón.

Y ambos confesaron que no tenían la más ligera idea de lo que había sucedido. Mientras jugaban al ajedrez se habían quedado dormidos, simplemente.

Monk poseía una vocecilla infantil sorprendentemente suave y meliflua para pertenecer a un cuerpo tan grande.

—Bien, y ¿qué me dicen de la cabeza de lobo que hay sobre la puerta? —les preguntó Doc Savage. Profundo asombro y confusión se pintó en el semblante de los cuatro hombres y Doc comprendió que no habían visto el fantástico dibujo.

—¡Una cabeza de lobo! —tartamudeó Monk.

—Sí, un esbozo grosero, con facciones humanas.

Ham trató inútilmente de incorporarse. Sentía vértigo.

—¡Caramba! ¡He perdido las fuerzas! —gimió.

—¡Que lástima! —comentó, con sorna, Monk.

Ham se hizo el desentendido.

—Por más esfuerzos que hago, Doc —siguió diciendo,— no puedo imaginar qué es lo que hay detrás de todo esto. Nos hallábamos jugando tranquilamente al aje..

Se interrumpió, con los ojos desorbitados, y sus manos agarraron

convulsivamente el estoque.

Provocaba esta actitud un alarido repentino, sobrenatural, seguido de un gruñido fantástico, que acababa de oírse dentro del coche.

—¡Es Habeas Corpus! —chilló Monk, gozoso, con su voz débil todavía.

Un cerdo salió, bamboleándose, de debajo de uno de los asientos del coche, pero ¡qué cerdo! Jamás ha producido uno igual ni más grotesco la familia porcina. Tenía las patas largas como las de un perro y sus orejas rivalizaban con las alas de un aeroplano.

—¡Oh! —gimió Ham.

Habeas Corpus era su desesperación. Monk lo había adquirido en una reciente expedición a Arabia, pagando por él una suma equivalente a cuatro centavos americanos.

Según Monk, el dueño de Habeas Corpus, árabe legitimo, se había desprendido del animal a causa de su afición a la caza de hienas, cuyos esqueletos se llevaba a casa. Mas era muy posible que Monk, o el árabe, hubieran exagerado.

Fuese como fuese, Monk profesaba un gran cariño al cerdo. Probablemente porque su presencia irritaba a Ham.

—¿Teníais la puerta cerrada con llave y bajado el bastidor de la ventana? —interrogó de pronto Doc.

—Justamente —replicó Ham.

—Pues parece ser que el cerdo se ha dormido lo mismo que vosotros ¡Qué raro es todo esto! Claro que no es la primera cosa extraordinaria que nos ocurre…

Ham pestañeó.

—¿Qué quieres decir?

Doc le explicó el incidente del telegrama.

—¡Ah! ¿Y supones tú que guarda relación con lo que acaba de sucedernos? —interrogó Ham, después de haber escuchado.

—¡Quién sabe! —replicó Doc.

Fue en busca de un saco de mano y lo abrió en silencio. Contenía varias armas de fuego, poco mayores que una pistola automática. Para que no chocaran unas con otras, Doc las había envuelto en papel de periódicos.

Estas ametralladoras eran un invento del propio Doc Savage, y eran realmente diminutas en proporción a la destrucción que

producían.

Además se descargaban tan rápidamente que sus disparos producían un efecto singular al oído: algo así como las notas bajas de un violón gigantesco.

De ordinario sus recámaras se llenaban de balas de gracia, como les llamaban los aficionados a la caza mayor, de postas, que provocaban un estado de inconsciencia en lugar de muerte.

Doc distribuyó sus armas entre los cuatro compañeros, diciéndoles:

—¡Vigilad bien!

Renny preguntó:

—¿Qué vas a hacer, Doc?

—Voy, contigo, a ver a las tres personas que nos espiaban mientras hablaba con el jefe del tren —explicó Doc.

Y, seguido por Renny, salió al pasillo.

No tuvieron que andar mucho para encontrar a Wilkie.

—Desearía que me informara acerca de la identidad de dos hombres morenos, con aspecto de extranjeros, que viajan en este mismo tren —le dijo Savage.

Wilkie se rascó la voluminosa cabeza.

—Le diré: hombres morenos hay muchos —replicó.

Esta respuesta provocó una mirada penetrante de Renny a su jefe, pero el hombre de bronce no movió ni un solo músculo facial.

—Las personas a que me refiero —aclaró—, van en compañía de una lindísima muchacha.

—¡Ah, ya! Pues ella y el viejo subieron cuando yo al tren. Dos estaciones hemos pasado desde entonces.

—¿Sabe cómo se llama?

—No. No es costumbre que los pasajeros den sus nombres al jefe de tren.

—¿Ha notado algo raro en su conducta? —insistió Doc.

Wilkie tornó a rascarse la cabeza.

—Nada. Me parecen algo inquietos; esto es todo.

—¿Recuerda si los dos hombres morenos iban juntos desde un principio?

Wilkie movió la cabeza en sentido afirmativo.

—Sí, señor; en la estación de empalme.

Doc y Renny se separaron del jefe tan semejante a un gnomo,

por su cuerpo grotesco.

—Bueno, el asunto comienza a tomar un cariz muy feo. Me parece un enredo de los más grandes y va a darnos muchos disgustos —comentó Renny, pensativo, mientras andaban por el pasillo.

Doc no dijo nada. Buscó y halló a un mozo y éste le dirigió a un departamento reservado por los tres individuos a quienes Savage deseaba ver.

Una vez que hubo llegado a él, Doc llamó a la puerta. Nadie le contestó; por segunda vez tornó a dar con los nudillos sobre la puerta y después hizo girar el pomo. La puerta estaba cerrada con llave.

Doc llamó entonces al mozo.

—¿Está seguro de que los señores se encuentran ahí dentro? —dijo.

—Sí, señor —replicó el empleado—. Por lo menos estaban hace cinco minutos. He visto a la señorita y a su papá. Lo que no sé a punto fijo es si les acompaña el señorito de la cara de mujer.

Renny alzó el puño, dirigiendo al propio tiempo a Doc una mirada de interrogación.

—Adelante; tenemos que entrar —replicó Doc a la muda pregunta.

Retrocedió, entonces Renny imprimiendo a su brazo un movimiento de rotación y se bamboleó. El tren había acortado la marcha bruscamente y el gigante tuvo que asirse al pomo de la puerta para no perder el equilibrio.

—Debe ser que llegamos a una estación —observó con voz de trueno.

¡Bang!... hizo su mano cerrada sobre la puerta. La hoja metálica se abolló. ¡Bang! ¡Bang!... Por milagro no se magullaba también el puño.

La locomotora tiraba ahora pesadamente de los vagones.

Por fin, el puñetazo siguiente astilló y abrió la puerta. Renny franqueó el umbral de un salto, para detenerse en seco, con la boca abierta.

—¡Por el Toro sagrado! —tartamudeó.

En su lecho, vestidos e inmóviles como difuntos, yacían el señor Corto Oveja y su encantadora hija. En sus gargantas anudábase

negras correas de cuero, tan apretadas que se enterraban en la carne.

CAPÍTULO IV

HOMBRE MUERTO

—¡LA ventana!... ¡Está abierta!... —balbuceó, poco gramaticalmente por cierto, el forzudo Renny.

—Asómate y echa una ojeada al exterior —le aconsejó Doc—. Sea quien quiera la persona que ha hecho esto, ha tenido por fuerza que apearse al acortar el tren la marcha.

Él estaba ya inclinado sobre los dos cuerpos inertes. Las ligaduras que les oprimían eran fuertes, sin embargo cedieron a la férrea presión de las manos del joven.

Cogiendo con una mano la muñeca de la muchacha y con la otra la del viejo, tomó el pulso a los dos.

Todavía alentaban; su pulso era fuerte, la respiración honda.

—Hace unos instantes solamente que han sido atados —explicó Doc—. Su atacante ha debido escapar por la ventana.

—¡Pues yo no veo a nadie! —gritó Renny, con la cabeza fuera de la ventanilla.

—Habrá tenido tiempo de ocultarse.

—Eso es— Renny fijó la vista en el espacio —. ¡Por el Toro sagrado! ¿Será un presagio? —exclamó.

—¿Qué ves?

—¡Un aeroplano!... Vuela sobre nosotros... Es negro... Parece un ave de rapiña... —explicó Renny, conforme lo iba observando.

Doc se acercó a la ventanilla. Sus ojos perspicaces repararon en algo que había pasado inadvertido para Renny.

—¡Hola! —observó—. No lleva número de matricula.

—Es particular —Renny lanzó un silbido suave y prolongado—. Todos lo llevan. Esto es extraordinario, sobre todo en relación con lo que está sucediendo, ¿eh?

Mientras hablaba, el ave metálica viró hacia el Oeste y pronto se perdió de vista. Doc abrió la espita del lavabo, tomó un poco de agua fría en la palma de la mano y con ella roció los rostros del señor Oveja y de la bella Cere.

Después aguardó en silencio, mas ni uno ni otra se movieron.

—¡Ya debían salir de su desmayo! —murmuró, ligeramente asombrado.

Les volvió a tomar el pulso, les aplicó un oído al pecho y por espacio de un segundo sonó en el coche el sonido fantástico que ya conocemos.

Suavemente recorrió la escala musical y después cesó bruscamente.

Volviéndose a Renny, dijo:

—Por lo visto, además de querer ahogarles, les han dado una dosis de la misma medicina que a nuestros amigos. Su estado es muy singular.

Renny contemplaba fijamente la puerta. Su cara larga, puritana, se había revestido de una expresión de asombro muy marcado.

—Si —musitó—. ¡Mira, Doc!

Y con la mano le mostraba la destrozado hoja de la puerta por su cara interna.

Esa hoja metálica ostentaba una mancha borrosa, especie de tiznón polvoriento, que imitaba la cabeza de un lobo con horribles rasgos humanos.

—Ya lo había visto —dijo, lacónicamente, Doc.

—¡Ah! —Renny se quedó perplejo. El no había visto que su amigo demostrara sorpresa alguna. ¿Cuándo había hecho aquel descubrimiento?

—Es igual que la de la otra puerta —siguió diciendo Doc. Se acercó a la odiosa marca; sus ojos la midieron, y añadió:

—Eso es: exacta.

Renny hizo un gesto de aprobación. El no hubiera podido decir con tanto aplomo que esa marca era igual a la otra, pero sabía que Doc Savage podía apreciar sus relativos tamaños a simple vista sin equivocarse apenas una fracción de pulgada.

—Pero, esta muchacha iba acompañada por dos individuos —observó—. ¿Dónde está el otro?

Dando un estirón, de veras desagradable, reanudó el tren la

marcha.

—Primero reanimemos a este hombre y a esta muchacha —declaró Doc—, y después buscaremos al otro.

—¡Si; atrapemos a ese mastuerzo! —dijo Renny, en voz alta.

En aquel mismo instante gritó una voz chillona fuera del departamento:

—¡Auxilio! ¡Auxilio! ¡Quieren asesinarme!

Doc y Renny se plantaron de un salto en el umbral de la puerta. Creían que iba a ofrecerse a su vista un espectáculo sangriento o, por lo menos, la lucha entre dos hombres, pero les aguardaba una sorpresa.

De pie, en mitad del pasillo, hallábase el individuo moreno de la cara afeminada, señalándoles con el dedo.

—¿Oye usted? —chilló, con toda la fuerza de sus pulmones—. Han dicho que me atraparán, ¿sabe? Pretenden quitarme de en medio.

Detrás de él estaba Wilkie, el jefe de tren.

—Vamos, caballero. Aquí debe haber una equivocación —decía con acento conciliador.

—¡Nada de eso! —protestó el moreno desconocido—. Corra y vea si han matado ya al señor y a la señorita Oveja.

Wilkie avanzó, murmurando en son de excusa:

—No sé a qué viene todo esto.

El hombre moreno chilló:

—¡Yo sí lo sé! ¡Ese hombre de bronce trata de asesinarme y de asesinar a mis amigos!

Se aproximó a la puerta del departamento y asomó la cabeza:

—¡Pero eso es terrible! ¡Es terrible! ¿Qué le decía yo a usted? ¡Son unos criminales!

Renny le mostró los puños.

—¡Mejor será que te calles, cara bonita! —le advirtió.

El señor Corto Oveja y su hija dieron en ese instante signos de vida. Doc tornó a rociarlos con agua el semblante; se agitaron y, finalmente, abrió los ojos.

El señor Corto Oveja le señaló con un dedo tembloroso:

—¡Prender a este caballero! —exclamó, con voz débil todavía—. ¡Él es quien nos ha atacado!

Renny estaba habituado a ver a Doc dominar sus emociones.

Con todo, al observarle entonces, se maravilló. Ni con el más leve gesto o actitud demostraba que le ocurriera algo nunca visto ni oído.

—Se equivoca usted —dijo al señor Corto Oveja.

—¡Es verdad lo que afirmo! —chilló el anciano caballero.

—¡Sí, sí! —su encantadora hija le hizo eco—, ese hombre es uno de nuestros asaltantes. Mientras mi padre y yo permanecíamos sentados tranquilamente en este departamento nos invadió un sopor particular y antes de perder el conocimiento totalmente entraron unos hombres y nos echaron unas correas al cuello. Uno de ellos se dirigió al otro, llamándoles Sr. Savage.

—¿Señor Savage? —inquirió Doc, encarándosele.

La muchacha cerró los ojos. Reflexionaba.

—Sí; empleó ese tratamiento: "Señor" —dijo, al fin.

Doc miró a Renny. El ingeniero tenía clavada la vista en las correas de cuero que habían estado a punto de asfixiar al señor y a la señorita Oveja. A juzgar por la expresión sombría de su semblante cualquiera diría que tenía delante un par de serpientes venenosas.

—Creí que las habías reconocido —díjole con voz apagada—, son parte de las correas de mi equipaje.

El hombre de la cara afeminada exclamó, en son de triunfo:

—¡Bueno! El hecho prueba, sin ningún género de duda, que Savage ha intentado cometer un crimen. ¡Jefe, deténgale usted!

Wilkie se sostuvo sobre un pie, luego sobre otros. Gruesas gotas de sudor brotaban de su amplia frente e hizo un gesto de espanto.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó al promotor de aquel escándalo.

—Me llaman el Rábanos —replicó prontamente el interrogado.

—Bien, y ¿Cuál es el móvil del crimen? —torno a interrogarle Wilkie—. ¿Por qué cree usted que ha tratado de matarle este caballero?

El Rábanos titubeó. Una extraña expresión animó momentáneamente su mirada.

—Lo ignoro —repuso.

Wilkie frunció el ceño.

—¿Ha creído antes de ahora que peligraba su vida?

—Si —confesó el Rábanos, con visible repugnancia.

—¿Qué le ha movido a sospecharlo?

El Rábanos replicó, airadamente:

—¡Ante todo detenga usted a ese hombre, entréguele a la policía y ante ella explicaré lo que hace el caso!

Wilkie dirigió a Doc la mirada.

—No quisiera detenerle, mister Savage, me veo precisado —declaró—, aquí pasa algo realmente extraordinario y espeluznante y no me sorprendería que guardara relación con la muerte del pobre muchacho es…

—¿Eh? ¿Qué?

—… del telegrafista que me confió el parte para usted.

Por segunda vez, durante la tarde, acogió Doc sin inmutarse una noticia sensacional. No es que fuera insensible. Simplemente hallábase habituado a dominar sus nervios de tal suerte que éstos se conducían conforme el deseado.

—¿Le han asesinado? —interrogó.

—Según los informes obtenidos por mí en la pasada estación, no, señor —replicó Wilkie—. El trabajador de la vía que ha descubierto su cadáver opina que se trata de un suicidio. No lo creo, conocía bien al muchacho y sé que no era capaz de quitarse la vida.

La mano de Doc trazó en el aire un amplio semicírculo que abarcó al señor Oveja, a la bella Cere y al Rábanos.

—Bien, pues ahora que expliquen estos señores la causa del pavor que les infundo —suplicó.

Por toda respuesta recibió del trío una mirada unánime de odio. La menos enconada fue la de Cere. Por su expresión se adivinaba que lamentaba tener que considerar como a un enemigo al hombre de bronce.

—Me parece que no va a sacar nada en claro de estas gentes —murmuró Wilkie.

Doc Savage tuvo un momento impetuoso. Giró sobre sus talones, se acercó a la puerta y la cerró, de modo que quedaba visible la cara interna de la misma.

—¿No? —su poderosa voz resonó en los ámbitos del coche—. ¡Pues entonces que me expliquen la presencia aquí de esto otro! —y señaló el dibujo.

A su vista, la bella Cere abrió las pupilas y su boca exhaló un grito de horror y desaliento. Bruscamente ocultó el rostro entre las

manos. El Rábanos y el señor Oveja reaccionaron de modo idéntico. Se les dilató la mirada y, atontados, no apartaba la vista del dibujo.

—¡Esa es la marca del hombre lobo! —balbuceó el segundo.

—¿Qué significan? —preguntó Doc.

Cere prorrumpió en una carcajada histérica.

—¿Nos lo pregunta? —exclamó—. ¡Demasiado lo sabe!

—Ustedes se han formado de mi una idea equivocada —observó Doc,— pero, créanme, lo que sucede me parece tan misterioso como ustedes.

—¡Qué! —dijo el Rábanos, en un tono sarcástico—. ¿No le ha enterado el tío Alex de sus planes?

—¿Se halla mi tío mezclado en esto? —inquirió secamente Doc Savage.

—"Mezclado" es un vocablo muy moderado para expresar su actuación en el asunto —repuso el Rábanos.

Sin tomarse el trabajo de contestarle, Doc se volvió a Wilkie.

—Un miembro de la banda de malhechores que ha asaltado este coche —le informó—, se ha dirigido a otro miembro llamándole "señor Savage".

Evidentemente, se trataba de comprometerme. Más, han cometido una torpeza al emplear un tratamiento español. Si mal no recuerdo, dijo usted antes que en el tren iban varios hombres morenos...

—Si, señor —respondió Wilkie—, voy a buscarles. Enseguida vuelvo.

Y el enanillo jefe de tren se apresuró a salir del coche.

Entretanto Doc fue a hacer una visita a sus cuatro amigos, víctimas de un sopor extraño y peligroso. Sus compañeros le dejaron hacer. En realidad no había peligro de que saltara de un tren en marcha que, además, corría con redoblada celeridad en aquellos momentos.

Al entrar en el coche —salón, Monk y Ham se medían con la vista.

—Bueno, ¡esto marcha! —pensó Doc—. Ya tenemos frente a frente a los dos antagonistas.

También Long Tom y Johnny parecían estar más contentos y animados.

—Pasan rápidamente los efectos del narcótico que se nos ha

administrado, no sé cómo —le explicó el flaco Johnny, limpiando los cristales de sus lentes—. ¿Qué hay de nuevo, Doc?

—Poca cosa. Estamos metidos en un lío de mil demonios.

En lugar de ponerse tristes o melancólicos con la noticia, los cuatro hombres se sonrieron. Eran así. Entre emociones y peligros se hallaban como pez en el agua.

Sin pérdida de tiempo les contó Doc lo sucedido al penetrar en el reservado destinado a los señores Oveja y concluyeron con la melancólica observación:

—Me toman por un malhechor.

—¿Y qué opinas tú? ¿Lo creen en realidad o lo fingen? —le interrogó Monk, rascándole las orejas a Habeas Corpus, su favorito.

—Aún he de averiguarlo —replicó su jefe.

Puntualizó la frase un gemido de la locomotora, que no otra cosa parecía su silbido al ser ahogado por el ruidoso avance de los coches.

Doc corrió a la ventanilla y miró al exterior.

—¡Bah! No era nada de particular. Acababan de cruzar una carretera. Por ello había sonado el pito.

Un mozo pasó corriendo por delante de la puerta del coche gritando, aterrorizado:

—¡Auxilio! ¡Auxilio!

Doc le cogió por el cuello.

—¿Qué sucede?

—¡Le han herido!

—¡Lléveme a su lado! —le ordenó Doc.

Wilkie yacía en el suelo del lavabo de un coche Pullman, tendido sobre un lecho de sangre que había manado de su cuerpo. Le habían asestado en el pecho repetidas puñaladas.

Doc Savage poseía conocimientos diversos pero, sobre todo, sobresalía en lo médico —quirúrgico. Una simple ojeada le convenció de la muerte de Wilkie.

—¿Quién ha presenciado lo que ha sucedido aquí? —preguntó.

—Que yo sepa, nadie, señor —repuso el negro.

De pronto Doc quedó inmóvil, de tal suerte que hubiera podido tomársele por una estatua del metal cuyo nombre llevaba.

En la puerta del lavabo, repugnante, odiosa, campeaba la cabeza del hombre —lobo. ¡La marca de la muerte!

Doc se quedó tan quieto que ni parecía alentar. Un monstruo invisible que originaba la muerte y un horror sin nombre alargaba lentamente sus tentáculos en torno suyo. ¿Por qué? Esto era lo que ignoraba. Lo desconocía totalmente.

Desde luego, lo que hubiera en el fondo de todo aquello era algo relacionado estrechamente con el tío Alex… o quizá con su heredera, la prima Patricia.

Sus ojos dorados vagaron, abstraídos de Norte a Oeste. En aquella dirección hallábase precisamente enclavada la propiedad del tío y muy posiblemente, hallaría allí también la explicación del misterio.

CAPÍTULO V

EL AULLIDO DEL LOBO

DOC era un ser excepcional, dotado de cualidades asombrosas y de un talento muy superior al del resto de los hombres, pero no poseía el don de la doble vista. De ser así hubiera visto enseñorearse el horror y el misterio en los dominios de Alex Savage.

Así en ellos como en el tren, desarrollaba su pavorosa violencia el hombre —lobo.

La propiedad de Alex Savage no era una mera cabaña de troncos en toda la acepción de la palabra. Lo fue en un principio como construida por las propias manos de Alex, pero con el tiempo había ido haciendo mejoras en ella y en aquellos momentos era una extensísima propiedad que ocupaba varios kilómetros cuadrados a lo largo de la costa y hacia el interior.

Diseminados por otras provincias poseía varios ranchos trigueros, minas y una o dos industrias florecientes. Se le consideraba afortunadísimo en los negocios.

Mas su propiedad de la costa era sobre todo un “Minting preserve” o terreno acostado, de caza, dentro de cuyos límites se hallaba la parte occidental más agreste del suelo canadiense.

En aquellos parajes alzábase la costa en acantilados pedregosos e interminables que surgían bruscamente del agua y, frente a ella, se extendían como ramificaciones nacidas de su seno, una profusión innumerable de isletas y de escollos.

Tan accidentado como el suelo lindante con el mar era el de la propiedad, verdadero laberinto de cimas rocosas, “cañones”, piedras y matorrales.

Savage aseguraba que jamás la había visto en toda su extensión y asimismo que existían en ella rincones inexplorados todavía. Esto

era muy posible.

Muchos de ellos parecían inaccesibles.

En mitad de aquel caos pedregoso y selvático había erigido Alex su cabaña o casa hecha de troncos y en ella pasaba parte del verano y toda la temporada de caza.

Alex Savage la había dotado de luz eléctrica, de calefacción, aparatos de radio y de un aparato purificador de aire, innecesario a todas luces.

Constaba de varias habitaciones ricamente alfombradas y en cuyos mullidos sillones hundíase el cuerpo corriendo peligro de desaparecer entre sus almohadones. No, en realidad no podía llamarse “cabaña” a tan confortable mansión.

Desde su amplia veranda o pórtico rectangular exterior dominábase el mar en una gran extensión. A su alrededor elevábanse árboles corpulentos y peñascos gigantes; espesos matorrales convertían en intrincada selva las cercanías de la casa y el crepúsculo descendía sobre ella una hora antes de la puesta de sol.

De ordinario las aves promovían en esta selva verdadero alboroto antes de instalarse en sus nidos para pasar la noche.

En aquellos momentos imperaba un silencio desusado, aun cuando estaba anocheciendo. ¿Qué motivaba la quietud extraordinaria de la alada hueste bulliciosa? Un sonido imprevisto, imponente. Un grito errático.

En ocasiones se apagaba, moría, y le sucedían cinco minutos de una calma profunda, inquietante y pavorosa. Luego tornaba a sonar más, no uno solo, sino una profusión desconcertante. Era una serie de aullidos que tenían algo de humano, y temblaban, plenos de un horror incoherente.

De haber presentido la proximidad de la muerte no hubiera quedado más en suspenso la vida de la fauna en torno a la casa.

La última sucesión de alaridos fue de una calidad humana más intensa que las precedentes. Vibró como el grito de socorro de un ser presa de sufrimientos inexplicables.

Dentro de la vivienda de troncos exclamó entonces una voz femenina, con mal reprimida impaciencia:

—¡Boat Face!¿Pero cuándo vas a venir con el rifle, hombre?

No obtuvo respuesta.

—¡Boat Face! —tornó a llamar la mujer, irritada.

Del interior de la cocina surgió, al rato, arrastrando los pies, una mujer, una “squaw” gruesísima, cobriza y tan maciza como el peñón de Gibraltar. Claro es que llevaba puesta ropa en cantidad suficiente para haber vestido con ella a varias de sus hermanas blancas.

—Boat Face en la cocina, miss Patricia —dijo, sin alterarse—. Él no querer salir.

—¿Se niega a averiguar la causa de esos aullidos o el lugar de donde salen?

—El ser un gran cobardón —replicó la “squaw”.

Patricia se retiró de la ventana desde la cual había estado observando la fronda que rodeaba la vivienda.

Era muy alta. Tenía el cuerpo modelado de manera perfecta; las facciones tan armoniosas como si las hubiera trazado la pluma de un dibujante de Revista; el cabello espléndido y muy semejante al de Doc Savage.

Es decir, rico en tonalidades bronceadas.

Vestía un traje apropiado a la región, consistente en pantalón corto, botas altas y un jersey de lana fina. El cinturón enroscado a su talle ostentaba una cartuchera y, además, llevaba pendiente un “Fronter Single Action” de seis tiros, muy de moda entre los habitantes de las fronteras, que le tienen por el arma indispensable y más perfecta que ha salido de las fábricas de armas. Su brazo doblado sostenía un rifle automático, moderno, propio para la caza mayor.

—Voy a hablar con él, Tiny —dijo a la “squaw”.

—Oh. Miss Patricia —replicó la india,— pero tú no convencer a él. Mestizo marido mío tener mucho susto.

Tiny, la “squaw” era la cocinera; Boat Face hacía un poco de todo. Los dos componían todo el servicio doméstico que había en la casa.

Patricia entró en la cocina, pisando fuerte.

Sentado en un rincón, con el rifle atravesado sobre las rodillas, estaba Boat Face. Tenía los hombros cuadrados. Su esposa Tiny le había llamado mestizo, pero era indio de pies a cabeza. ¿Por qué le llamarían Boat Face (cara de bote)?

El origen de tal nombre era un misterio de esos que únicamente

un indio puede profundizar. Sus hoscos ojillos negros rehusaron obstinadamente encontrarse con la mirada de miss Patricia.

La muchacha iba a hablar, mas de pronto cerró la boca. El alarido imponente tornaba a hacerse oír. Surgía al parecer de la masa oscura de verdor que había en el exterior de la vivienda. Inconfundiblemente humano, se oía ahora como en demanda de socorro.

Boat Face dejó errar la mirada en torno suyo y su mano empuñó con fuerza la culata del rifle.

—Yo no salir —murmuró—. Rifle roto.

Patricia tuvo un arranque inesperado. Alargó el brazo y se apoderó del arma.

Después de echar una ojeada a la recámara, la apoyó en el hombro y disparó.

—¡Mientes! —exclamó, al ver salir el tiro—. ¡El arma está intacta!

—¡Trapacero mestizo! —rezongó Tiny.

Los ojos de Boat Face giraron en sus órbitas.

—Ese ruido hacer el hombre —lobo— dijo, misteriosamente.

—¡Que bobada! —replicó vivamente Patricia—. Ese animal no existe. Es un mito, una patraña.

Pero Boat Face no parecía estar muy convencido.

—Si papá viviera, no pedir mí fuera a ver qué hace ese ruido —observó.

Estas palabras disiparon como por encanto la rabia que consumía a miss Patricia, quien palideció visiblemente. Incluso los dedos que sostenían el rifle se pusieron rígidos hasta quedar sin sangre.

—¡Esos aullidos guardan relación con la muerte de mi padre! —exclamó.

—Mi no salir —murmuró Boat Face—. Usted adoptar medidas que guste, pero mi no salir.

—Tranquilízate; no te despediré —le aseguró Patricia, en tono cansado,— aunque, después de todo no te pido nada que yo no esté dispuesta a hacer. Quédate; yo saldré.

Tiny se acercó, anadeando, a un rincón oscuro y volvió cargada con una escopeta de dos cañones.

—Mi salir contigo —dijo heroicamente.

—¡Gracias Tiny! —exclamó Patricia, con fervorosa expresión de agradecimiento,— pero no te necesito. Acompaña a tu marido y guarda bien la casa.

Tiny asintió, de mala gana, con un gesto silencioso. A Boat Face se le iluminó el semblante.

Patricia penetró en el gran salón de la casa y bajó cuidadosamente las persianas de fuelle. Hecho esto señaló una de las vigas maestras que servían de soporte al rústico techo. Era dicha viga un tronco de un pie de grosor que estaba cubierto todavía de su corteza.

—Sobre todo guardad eso —les recomendó, en tono significativo.

A Tiny y a Boat Face no pareció sorprenderles la advertencia.

Evidentemente sabían de qué se trataba.

Después de meterse en el bolsillo unos cuantos cartuchos adicionales, por si acaso, Patricia abrió la puerta y salió rauda, al exterior.

Tiny la vio marchar con visible ansiedad. Las facciones del aborigen Boat Face continuaron inescrutables.

En el claro en que estaba enclavada la “cabaña” de Savage penetraban todavía los rayos de sol poniente; más allá, sobre la enmarañada masa de rocas y maleza, acechaba la oscuridad. Apartarse en aquellos momentos de la casa era como abandonar un faro luminoso para internarse en la noche.

Patricia avanzó con cautela, rifle en alto y sin separar el dedo del gatillo.

Aguzaba los oídos para percibir el aullido siniestro.

De pronto éste sonó a su derecha. Comenzó por un grito apagado, escalofriante; una especie de balido terrible. Vibró un instante en el aire y murió, bruscamente, como había comenzado.

Patricia se estremeció y su mano alzó el seguro del rifle. Esta vez no le había parecido el grito tan humano. Por el contrario, respiraba repulsivo, repelente animalidad.

Había surgido del corazón del bosque y sonado a cien metros, quizá más, de distancia. ¿Quién podría precisarlo?

Audazmente marchó al encuentro de la invisible bestia. Una fría expresión voluntariosa había cuajado en sus facciones, de modo que su bello semblante semejaba una máscara. Cuando se hubo

aproximado al lugar de donde había salido el aullido, al parecer, escudriñó el suelo con la mirada. Pero el terreno era allí en extremo seco y rocoso y no descubrió huella ninguna.

En cambio, tornó a percibir el alarido misterioso, un poco más distante. La muchacha continuó avanzando.

Al cabo de un rato sonó la llamada por tercera vez. Se alejaba, parecía internarse cada vez más en la enmarañada fronda.

Patricia tembló, asaltada por una idea repentina. ¿Tratarían de aterrarla de modo que se alejara del claro gradualmente?

Súbita angustia la movió a abandonar su plan de ataque y, a paso de carga, retrocedió en busca de la cabaña. Sus ojos inquietos escudriñaban el bosque en todas direcciones.

Al vislumbrar el claro familiar lanzó un suspiro de alivio, tan azorada estaba, y, pese a su aspecto tranquilo, de tal modo había hecho presa en ella el temor.

—¡Boat Face! ¡Tiny! Soy yo... —llamó, a fin de evitar que el hosco aborigen o la competente cocinera hicieran fuego sobre ella por equivocación.

Y, lanzando este grito de advertencia, se lanzó a la carga. Al llegar junto a la casa empujó la puerta y penetró en el interior. Una fuerza superior a su voluntad la obligó a inmovilizarse casi instantáneamente al propio tiempo que se pintaba en su rostro perfecto un estupor sin límites.

La cosa no era para menos. La vivienda presentaba un aspecto tan espantoso como si acabara de devastarla un ciclón.

Los ojos de Patricia erraron, azorados, de un punto a otro. De pronto, algo que vió en el suelo la movió a lanzar un chillido de espanto.

Frente a ella, como inmóvil montón de harapos, vió dos formas oscuras. ¡Eran Tiny y Boat Face!

En torno de ellos distinguió confusamente sillones con los muelles arrancados, alfombras fuera de su sitio, cajones vaciados sobre el entarimado... por las trazas, se había llevado a cabo en la cabaña un registro minucioso.

Sin detenerse a mirar más, se acercó Patricia, corriendo, al voluminoso cuerpo de Tiny y le tomó el pulso, presa de una ansiedad inexplicable.

—¡Oh! ¡Está muerta! —gimió.

Pasado un momento, sin embargo, se dio cuenta de que estaba en un error.

El corazón latía aunque muy débilmente.

De la nevera sacó entonces varios trozos de hielo y con ellos frotó los semblantes del matrimonio. Sus pulsos adquirieron gradualmente más vigor bajo las cobrizas pieles.. Segura de que tornarían a la vida, la muchacha recorrió ahora la vivienda. Todo estaba en ella transtornado, patas arriba, desde el sótano al desván. Incluso se había arrancada la tapa que resguardaba el motor eléctrico de la nevera.

Tal devastación suponía la intervención de varios hombres; sin embargo, fuera de ella no habían dejado señales de su presencia. Probablemente entrarían en la casa por la puerta de servicio o por una ventana mal cerrada.

Transcurrieron unos veinte minutos antes de que los dos indios se reanimaran lo suficiente para hablar coherentemente.

—¿Qué diantres ha ocurrido en mi ausencia? —les preguntó Patricia.

Los dos cambiaron una mirada inexpresiva.

—No sé —murmuró al cabo Boat Face—. Mi y “squaw” comenzar a dormir.

—Pero eso es ridículo —exclamó Patricia.

—Boat Face dice la verdad —afirmó la robusta Tiny, con un expresivo movimiento de ojos—. A nosotros darnos mucho, mucho sueño y quedar dormidos.

Patricia clavó una mirada fija en el suelo, muy cerca de donde habían reposado hasta entonces. Por cierto que su vista produjo en ella un efecto notable. Enderezó el cuerpo y empuñó el rifle.

Era un tiznón, algo así como una mancha de polvo de un pie de alto por medio pie de ancho. Por sus contornos el tiznón se asemejaba mucho a la cabeza de un lobo cuyos rasgos fueran grotescamente humanos.

—¡Otra vez la cabeza del hombre —lobo!— dijo, con voz disgustada —, esta es idéntica a la que comenzamos a ver por todas partes poco antes de la muerte de mi padre… y a la que seguimos viendo después—

Boat Face murmuró:

—¡Hombres lobos! El indio los conoce. Ser hombres malos con

cuerpo de lobo que vagan por los bosques y se comen cazadores y tramperos en cantidad.

—¡Bah! ¡Esas son consejas de viejas, propias para ser narradas al calor de la hoguera! —replicó su ama—. No existen tales seres. En cuanto a este hombre —lobo, es un malhechor, Boat Face. Tiny y tú sabéis tan bien como yo lo que anda buscando.

Así diciendo, Patricia se aproximó a una gruesa viga maestra. Era uno de los troncos del árbol sin descortezar que servían de puntales al techo, el mismo cuya vigilancia había encomendado la joven al matrimonio indio.

Este tronco permanecía intacto, a pesar de la minuciosa requisa hecha en el salón.

Patricia oprimió uno de sus nudos. Con fuerza automática se abrió, obedeciendo a la presión, una puertecilla secreta y Patricia retiró del fondo del tronco un objeto de marfil. Este objeto afectaba la forma de una figura geométrica, de un cubo de unos centímetros cuadrados.

—Anda detrás de esto.

CAPÍTULO VI

MUERTE POR ARMA BLANCA

POR vez primera durante la tarde la cara aborigen de Tiny perdió su expresión de estoica indiferencia y contempló el cubo marfileño como si fuera el causante de todos sus males.

—Pues ser mala medicina —observó, meneando la cabeza.

—¿Qué significado tendrá? —Los ágiles dedos de Patricia lo hicieron girar lentamente—. Nunca he podido comprenderlo, parece macizo... y debe serlo. Ved: aun cuando le golpeo, no suena a hueco.

—¿Tú sabes de dónde lo sacó el papá? —inquirió Tiny.

—Lo encontró hace años, a dos millas de aquí. Se hallaba rodeado de esqueletos humanos que, a juzgar por su estado, llevaban en el paraje muchos años, siglos tal vez, pero nadie conocía su existencia.

—Así ser como papá lo contó —aprobó Tiny—. Ya ser bastante para traernos mala suerte.

Patricia miró, pensativa, el cubo.

—Papá. Nunca soñó con que tuviera un gran valor —continuó diciendo—. Sin embargo, hace tres semanas descubrió que alguien merodeaba en torno de esta casa. Pero el individuo escapó. Más adelante recibió una misteriosa demanda del cubo y se negó a entregarlo.

—Mejor hacer él si lo hubiera dado —murmuró Boat Face.

Patricia aprobó estas palabras con un ademán.

—Mejor hubiera sido, en efecto —admitió, con tristeza—. Después comenzamos a hallar por toda la casa la marca del hombre—lobo. Tornaron a pedirnos el cubo, sin resultado. Y un mal día encontramos muerto a papá... Los doctores diagnosticaron que

había fallecido a causa de una enfermedad cardiaca…

—Mi arder de indignación —observó reposadamente la squaw —. Su papá morir asesinado.

—Eso creo yo también, Tiny.

—¡Tú lo dices! El morir de lo mismo que ha dado a mí y Boat Face hace un instante.

—¿Te refieres a lo que os ha privado de conocimiento?

Otra vez Tiny hizo un gesto de afirmación.

—¡Tú lo dices!

—Pero, ¿qué es? —preguntó Patricia.

—Sueño —respondió Tiny, como si la palabra lo explicara todo.

No pudo Patricia llegar más allá en la solución del misterio, a pesar de hacer aun muchas preguntas a la squaw. Finalmente, cansada de la inutilidad del interrogatorio, salió al exterior e hizo una requisa en las inmediaciones de la casa.

El rocoso suelo del claro no ostentaba huellas de pasos. Pero ello no significaba gran cosa. Los malhechores debieron poner un cuidado minucioso en no dejarlas.

En cuanto al aullido misterioso no había vuelto a sonar en la melancólica oscuridad de la fronda desde el regreso de Patricia a la cabaña.

El rubor del crepúsculo se extendía como un velo sobre el mar en calma.

Inesperadamente, un largo gemido plañidero rasgó el aire, despertando dormidos ecos en los distantes acantilados. Aquel sonido era muy diferente de aquel aullido oído poco antes; sin embargo, produjo en Patricia un sobresalto violento.

Momentos después, como se repitiera el sonido, supo a que atenerse.

—¡Es Jacobo, el buhonero, que llega en su chalupa! —exclamó —. ¿Nos traerá alguna carta?

Tan intrincada era la región en que Alex Savage había erigido su cabaña, que ningún automóvil conseguía llegar hasta ella. Sólo podía atravesarla una carreta, y aún con dificultad.

El mejor vehículo de transporte era, sin duda alguna, una gasolinera, cuando no un hidroplano. Precisamente había en la playa un rústico embarcadero que encerraba una lancha motora.

El correo era entregado en el apostadero de caza de Savage de

un modo sumamente ingenioso. Un buhonero y traficante que habitaba en la costa hacía diarias excursiones a los poblados y para ello tenía que pasar necesariamente por delante de la posesión de los Savage.

La correspondencia dirigida a ellos se le confiaba a nuestro buhonero y éste la dejaba junto a una boya flotante, a unos metros de la playa.

La cabaña no contaba con otros medios de comunicación con el mundo habitado, pues durante su permanencia en la comarca, Alex Savage había procurado siempre no ser molestado por nadie ni por nada. Su morada servíale de refugio y le distraía de las preocupaciones que traen consigo los negocios.

Patricia se procuró unos prismáticos y los enfocó en dirección a la chalupa.

Todavía había luz suficiente para distinguirla con claridad y vió cómo el buhonero dejaba, por lo menos, una misiva en la boya.

—¡Bota al agua la lancha! —ordenó a Boat Face—. Entre tanto vigilaré. Ese es otro misterio: la desaparición de nuestra correspondencia últimamente.

Boat Face se hizo el remolón; Parecía inspirarle repugnancia abandonar la casa. Sólo al gritarle Tiny imperiosamente:

—¡Vamos, gandulón! Tú hacer lo que miss Patricia dice.

Boat Face marchó, arrastrando los pies, en dirección de la casilla de botes.

Cinco minutos largos transcurrieron antes de que sacara de ella la lancha y la condujera al embarcadero situado frente a la vivienda de los Savage.

Durante este tiempo no había bajado Patricia los prismáticos con que enfocaba la boya —buzón.

—¡Lo que es esta vez —había declarado—, no consentiré que me roben el correo!

Y mientras Boat Face la llevaba, bogando, hacia alta mar, continuó mirando con los gemelos. No se veía nada sospechoso. El flotante buzón consistía en una boya corriente, en cuya parte alta habíase incrustado una caja impermeable. Dicha boya se mecía blandamente sobre las olas. Ligera cadena de hierro la unía a un peso fuerte de hormigón y así anclada al fondo de las aguas no era de temer que fuera a la deriva.

Valiéndose de un bichero, Patricia atrajo la boya y abrió el buzón.

Estaba vacío.

—Pero,¡esto es imposible! —exclamó, sin querer dar crédito a sus ojos—. Yo mismo he visto poner aquí dentro una carta y desde entonces no he cesado de vigilar la boya.

—Hombre —lobo— gruñó lacónicamente Boat Face, y encogió los hombros, anchos como los de un toro.

Patricia examinó el buzón. Los ladrones escaseaban en la comarca por lo cual no estaba cerrado con llave. Sin embargo, dada su posición, tampoco cabía suponer que lo hubiera vaciado una ola.

Ordenó al piel roja que hiciera describir amplio circulo, en torno de la boya, a la embarcación, y, entretanto, iba escudriñando con ansiedad la azulada superficie de las aguas. Nada halló dentro o fuera de ellas, que pudiera derramar luz sobre el misterio.

Su rostro había palidecido ligeramente, cuando Boat Face puso la proa de la lancha en dirección a la costa.

—Pues señor: ¡no lo entiendo! —confesó.

—Ser el hombre —lobo. El hacer malas pasadas— tornó a murmurar Boat Face.

La muchacha hizo caso omiso de la observación. Inquisitivamente enfocó sus prismáticos a un nivel de la costa y paseó por ella la mirada. Cañones profundos abríanse en el acantilado surcado por diversas corrientes de agua y, al pie de la imponente masa rocosa, amontonábase, unos sobre otros, peñascos tan grandes, algunos de ellos como las casas de vecindad de la metrópolis.

—No veo nada —confesó, al cabo de un rato.

—El hombre —lobo hacerse invisible— replicó Boat Face.

—¡Como le nombres otra vez te pondré en manos Tiny —gritó enfurecida Patricia.

Boat Face agachó la cabeza. Por rara excepción entre los individuos de su raza, era un marido sumiso. Muchos pieles rojas hacían danzar a sus squaws en la cuerda floja. Boat Face no había logrado imitarles, pues en ocasiones la rolliza Tiny salía de su habitual estado letárgico y le sacudía una “sopapine de esas que hacer época según la gráfica expresión popular.

Como sus hermanas blancas se valía Tiny para ello de un arma

convincente: La zapatilla.

—¿Has oído hablar de Doc Savage? —le preguntó Patricia después de un momento de silencio.

—Mi no oír hablar de él —replicó el indio, esquivando el cuerpo como si fuera a caer sobre sus hombros una lluvia de palos.

—Pues es primo mío —siguió diciendo su ama,— vive en los Estados Unidos y hace grandes cosas.

—¿Qué cosas ser ésas? —quiso saber Boat Face.

—Me han dicho que saca a las gentes de apuros.

—¡Uf! —gruñó expresivamente el piel roja—. ¿Y es sacar mucho provecho de ello?

—¡Oh! No lo hace por dinero, si es verdad lo que me han asegurado —repuso miss Savage—. Recorre el mundo sembrando el bien, sin recibir nada a cambio. Parece ser que le gustan las emociones fuertes.

—Ser un loco entonces —observó Boat Face.

Patricia le miró ceñuda.

—Te estás volviendo muy insolente de algún tiempo acá, Boat Face —declaró, sin andarse con rodeos.

—¡Tú decir eso!¿Eh? —replicó en tono de indiferencia el piel roja.

—Lo creo.

—Pues no importa a mí lo que tú creas.

Inesperadamente se puso en pie Patricia, la de los bronceados cabellos.

Semejante a una tigresa se lanzó sobre Boat Face y su puño delicado trazó un directo en el aire con la acompasada precisión de un maestro pugilista.

El indio vió venir el golpe y trató de esquivarlo. ¡Pam! Los nudillos de Patricia le tocaron el ojo derecho.

Al contacto enérgico, vigoroso, del directo, el indio agitó un brazo en el aire; ello le hizo perder el equilibrio y cayó al mar.

Patricia corrió a apoderarse del timón, mientras la lancha dejaba atrás al indio, debatiéndose; la hizo virar en redondo y, con el bichero, izó sobre la borda a Boat Face.

—¡O me presentas, en el acto, tus excusas, o vuelvo a lanzarte al agua! —le previno antes de dejarle en el fondo de la embarcación.

Boat Face puso cara de circunstancias. En el fondo se hallaba

azorado de veras. Si se propalaba la noticia de lo que acababa de suceder, se reirían de él todos los pieles rojas del Canadá. Jamás hubiera creído que miss Patricia fuera mujer de armas tomar.

—Perdón —balbuceó,— mi sentir lo ocurrido.

—Está bien. Desde ahora en adelante, cuando yo te dé una orden has de cumplirla en el acto.

—Sí, señorita.

—Y, para empezar, mañana por la mañana cogerás la lancha, bajarás por la costa y, en el primer poblado, pondrás un telegrama.

—¿Dirigido a quien?

—¡A Doc Savage! —repuso Patricia con fría resolución—. Necesito que acuda en mi auxilio.

Al llegar la noche se cerraban herméticamente todas las puertas y ventanas de la casa. Hecho esto parecía imposible que se pudiera entrar en ella, desde fuera, sin crear un estado de alarma.

Por ello Patricia no juzgaba necesario poner en guardia a sus servidores ni tampoco hacerla ella misma.

En esta ocasión sucedió lo propio. Procedentes del Oeste llegaban, en oleadas, espesas tinieblas. En lóbrego velo descendieron sobre los cañones semejantes a monstruos voraces, ávidos de sol, y pronto sumieron a la comarca en total oscuridad.

Entonces, los habitantes de la casa se entregaron al sueño.

En la parte posterior tenía instalados Boat Face sus reales y su cara mitad ocupaba el mismo aposento.

Tiny era mujer práctica. Su marido dudaba de que existiera cosa alguna que pudiera desvelarla. Por ello, en cuanto se hubo metido en el lecho, comenzó a roncar a más y mejor.

Boat Face se mantuvo despierto. Sabía cuán profundo era el sueño de la squaw, por lo cual, después que hubo roncado una docena de veces, salió sigilosamente de la reducida habitación y se llegó a la puerta de la cámara ocupada por Patricia.

Una vez delante de ella se detuvo y aplicó el oído a la madera.

La respiración acompasada de la muchacha le aseguró de que estaba dormida.

Procurando no hacer ruido se deslizó salón abajo hasta situarse bajo la viga maestra. A tientas buscó el resorte entre la peluda corteza, hallóle, le oprimió y la puertecilla secreta se abrió de golpe.

—¡Mucho! —exclamó con un hálito de voz—. Todavía estar

aquí. Mi usarla como cebo para atraer a ese maldito hombre —lobo. ¡Je!… Boat Face no ser tan tonto como aquí se figura…

Patricia había tornado a colocar el cubo de marfil en su escondite.

Boat Face lo retiró, lo palpó y le dio vueltas en su mano, en tanto se dibujaba en su rostro una maligna sonrisa. En una ocasión se pasó la gruesa lengua por los labios.

Después pareció sumirse en honda cavilación. Pasado un instante depositó el cubo en el tronco y cerró la puertecilla, habitualmente disimulada.

Hecho esto salió al exterior.

Su primera estación fue ante la casilla de los botes. Allí destornilló cuidadosamente el tapón de las latas de gasolina del depósito y dejó que manara el liquido, a borbotones. Tras de esta operación vació el que contenía el motor de la lancha.

—Con eso no ir nadie a poner telegramas a Doc Savage —murmuró riendo— … o por lo menos no ir tan pronto. Bien. ¡Mi preparar la trampa!

Abandonó la casilla y desapareció entre la maleza. Se lo tragó la noche.

Cuando reapareció, junto a la casa, al cabo de una hora, sobre poco más o menos, sus movimientos eran tan furtivos como en un principio. Se palpó la ropa e hizo una mueca de disgusto. Chorreaba agua.

—Trampa O.K. —cloqueó,— pero… —y se detuvo a reflexionar —. Esa condenada squaw querrá saber cómo mojarme yo así… yo no decir… y ella usar la zapatilla.

Como si deseara evitar la calamitosa escena que preveía, Boat Face procedió a despojarse del traje. Mas, apenas inició la operación, vino a interrumpirla un silbido apagado que surgió de la oscuridad.

Era un sonido apenas perceptible que nacía, aparentemente, a cierta distancia.

De la actitud del indio se deducía fácilmente que no era la primera vez que lo oía y que además encerraba un significado particular.

Abrochó apresuradamente las flojas prendas de su atavío y marchó en dirección del lugar donde sonara la señal, siempre con

paso tardo y cauteloso.

A unos doscientos metros escasos de la propiedad de los Savage, había un macizo de abetos. Estos árboles no podían pasar por alto, pues crecían tan espesos como los cabellos en la cabeza de un hombre.

Aparentemente eran la meta de Boat Face y el indio hizo alto junto a ellos.

—¿Qué deseas tú? —interrogó en voz baja.

De la sombría masa verde salió una voz áspera.

—¿Has descubierto dónde se halla escondido el dado de marfil? —preguntó a su vez.

Boat Face meditó la respuesta.

—Mi saberlo —afirmó después.

—¡Vaya, hombre! ¡Qué guasa tienes! —observó en tono irónico la voz—. ¿Lo has hallado antes de que hiciéramos esta tarde, el registro en la casa?

Boat Face se paró, de nuevo, a reflexionar.

—No. —mintió.

—Bueno, pues tráemelo acá.

—¡Mi pedir por él quinientos dólares! —le recordó el piel roja.

—O.K., O.K. —dijo la voz, burlona—. Ve a buscarlo que aquí tengo la suma en dólares canadienses.

Boat Face dio media vuelta y echó a andar, arrastrando los pies.

Consiguió penetrar en la cabaña sin despertar a las mujeres, y una vez hecho esto, se dirigió, sin pérdida de tiempo, al salón, y, de la viga rústica que servía de puntal al techo, sacó el cubo de marfil; Con él en la mano tornó a salir, seguidamente, al bosque y, siempre arrastrando los pies, se dirigió al macizo de abetos, lugar de su "rendez vous".

Tras de dar unos pasos se detuvo de pronto y se pasó la lengua por los labios.

—¡Uf! —gruñó en voz baja—. Quinientos dólares no ser bastante cantidad. Esto (palpando el dado) valer un millón. Señoritos esos ser aprovechados. No importa. Mi arreglar negocio a mi modo.

Bajó varias veces la cabeza, como aprobando tan lógico razonamiento y decidió bruscamente:

—¡Mi hacer que ellos paguen más!

De acuerdo con esta idea, sin duda, varió de rumbo y bajó, en

línea recta, a la playa. Jamás había usado de mayores precauciones para no hacer ruido.

Luego, los peñascos desparramados en la cala se engulleron su sombra huidiza.

La naturaleza se hallaba sumida entonces en un profundo silencio, alterado, en ocasiones, por el grito de una ave nocturna o el ligero ruido promovido en las hendiduras de las rocas por la succión de las olas.

De tarde en tarde percibíanse chapoteos producidos aparentemente por un pez saltarín. Allá en el bosque una brisa ligera movía las hojas de los árboles, produciendo un sonido semejante al de miles de ratones que corrieran sobre una alfombra de papel.

Como un aparecido, surgió Boat Face junto al macizo de abetos.

—¡Eh! —llamó.

—Hola. ¿Tienes el dado? —inquirió la voz de duras inflexiones.

—Mi tenerlo —admitió el piel roja.

—Tráelo y te daré en cambio la suma prometida.

—No satisfacerme. No ser bastante crecida —explicó Boat Face.

El hombre oculto en el macizo profirió una maldición en voz baja.

—Conque eres un “welsher”, ¿eh?

—¿Wel... sher? ¿Qué querer decir eso? —preguntó Boat Face.

—Es un calificativo aplicable a los “caballeros” que, como tú, se desdicen de un trato hecho —le explicó su invisible interlocutor.

—Mi querer diez mil dólares —les expuso Boat Face.

Del grupo de abetos surgió una risa contenida.

—¡Cómo se pavonea Jesse James! —exclamó.

—Mi no gustar chistes. Yo pedir diez mil dólares y si tú no dar a mí, deshacer el trato.

—Oye, indio: hemos jugado limpio contigo —dijo el otro, airado —. Hemos confiado en ti hasta el punto de explicarte lo que representa para nosotros el cubo de marfil y por qué deseamos su posesión, y ahora nos traicionas, ¿eh?

—O dejarlo o tomarlo —insistió tercamente Boat Face.

El hombre invisible guardó un silencio momentáneo y decidió después:

—Lo dejaremos.

Sucedió a tales palabras un sonido agudo, sibilante, y tras de él, otro sordo, apagado, como el que produciría un peñasco al caer sobre fango.

Boat Face se vino al suelo. De su pecho, sobre el corazón, sobresalía el mango de un puñal, y antes de morir exhaló varios gemidos apagados.

Su asesino salió. Arrastrándose, del macizo de abetos y puesto en cuatro manos, actitud que le daba un aspecto siniestro, de araña.

Más que de ser humano, se acercó al exánime Boat Face. Un pañuelo que hacía las veces de máscara ocultaba los rasgos de su semblante.

—Conque o tomarlo o dejarlo, ¿eh? —gruñó entre dientes—. Pues bien: ya está dejado.

Sus dedos buscaron ansiosamente el dado de marfil. ¡Vano empeño! De su boca se escapó una sarta de maldiciones, dichas en voz baja, que denotaron súbitamente un acento extranjero.

Después blasfemó en voz alta.

El dado de marfil no se hallaba entre las ropas de Boat Face.

Sobre la ladera de la montaña hubo una asamblea curiosa poco después. El punto elegido para la reunión era el fondo pedregoso, desgastado por las aguas, de un cañón.

Y en verdad que ni las sombras del averno son tan densas como las que se extendían sobre el lugar de la conferencia.

Lo ocupaban varios hombres, cuyas caras no se veían en el vacío tenebroso del cañón.

Uno de ellos declaraba en aquellos momentos:

—Ha sido una torpeza imperdonable. Debí registrarle antes de quitarle de en medio.

Era el causante de la muerte de Boat Face.

—Eso dices ahora —refunfuñó una voz.

—¡Hombre! ¿Cómo iba yo a saber que no llevaba encima el dado?

—¡Bah!¿Para qué discutir cuando ya se ha roto el cántaro? —observó un tercero, con marcado acento español.

—¡Oh. Qué idea! —exclamó el asesino del piel roja—. Boat Face no ha tenido nunca el objeto que buscamos. Debe hallarse en poder de la señorita y aun podemos arrancárselo.

—Sí, sí. Pero, ¿y si la señorita ignora dónde se encuentra?

—Lo sabe. Su padre se lo habrá dicho.

—Es posible… como también puede ser que hayamos cometido una tontería quitándole de delante con tal precipitación.

—Recordad que me sorprendió hablando con el piel roja —murmuró el matador de Boat Face—. Entonces me pareció oportuno despacharle u obligar al indio a que nos trajera el dado de marfil.

—Sí, sí —convino amablemente un compañero—. Yo no critico tu actuación, pero es muy probable que ello disguste a nuestro jefe. Hablando de otra cosa: ¿tomaste la carta del buzón?

Esa pregunta iba dirigida a otro miembro de la siniestra pandilla.

—Si, por cierto —replicó el aludido,— pero no es carta esta vez, sino un telegrama.

El pulgar de su mano oprimió el botón de una “Scot” y el brillante haz de rayos luminosos descubrió sobre su rostro un objeto vagamente parecido a una máscara contra los gases asfixiantes.

Era una escafandra.

Así se explica cómo el hombre había sacado la misiva de la boya sin ser visto por miss Savage. Simplemente se había sumergido en las aguas del mar, a nado, entre dos aguas, se había aproximado a la boya y una vez junto a ella habíase asido a la cadena del ancla con una mano y agarrado con la otra el telegrama.

A la débil luz del crepúsculo, ¿cómo podía ver Patricia la mano que se introducía en el buzón?

El hombre sacó el telegrama de su bolsillo.

—Este es.

Una mano morena y nudosa salió de las tinieblas y le arrancó el despacho telegráfico y a la luz. El telegrama fue expuesto a los rayos luminosos.

—¡Qué lástima! —exclamó la persona que lo había tomado—. Es de Doc Savage a su tío. Evidentemente ignora que esté muerto y le pregunta si ha recibido otro telegrama en que le anuncia su visita.

—¡Oh, no! —dijo un compañero—. Nosotros nos apoderamos del primero, lo mismo que de éste.

—Doc Savage sospecha que aquí sucede algo anormal —observó el que había leído el telegrama—. ¡Malo, malo!

Alguien rompió en una feroz risotada.

—El amo se cuidara de él —anunció.

—Sí. Sí —convino el lector del telegrama.

—Es muy ingenioso y se deshará de ese Doc Savage.

Al cabo de unos minutos se dispersó la siniestra asamblea, sin que antes hubiera ocurrido en ella nada digno de mención.

CAPÍTULO VII

LOS ASALTANTES

EN tanto, el tren continuaba su marcha hacia el Oeste, en pos de la locomotora y una nube trágica se cernía sobre él.

El Rábanos chillaba desaforadamente, agitando los brazos:

—¡Ese hombre, ese Savage, es el asesino!

A su vez murmuraba Renny mostrándole los puños formidables:

—Repite eso otra vez, cara bonita, y te rompo las narices.

Habeas Corpus, el favorito de Monk gruñía a más y mejor.

—También yo le creo culpable —afirmó el señor Corto Oveja, clavando en Doc una mirada centellante.

La linda señorita, con una mano puesta sobre la boca, pugnaba por contener los sollozos que le desgarraban la garganta. Era la única que no formulaba acusación alguna contra el bronceado desconocido.

Hacía dos horas que duraba el alboroto en el tren.

Todavía permanecía tendido sobre un charco de sangre el cadáver de Wilkie en el cuarto lavabo; todavía no se había logrado capturar a sus asesinos.

Con la ruidosa violencia característica del carácter latino habían gritado el Rábanos y el señor Oveja, de un extremo a otro del tren, que el matador del pobre Wilkie era Doc Savage y continuaban voceándolo insistentemente.

Lo ruidoso de la afirmación iba produciendo su efecto.

—Este hombre ha sugerido la comisión de que se encargó el jefe del tren y gracias a la cual ha encontrado la muerte —repitió el Rábanos por vigésima vez.

—Misión ridícula en extremo, dicho sea de paso —observó el señor Oveja,— pues se trataba nada menos que de convocar y de

sujetar a interrogatorio a los españoles que iban a bordo.

—Son unos cuantos, ¿no? —observó Renny con toda intención.

—¡Ya los ha oído usted! —profirió con calor el Rábanos—. Se dirigen a la costa del Pacífico en respuesta a la convocatoria de una sociedad española cuyo congreso anual se celebrará un día de estos.

El hecho era cierto. Esa docena de individuos de raza española que viajaban en el transcontinental, acababan de declarar, sin excepción, que iban a una asamblea y confirmó la existencia de ésta por haber leído su anuncio en el diario, cierto pasajero oficioso.

Aun no se había procedido a la detención del hombre de bronce, mas ello se debía simplemente a la ausencia de agentes de policía.

Desde el punto de vista de Doc, el más desagradable de los acontecimientos desarrollados era obra del señor Oveja. Dicho señor había expedido un telegrama a nombre de la Policía Montada, en el cual le rogaba que mandara unos agentes a la estación más próxima con objeto de que llevaran a cabo la detención de Doc Savage y, como en su calidad de rápido, no se había detenido el tren desde el descubrimiento del cuerpo de Wilkie, el señor Oveja había dejado caer en un apeadero el despacho telegráfico.

Renny maniobró hasta colocarse al lado de su jefe.

—Esto va tomando mal cariz —le dijo en voz baja—. Repara en que no hay ni el más leve indicio que nos muestre quién ha asesinado a Wilkie.

Un grito frenético de Rábanos le cortó la palabra.

—No se puede consentir que hablen reservadamente esos dos hombres —protestó—. Podían concertar una fuga.

Doc Savage hizo un gesto de cansancio y tomó asiento.

—Renny, ¿haces el favor de ir a buscarme un poco de agua? —pidió a su compañero.

—Con muchísimo gusto.

En un ángulo del coche había, adosado a la pared, un largo cilindro de vidrio y dentro de él, vasos de papel que dejaban caer cada vez que se introducía en él una moneda de cobre.

Pero Renny salió del coche en busca, sin duda, del lugar donde se elaboraba la comida.

Pasado un instante regresó, trayendo en la mano un vaso corriente de ancha boca, lleno hasta el borde de agua helada.

Doc apuró su contenido, mas conservó el vaso entre las manos y,

jugando con él, interrogó a la hechicera Cere:

—Dígame, señorita: ¿Me permite pedirle un favor?

—¿Qué favor? —replicó, secamente, la muchacha.

—¿Por qué me cree un enemigo?

—¡Hablaremos de eso delante de la Policía Montada! —le prometió el Rábanos, terciando inesperadamente en el diálogo.

—¡Cállese o le rompo la cara! —observó Renny con voz tonante.

—Toma —dijo Doc, alargándole el vaso.

La faz puritana de Renny asumió una expresión singular y partió como para devolver el vaso.

Long Tom, el pálido, y Johnny el flaco, se fueron detrás de él, aparentemente sin objeto alguno determinado.

De allí a poco, se disgregó del grupo Ham, blandiendo su estoque, y, pisándole los talones, salió Monk con Habeas Corpus bajo un brazo.

Una vez en el pasillo los ocupantes del coche oyeron cómo era invitado por el vivaracho abogado a no seguirle los pasos.

—No debemos descuidar nuestra vigilancia sobre esos hombres —manifestó el Rábanos.

Un pasajero observó:

—No tema que se escapen. Vamos a sesenta por hora y a esta velocidad no es posible que se arriesguen a apearse del tren.

Doc Savage se había aproximado, mientras, a una mesa con servicio de escribir, y tomaba un bloc de telegramas en blanco. Arrancando una hoja, la encabezó con la dirección de la Policía Montado de la metrópolis, donde el tren debía detenerse de allí a poco, y debajo escribió:

“Les aconsejo tengan brillantemente iluminada estación y sus alrededores, a la llegada del tren. Punto. Preparen tropa suficiente para que nadie escape. Punto. Se me figura que se trama algo malo. Doc Savage.”

Metió la hoja de papel en el pañuelo y ató éste, tras de colocar en su fondo, como peso dos dólares de plata; luego abrió la ventanilla. Hizo esto a la vista de todos para evitar que algún pasajero excitado hiciera fuego sobre él.

Consultó su reloj y aguardó. Había mirado ya el horario y sabía que iban a pasar muy pronto por una pequeña ciudad.

La sirena del tren exhaló un gemido. A distancia se abrió una

pupila rojiza y temblorosa que se aproximaba velozmente. Era la ventana iluminada de la estación. Al brillo deslumbrante de los faros del tren, aparecía como una caja de fósforos.

Junto a la puerta principal estaba, de pie, un hombre que llevaba una visera verde y manguitos negros hasta los codos. Detalles de su indumentaria que le señalaban como telegrafista.

Al pasar él rápido, silbando, le arrojó Doc el parte con una puntería fantástica, si se considera la velocidad que llevaba el tren; el pañuelo cayó en las propias manos del hombre.

Satisfecho, Doc cerró la ventanilla y, con el rabillo del ojo, reparó en algo extraordinario.

El señor Oveja se apartaba rápidamente de junto a la mesa en que acababa él de escribir el telegrama como si hasta aquel instante hubiera estado inclinado sobre ella.

Doc se hizo el distraído. Sabia perfectamente qué era lo que había estado haciendo el señor Oveja: había leído la copia del despacho telegráfico que Doc redactara, en una hoja de papel carbón, preparada sobre la carpeta.

Era muy posible que el señor Oveja imaginara que acababa de llevar a cabo un acto detectivesco, mas la verdad era que el hombre de bronce había dejado al descubierto la copia, con objeto de atraer sobre ella la atención del caballero.

Deseaba sorber cómo reaccionaria, pero se frustraron sus ilusiones. El señor Oveja se reservó su opinión sobre el caso.

Durante la media hora subsiguiente permaneció Doc a la expectativa, por si se acercaba algún otro pasajero a la mesa con objeto de echar una ojeada sobre la hoja de papel carbón.

Pero nadie se aproximó.

El tren rasgaba con ímpetu las tinieblas, con gemidos atronadores se lanzaba sobre los puentes que hallaba al paso, ascendía, resoplando, las cuestas.

No sé quién ha dicho que la presencia de la muerte hace enmudecer a los vivos. Personaje tan sabio, debía haber viajado en aquel tren rápido.

De seguro hubiera oído hablar más que en una cámara de comercio durante el lunch. Esas discusiones se sucedían en los fumoirs, pullmans, comedores y salones.

Un número determinado de pasajeros que desconocía la

existencia de Doc Savage, eran allí informados prontamente.

De estos informadores se hizo notar uno que permaneció hablando más de cinco minutos de las habilidades extraordinarias de Doc Savage y de las cosas buenas que había llevado a cabo, y, como para concluir, observara: «Es un ser misterioso en grado sumo, poca se sabe de él», provocó esta réplica irónica de su oyente:

—¿Misterioso? ¡Pues yo veo que sabe usted más de su vida que de la del príncipe de Gales!

—No es ese el sentido de la palabra —dijo el parlanchín—. Quiero decir que a ese Savage no le gusta que se hagan públicas sus proezas. No suele alardear de ellas. Por ejemplo, tome a sus cinco ayudantes. Uno de ellos es ingeniero; otro, abogado; otro, químico; otro, geólogo, y otro, técnico electricista. ¿Qué sabe usted de ellos?

—Sólo esto: que en su esfera cada uno de ellos es una eminencia —replicó el oyente.

—Justamente. Pues bien; Doc Savage sabe más que todos ellos juntos de ingeniería, química, leyes, arqueología y electricidad, es también maestro en otros campos del saber humano. Sé de buena tinta que no tiene rival como cirujano.

—Su vida parece un cuento de hadas.

—¡Ya lo creo! Por ello opino que no ha sido él quien ha asesinado al pobre negro y por nada del mundo quisiera hallarme en el pellejo del asesino. Savage dará con él; estoy seguro.

Sin percatarse de esta discusión, ni de otras similares, regresó Doc Savage a su coche salón y apenas hubo entrado en él, su mirada penetrante notó algo desusado.

En el fondo de la papelera descansaba un periódico doblado… y él no lo había puesto allí.

Sin apresurarse, fue a cerrar la puerta con llave, y hecho esto, se aproximó a la papelera.

El periódico se publicaba en la gran ciudad por delante de la cual pasara el tren unas horas antes. En su estación había subido al tren el infortunado Wilkie… y tras de él el señor Oveja, la bella Cere y el Rábanos.

Envuelto entre sus pliegues, había un cuchillo con la hoja tinta en sangre.

El ojo experto de Doc midió su longitud y decidió que encajaba perfectamente en la herida que produjera la muerte a Wilkie.

De una de las numerosas maletas que llenaban el salón extrajo una lente potentísima, y, con ella, examinó el pomo del cuchillo. Pero habían sido borradas de él las posibles huellas dactilares.

Doc abrió entonces la ventanilla y lo arrojó al vacío, lejos.

Una ojeada al reloj le convenció de que pronto (pasados exactamente trece minutos) llegaría el tren a la estación de término.

Nueve minutos después sucedió lo imprevisto.

De debajo del tren surgió el súbito chirrido del acero al resbalar sobre otro acero. Fue como la queja de un monstruo demente y después se bambolearon los coches de un modo alarmante. Doc fue derribado todo lo largo que era, sobre el suelo del salón; mas se levantó al instante.

En los demás coches habían sido lanzados los pasajeros unos sobre otros.

Sus maletas se salieron de las respectivas redes. En los comedores cayeron los platos al suelo como lanzados fuera de las mesas por escobas invisibles.

En el coche correo rodaron los empleados sobre los sacos de la correspondencia.

El hombre de bronce hizo girar la llave en la cerradura de la puerta, abrió ésta de un tirón vigoroso y salió al corredor. El chirrido moría gradualmente bajo sus pies; el tren iniciaba una increíble parada.

Doc se asomó a una ventanilla. El tren habíase detenido del todo con un chirrido final de sus frenos.

No fue floja proeza de agilidad la que Doc realizó en aquellos momentos. Se encaramó al estrecho alféizar de la ventanilla y, como pudo, logró sostenerse sobre ella.

Mientras, su mano palpaba el borde del techo del vagón, por el exterior.

Halló en él un saliente, se asió con fuerza a él, y, de un increíble impulso, se plantó sobre la cubierta del coche. Ni un gimnasta lo hubiera hecho mejor.

Desde punto tan ventajoso podía ver todo lo que la obscuridad permitía, lo que estaba ocurriendo. A un cuarto de milla, sobre poco más o menos, de distancia del rosario de coches, vió la locomotora en el acto de detenerse.

Por lo visto se había soltado del resto del tren y sin duda los

frenos neumáticos se hallaban colocados de modo que en caso de tal percance, detuvieran instantáneamente los coches.

Doc Savage se lanzó hacia delante, saltando de coche en coche. Sospechaba de alguien que, recorriéndolos exteriormente, a su modo, hubiera cortado los enganches que unían los topes del primer vagón a la locomotora, y confiaba sorprenderle todavía.

AL llegar a él saltó a la vía y procedió a su examen desde el suelo. Una película de polvo grasiento cubría los topes del primer vagón.

Por consiguiente, si una mano se había posado en ellos tendría que haber desaparecido en parte.

Sacó del bolsillo una Lot y la enfocó directamente sobre ellos. Un rayo de luz blanca, intensísima, poco más ancha que el grueso de un lápiz, cayó sobre topes y enganches; pero la mano que había separado al vagón de la locomotora debía llevar guantes, ya que, ni en unos ni otros, aparecían huellas dactilares.

La máquina reculaba ya, lentamente, para unirse a la sarta de coches.

Con facilidad sorprendente, tornó Doc a encaramarse a la cubierta del primero y corrió en dirección de la parte posterior del convoy. No deseaba arriesgarse tontamente. A bordo tenía feroces enemigos, y éstos podían descerrajarle un tiro al azar.

Balanceándose para tomar impulso al borde de la cubierta, tornó a entrar de un salto en el salón, que continuaba desierto, y escogiendo del montón de sus bagajes determinado maletín, lo abrió y tiró de un aparato muy parecido a una linterna mágica de bolsillo, sólo que su lente era casi negra.

Después oprimió un botón. Aparentemente nada sucedió.

Hecho esto se aproximó a un estante colocado sobre el lavabo y de él sacó un vaso de regulares dimensiones. AL salir él del coche no estaba colocado todavía en aquel lugar, pero era el mismo recipiente de boca ancha en que Renny le había servido el agua.

Doc lo mantuvo en el aire frente a la lente del aparato, semejante a una linterna mágica y sucedió una cosa sorprendente.

Para el ojo desnudo no había nada de extraordinario en aquel vaso. Sin embargo, en cuanto Doc lo hubo colocado delante de la lente, se dibujaron en él caracteres escritos en un azul eléctrico deslumbrador.

El párrafo superior, tan perfecto que parecía obra de un grabador, había sido escrito por el propio Doc Savage y decía lo siguiente:

«Seguid los cinco al señor Oveja, a la señorita Oveja y al Rábanos y no es separéis de ellos ni un momento.»

Debajo de este párrafo había otro, hecho por una mano menos competente, que rezaba:

«Los tres estaban preparados para dejar el tren apenas iniciara una parada, Doc, y el hecho es sospechoso. ¿Cómo no habrán aguardado a llegar a la próxima estación? El señor Oveja lleva puesto un gran sombrero de jipi, que es inconfundible. Le seguimos la pista.»

No había más. Doc dejó caer el vaso y lo redujo a minúsculos fragmentos con el tacón de sus zapatos. A continuación apagó la linterna, se la guardó en el bolsillo y salió al corredor.

Muy deprisa, comenzó un examen del tren.

Solía hacer muchas cosas sorprendentes e inexplicables para los no iniciados en sus asuntos, mas siempre le movían a ello poderosas razones.

Su costumbre para comunicarse con sus amigos, de dejar un mensaje escrito sobre vidrio o cristal (escrito invisible para el ojo desnudo) era una de esas cosas capaces de sorprender a aquel que no estuviera familiarizado con sus actos.

Por ello, al pedir un vaso de agua, comprendió Renny, que le conocía a fondo, que en realidad, lo que deseaba su jefe era un objeto adecuado para dejarles sus órdenes escritas.

Esto se hacia mediante un pequeño clarion hecho de una materia ad hoc y cuyos trazos (invisibles a simple vista) se hacían visibles únicamente al ser expuestos a la luz de los rayos ultravioleta. Entonces despedían una luz azulada fosforescente. Así la linterna mágica usada por Doc era, sencillamente, una lámpara proyectora de rayos ultravioleta.

A su paso tropezó en los pasillos con pasajeros que se palpaban los miembros lastimados con motivo de la brusca detención del rápido. Algunos se habían apeado y charlaban en mitad de la vía.

Sin embargo, su número era muy reducido, pues, por regla general, el viajero no se siente dispuesto a abandonar el tren aun en casos similares, por temor a quedarse en tierra.

Andando, andando, llegó Doc a la cabeza del tren o furgón de

equipajes y volviendo allí sobre sus pasos, no paró hasta hallarse en el vagón mirador, que iba a la cola.

Es decir, que recorrió el tren de punta a punta. Su estatura más que regular y el color notablemente bronceado de su tez llamaban mucho la atención.

Los pasajeros le miraban atónitos. Todos, sin excepción, habían oído las hablillas concernientes al gigante de los ojos dorados.

Cada uno de ellos sabía que se acusaba al hombre de bronce de haber apuñalado a Wilkie hasta ocasionarle la muerte; Mas ninguno se sentía con ánimos para detenerle.

El metálico gigante no parecía inofensivo hasta el punto de aguantar la intervención de un extraño en sus asuntos.

Indiferente a la impresión que producía, Doc iba reflexionando. Por fuerza tenían que haberse desarrollado rápidamente los acontecimientos mientras él hacia sus pesquisas infructuosas por averiguar lo que había separado la locomotora del resto de coches, pues en parte alguna descubrió los rostros de la atractiva Cere, del señor Corto Oveja o del joven de la cara bonita.

Los tres se habían esfumado.

También echó de menos a cuatro individuos del grupo que alegaba dirigirse a la costa del Pacifico para asistir a la asamblea de una sociedad hispana.

Y de sus cinco camaradas no halló ni rastro. Incluso Habeas Corpus, el cerdo, había desaparecido.

Una vez concluida la búsqueda, salió a la plataforma del coche mirador. Sus ojos perspicaces repararon al instante en un hombre provisto de roja linterna, que estaba inmóvil en mitad de la vía, a cierta distancia del tren.

¿Quién sería? Probablemente un empleado del tren enviado a la zaga para evitar su colisión con otro que pudiera surgir de improviso.

Un choque amortiguado por el paso sucesivo de su repercusión a lo largo de todos los coches hizo comprender a Doc que acababan de enganchar la locomotora a la cabeza del tren.

Y un silbido agudo le dijo que el convoy estaba próximo a partir. El hombre de la linterna avanzaba a la carrera para ocupar su puesto.

Doc Savage traspasó de un salto la baranda que tenía delante y

aterrizó sin ruido sobre el suelo de grava de la vía. El guardafrenos no le vió, pues corría, con la cabeza baja.

En cuanto a los pasajeros que se apearon poco antes, ocupábanse en ascender al tren en aquellos momentos y no repararon en el hombre de bronce.

La locomotora silbó por segunda vez; resoplaba ruidosamente y una nube de vapor se escapó de su seno. Después se puso en movimiento, de momento lentamente, más deprisa, a medida que adquiría velocidad.

Las luces de la cola pasaron y se alejaron, semejantes a los ojillos encendidos de una serpiente monstruosa que se arrastrara por el suelo hacia atrás, y, finalmente, ella, y su andar acompasado se perdieron en la noche.

Con su desaparición, el cono de sombra intensa proyectado, a sotavento, por una peña pareció desprenderse de ella y desparramarse por la vía.

Doc se esfumó en su seno cual un fantasma. Procurando no hacer ruido, sacó del bolsillo un objeto metálico poco voluminoso y lo encendió.

Era la lámpara de los rayos ultravioleta. El invisible haz luminoso cayó sobre el terreno, delante de Doc.

De allí a poco, el hombre de bronce descubrió una flecha, diminuta y deslumbrante, de luz azulada. Era una señal dibujada sobre una piedra con el clarión empleado por él y sus hombres para comunicarse secretamente.

Tomó la dirección indicada por la flecha y, unos pasos más allá, descubrió una segunda señal.

Entonces echó mano de la Lot, que jamás abandonaba. Siguiendo sin duda la pista de sus enemigos, sus hombres habían dejado aquellas flechas para indicarle la dirección que tomaban.

Pero él deseaba examinar ante todo sus huellas con objeto de saber cuál era el número de hombres a quienes vigilaban.

Con el pulgar oprimió el botón de la Lot y en el mismo instante en que salía de la lámpara un rayo luminoso se destapó, a su izquierda, una ametralladora.

¡Su mortífero tableteo era comparable al roce producido por los élitros de un grillo gigante!

Ante aquella algarabía infernal y la inesperada lluvia de plomo,

Doc Savage se vino abajo, se disolvió, por decirlo así…

CAPÍTULO VIII

EL HOMBRE DEL SOMBRERO BLANCO

LA ametralladora cesó entonces de vomitar fuego como había comenzado y los últimos cartuchos vacíos que saltaron de su mecanismo expulsor retiñeron con sonido de latón sobre las piedras.

Tal era el silencio reinante que se oyó la carrera de un conejo enloquecido por los disparos. Mas este ruido se extinguió también.

—Bueno —dijo, en español, una voz sibilante—. Esto, amigos, zanja la cuestión.

—Sí, sí —aprobó otra voz, apenas perceptible.

Tras de las voces sonaron pasos lentos, amortiguados, y cuatro hombres (a juzgar por sus movimientos) avanzaron en dirección a la vía.

—A ver: dame un fósforo —pidió uno de ellos.

Se oyó el vaivén de los fósforos dentro de la caja, el abrirse de ésta y el rascar de la cerilla... que no llegó a encenderse. Alguien había lanzado un grito aterrador en la oscuridad.

Un alarido tal que no parecía sino que una mano invisible asida al corazón de quien lo conocía le estuviera destrozando, implacable. El lúgubre chillido acabó en un sollozo, suave como agua que se derrama de un tonel.

—¿Qué es eso? —aulló uno de los tres asaltantes de Doc. Y como era un valiente corrió con sus dos compañeros en ayuda del cuarto.

No tardó mucho tiempo en saber por si mismo de lo que se trataba. Algo —no veía lo que era— le aplastaba la carne contra el hueso en irresistible presión, le asía por el brazo izquierdo hasta dejarle insensible de puro dolor.

No se dio cuenta de que era una cuerda gruesa la que había pasado por el miembro lastimado y, no obstante, mediante su

ayuda, fue izado bruscamente del suelo y lanzado muy lejos, a un lado de la vía férrea.

Mientras caía violentamente sobre piedras y maleza, el hombre se preguntaba si sería posible que una mano humana le hubiera asido en acuella forma. ¿Quién sabe? Tal vez pertenecería a un coloso.

Pero se equivocaba.

Los otros dos hombres se dieron cuenta de la verdad, pues sus manos temblorosas y sus puños eficaces encontraron un cuerpo evidentemente material.

—¡Toma! —exclamó uno de ellos—. ¡Si es el hombre de bronce!... No le hemos dado.

Naturalmente, al ver caer a Doc mientras hacían fuego sobre él, los cuatro hombres habían supuesto que estaba muerto. En realidad su optimismo era exagerado, pues ignoraban la cegadora rapidez de movimientos que caracterizaba al hombre de bronce.

Doc se había dado cuenta del peligro que corría por el clic apagado con que se alzara el seguro del arma de fuego e, instantáneamente, se había dejado caer al suelo. Así y todo los disparos pasaron tan cerca de él que aún le zumbaban los oídos.

Uno de sus presuntos asesinos probó valerse de la ametralladora. EL arma vomitó su cargó con estruendo ensordecedor. Las balas levantaron una nube de polvo.

Doc se apoderó del arma, tiró de ella y consiguió hacerla enmudecer antes de que le ocasionara daño alguno.

Entonces hubo un nuevo acontecimiento. De los alrededores de la vía, no lejos de ella; surgió ruido de gentes que se acercaban corriendo.

¡Llegaban refuerzos!

Doc aplicó el oído. ¿Serían sus hombres?

No, no eran ellos. Se lo dijo una exclamación gutural en español.

Blancos destellos, haces de rayos cegadores saltaron de las manos de los recién llegados. Su resplandor dio de lleno en la figura de Doc e instantáneamente alguien hizo fuego sobre él.

De no haber ladeado el cuerpo bruscamente, la bala hubiera dado fin a la carrera de Doc, tal era la puntería del que le había disparado.

Doc había estado expuesto muchas veces a peligros sin cuento y

la muerte le había rozado con sus alas. Más de cuatro habían intentado acabar con su vida por medios violentos.

Matar en defensa propia se le hacia imperativo con frecuencia. Sin embargo, jamás lo hizo.

Los enemigos del hombre de bronce eran implacables. Así y todo, perecían muchas veces, pero siempre porque caían en la trampa que ellos mismos habían preparado, Doc jamás les arrancaba la vida con sus propias manos.

Aún tenía en ellas el arma en que se había apoderado y pudo disparar sobre los enemigos que se aproximaban. Con toda probabilidad les hubiera tumbado, ya que no eran más que dos.

Mas a causa de la oscuridad, sabía que tendría que matarles, no herirles meramente, y no quiso hacerlo.

Echándose a un lado, de un salto increíblemente largo, esquivó, por lo menos de momento, el resplandor de las lámparas de bolsillo y huyó, agachado, de la proximidad de la vía.

El terreno que rodeaba a ésta había sido nivelado. Las piedras que lo esmaltaban Y la maleza que crecía en él era muy raquítica para ocultar a un hombre, como no se tendiera y procurara aplastarse contra el suelo. Por esta razón Doc se vió obligado a cubrir unos cincuenta metros antes de poder hallar un escondrijo adecuado.

Durante su carrera le descubrieron por dos veces los haces luminosos de las lámparas y por dos veces tronaron ruidosamente los revólveres. Una bala le chamuscó la chaqueta entre los dos hombros, respetándole, empero, la piel.

Tuvo que confesarse que los tiradores tenían excelente puntería dado lo vertiginoso de su avance.

Por fin logró acogerse a la sombra de un peñasco y aguardó.

Sus perseguidores dispararon todavía, unos tiros al azar, mas no deseaban lanzarse tras él, ya que se detuvieron junto a los cuatro compañeros a quienes acabaran de rescatar de sus manos y les ayudaron a ponerse en pie.

Después todos a una, emprendieron una fuga vergonzosa.

Doc echó a andar en su persecución, pero lentamente, pues de vez en cuando se volvían a hacer fuego sobre él. De momento no hizo esfuerzo alguno por alcanzarles, ya que lo juzgaba peligroso.

Al hallarse en terreno accidentado, apretó el paso.

Allí el chirrido herrumbroso de unos alambres le movió a sospechar que los hombres saltaban una cerca, como en efecto, así era, y corrió decididamente.

El motor de un automóvil zumbaba con súbita energía. Sus faros deslumbraron a Doc, pasaron sobre él y se extinguieron.

Al otro lado de la cerca se extendía polvoriento, un camino amplío y bien nivelado. Por él se alejaba el coche velozmente. Doc se detuvo a mirarle.

Como llevaba apagada la luz, no pudo distinguir su número de matrícula.

En cambio, se vio precisado a salirse, de un salto del camino, pues desde el coche saludaban su aparición con una lluvia de balas.

Regresando al lugar de la refriega, encendió la Lot y procedió a inspeccionar el terreno. En él había huellas numerosas que el ojo experto de Doc midió, por si convenía identificarlas más adelante, y asimismo recogió varios cartuchos vacíos de revólver.

Junto a un arbusto enano halló el tesoro más preciado en aquellos momentos: un sombrero, ancho, de jipi, extremadamente blanco y de alta copa. En el interior de ésta, grabado en letras de oro, sobre la banda circular, había un nombre: Oveja.

Debido a la oscuridad no había vislumbrado Doc las facciones de sus asaltantes. No hay que olvidar que los cuatro primeros estaban tendidos en el suelo cuando aparecieron sus dos compañeros, lámpara en mano.

De haberse hallado en pie, Doc les hubiera visto la cara.

A tiempo recordó el mensaje escrito mediante un clarión especial sobre el vaso de cristal, que le había dejado uno de sus cinco camaradas. El señor Oveja —decía— llevaba puesto un gran sombrero blanco, de jipi. Y era él quien había leído asimismo el telegrama en que Doc pedía el concurso de la Policía Montada para prender al asesino de Wilkie.

Encendió la lámpara proyectora de rayos ultravioleta y reanudó lo que estaba haciendo cuando le sorprendieron sus asaltantes.

Esto es: la búsqueda de las flechas indicadoras dejadas en el camino por sus camaradas. Estas se destacaban, de trecho en trecho, resplandecientes de fantástica luz azulada. Gradualmente se alejaron de la vía férrea y ascendieron por una colina.

AL llegar a la opuesta pendiente Doc distinguió unos puntos

luminosos alineados ordenadamente como farolillos pendientes de un alambre. Eran las luces de la villa, que el tren hubiera dejado atrás de no haberse detenido tan súbitamente. Poseía unos miles de almas; por consiguiente, no era una gran ciudad.

Doc Savage echó pendiente abajo, siempre en pos de las flechas fosforescentes. Llegó al pie de la colina y allí halló que volvían a correr paralelas a la vía.

Cuando el rastro que seguía le condujo a una pequeña hondonada se sirvió de su Lot, pues daba una luz nívea y clara como la del magnesio.

El suelo arenoso de la quebrada estaba cubierto de huellas de pasos. Una persona poco competente hubiera dicho que eran todas iguales. El rastreador experimentado hubiera conocido por su profundidad que dos eran de hombre, una, de mujer.

Desde luego Doc Savage leyó en el suelo hollado como en un libro abierto.

Ante todo buscó las impresiones de los pies de sus hombres, cuyas peculiaridades conocía al dedillo, desde las hondas huellas gigantescas dejadas por Monk y Renny (los Sansones de la pandilla), hasta las claras y precisas de Ham, sólo levemente irregulares cuando blandía el estoque.

Separadas éstas, quedaron seis huellas por identificar: cuatro de hombre (una por cada pie) y dos de mujer. Estas últimas muy femeninas, por cierto, se distinguían por el tacón, fino y elevado.

El rastro torció bruscamente al llegar a los barrios extremos de la villa, y los rodeó, al parecer.

Doc la estudió atentamente. A juzgar por su extensión, parecía suficientemente importante para tener una central de telégrafos, cosa que no sucedía en los pueblos donde se cursaban los telegramas en la estación.

Abandonó la pista y penetró, a paso apresurado, por una de las vías principales. Su paso hubiera cansado al corredor más entrenado, pero aun después de haber recorrido varias manzanas de casas, su respiración era poco más anhelante que en un principio.

Sus músculos estaban entrenados por el ejercicio diario, de modo que soportaban las grandes fatigas como si fueran de hierro.

La central de telégrafos se hallaba resguardada por la fachada de ladrillo de un hotel, brillantemente iluminada hallábase al cuidado

de un individuo pecoso, extremadamente alto, cuyos cabellos se levantaban en la coronilla, prestándole extraño parecido con el peinado de un habitante de las islas Fiji.

—¿Me permite examinar los telegramas llegados esta tarde? —le preguntó Doc.

El joven replicó prontamente:

—No, señor; eso es opuesto al reglamento.

Doc sacó la cartera. En ella llevaba tarjetas diversas. Escogió una, de cartulina muy fina, y se la mostró al telegrafista.

—Vea, ¿qué dice usted ahora?

El joven la miró y dejó escapar un silbido de admiración.

La tarjeta estaba firmada por el jefe superior de Telégrafos y en ella se pedía a sus empleados que prestaran ayuda al hombre de bronce, fuera de la naturaleza que fuera y aun a costa de posibles consecuencias.

Pasando al otro lado del mostrador examinó Doc las copias sacadas con papel carbón de los últimos partes de la tarde. Entre ellas halló copia del mensaje despachado por él desde el tren con destino a la Policía Montada y la petición de arresto del señor Oveja, pero, sin duda alguna, la más importante era una firmada sencillamente: «Juan Smith» y dirigida a nombre de «Pedro Smith».

A primera vista su contenido le pareció bastante inteligible, algo así como pésima poesía.

«El caballo de hierro vió huir, correr, la ciudad Y muy deprisa. Punto. Hombre, OH, hombre, cerca está el motor de gasolina.»

Doc estudió las frases incomprensibles, hasta que, de pronto, se aclaró su significado. En realidad, no era muy difícil de adivinar. Juan advertía a Pedro que iba a abandonar el tren —quizá poco antes de llegar a la villa— y que le tuvieran preparado un automóvil.

En cuanto al apellido Smith, sería probablemente falso.

—¿Recuerda el aspecto de la persona que recogió este despacho? —preguntó al joven de las pecas.

—¡Ya lo creo! —repuso in continenti el telegrafista—. Vinieron por él dos hombres. Recuerdo el hecho porque me llamó la atención la forma en que está redactado.

—Descríbamelos —le rogó Doc.

—Que ambos eran bajos de estatura, de tez morena y llevaban

zahones muy grasientos. Del bolsillo del pantalón de uno de ellos vi salir el trozo de cuero de un casco de aviador.

—¡Hola! Conque aviadores y desde luego forasteros, ¿eh?

—Sí, señor. —El telegrafista comenzaba a perder la calma—. ¡Diantre! ¿Conque usted es Doc Savage, el mismo Doc Savage de quien tanto he oído hablar, a quien llaman «el hombre misterioso» y cuya historia publican todas las revistas? ¿No fue usted quien, recién llegado a la Arabia, embarcó en un submarino y siguió bajo el desierto un río subterráneo cuya corriente…?

—Voy a utilizar el aparato —manifestó Doc, interrumpiéndole. No obstante la impasibilidad de su rostro, hallábase un poquitín azorado, como siempre que se le hacía objeto de admiración.

Pero antes tornó a leer el telegrama. Había sido puesto en un apeadero sin importancia, distante unos cuarenta kilómetros.

Doc abrió la comunicación.

Un momento después se ponía al habla con el apeadero. Entonces describió la misiva que le interesaba.

—Ese despacho me fue arrojado desde el rápido —le notificó la voz lejana del telegrafista—. No vi por quién.

—¿Estaba escrito a mano? —interrogó Savage.

—No, señor; a máquina.

Doc cerró el circuito. Puesto que el despacho había sido escrito a máquina, no cabía pensar en seguirle la pista al autor.

El joven pecoso del cabello rizado le dejaba hacer, con la boca abierta.

Había seguido con la vista la conversación sostenida recientemente y opinaba que jamás se le había ofrecido ocasión de asistir a diálogo tan rápido y perfecto por el sistema Morse. Tan veloz había sido como si se hubiera servido el hombre de bronce de un «Cug» o rápido manipulador automático.

Al joven pecoso le parecía aquello increíble.

Dejando la central telegráfica y a su aturdido encargado. Doc reanudó la comenzada tarea de seguir el rastro luminoso dejado, mediante las flechas indicadoras, por sus amigos. Él había salvado, a la carrera, la distancia que mediaba entre telégrafos y la última flecha descubierta.

Mientras seguía ahora la pista, continuó corriendo.

Su carrera le condujo en torno del poblado.

Un perro de presa que divisó al hombre de bronce, comenzó a gruñir, con aire amenazador.

—¡Silencio, amigo! —le ordenó Doc.

La calma cariñosa que respiraba su acento produjo marcada impresión sobre el can, que comenzó a agitar el rabo. Doc se vió obligado a lanzar una piedra cerca de él para evitar que le siguiera, lleno de súbito afecto.

Este era otro ejemplo de las cosas notables que podía hacer su voz sonora.

Inesperadamente tropezó con Monk. El químico hallábase tendido en el suelo y, muy pegado a él, con toda comodidad, estaba Habeas Corpus.

—¡Manos arriba! —gruñó Monk—. ¡Más arriba; a ver si agarras una nube! ¡No! —había reconocido a Doc.

—¡Muérdele, cerdo! —ordenó este último al animal.

Habeas Corpus se enderezó al momento y pegó en el aire una furiosa dentellada. Monk le hurtó el cuerpo.

Con no flojo disgusto por su parte, alguien había enseñado al marrano a morder, a la orden, a la persona que tuviera más cerca y, por regla general, aquélla era su amo. Monk sospechaba de Ham. ¡Cómo era tan trapacero!...

—¿Dónde está el resto de la tropa? —preguntóle Savage.

—Allá, vigilando aquella propiedad —dijo Monk, alzando un brazo y señalando a la oscuridad.

Doc aguzó la vista, descubriendo un edificio semejante a una gran caja de sombreros.

—¡Hola! ¡Un hangar!

—Eso es. Por ahí hay un pequeño campo de aviación. Dentro del hangar se hallan el señor Oveja, la señorita Cere y el Rábanos.

—¿Estás seguro de que es el propio señor Oveja? —interrogó con viveza Doc.

—¡Tú lo dices! Le seguimos la pista desde que se apearon del tren y no puede haberse escurrido.

—¿Lleva un sombrero blanco de jipi? —volvió a interrogar Doc.

La voz de Monk llegó apagada a sus oídos:

—Lo arrojó lejos de sí en cuanto hubo saltado a tierra.

—¿Qué le movió a hacer eso?

—No lo sé; pero, creo haber oído decir al Rábanos que lo hacia

destacarse en la obscuridad, a causa de su excesiva blancura.

Doc enteró a Monk del ataque de que había sido objeto mientras les seguía la pista.

—Mis cuatro primeros asaltantes —observó después—, sin duda se apearon del rápido, lo mismo que yo; los otros dos son aviadores que les aguardaban con un coche en las inmediaciones de la vía.

Monk mostró su conformidad con un gruñido.

—Bien —decía Renny—, cuando íbamos en el tren —observó,— que nos seguía un monoplano pintado de negro. Esto fue poco antes de oscurecer.

—Precisamente. Y sus ocupantes son los mismos individuos que han venido esta tarde a telégrafos en busca de un telegrama.

—¡Es chocante! Estás siendo vigilado por el señor Oveja, su hija Cere y el Rábanos; en su busca va una cuadrilla misteriosa... que te incluye en su animosidad...

—Y la causa de todo esto es un profundo misterio, indescifrable..., al menos por ahora —concluyó Savage—. Bueno, sorprendamos a las personas encerradas ahí, en el hangar y veremos lo que se puede sacar de ellas.

Como si la decisión de Doc hubiera llegado instantáneamente al conocimiento de las tres personas aludidas, salió entonces del hangar un potente ruido.

—¡Caramba! ¡Es el motor de un aeroplano! —chilló Monk; y emprendió una carrera veloz.

En pos de él se fue el cerdo, saltando y gruñendo.

Doc les imitó. Lo mismo él que Monk oyeron descorrerse las puertas metálicas del hangar y de él vieron salir, bamboleándose, un aeroplano. Sus tubos de escape echaban chispas como la boca de un monstruo fabuloso; su zumbido hubiérase confundido con una salva de cañonazos.

En otra ocasión, Doc y sus hombres se hubieran apoderado de los ocupantes del aeroplano, pues no era probable que éstos se hubieran dado cuenta de la presencia en el campo, de sus perseguidores.

De haber venido el viento de frente hubiéranse visto obligados a detenerse delante del hangar, antes de despegar, para que se calentara el motor, mas el viento soplaba en dirección contraria y, por consiguiente, convenía hacerle correr un poco, es decir, por lo

visto tal fue el parecer del piloto.

La aeronave pasó rodando velozmente demasiado, incluso para los ligeros pies de Doc, por delante de los dos hombres.

De los extremos de sus alas despidieron las luces de aterrizaje haces de rayos deslumbradores que se extendieron en forma de abanico. Y, una vez alcanzada la linde del campo, al extremo opuesto, patinó y se elevó bruscamente. Era un gran biplano amarillo con cabina para seis pasajeros.

CAPÍTULO IX

SOBRE LA PISTA DEL CUBO DE MARFIL

LOS otros hombres de Doc, con Renny a la cabeza, avanzaban ya, dando saltos, en las tinieblas.

—¡Uf! ¡Somos cinco y los hemos dejado escapar! —exclamó con disgusto la voz tonante de Renny, al llegar junto a su jefe.

—¿Cinco? Seis, diría yo —corrigió Doc.

—Desde luego se ha podido hacer fuego sobre ellos, pero tú olvidas a la muchacha. Hay que tener en cuenta, que también iba a bordo.

El espacio semejaba en aquellos momentos un cuenco Invertido, de negro algodón por el cual se remontaba el biplano amarillo.

—Bien; ahora veamos sí hay algún otro aparato en el hangar —dispuso Doc.

Al llegar junto a la caja cuadrada de sombreros, a que se asemejaba el tinglado, Doc encendió la Lot.

—¡Toma! ¡Aun queda uno!... ¡No, dos) —exclamó.

Era así, en efecto. En el hangar había dos aeroplanos: una avioneta y un monoplano, tan pequeños que escasamente cabrían dos personas en cada uno.

Renny corrió junto al monoplano, por parecerle más rápido. Cerró el aspirador y después le rodeó con objeto de poner la hélice en movimiento.

Mas, de pronto, se le inmovilizaron las manos sobre la hoja de metal.

Contemplando con desaliento el motor, exclamó:

—¡Por el Toro sagrado! ¡Vaya chasco!

Doc se aproximó el aparato y examinó el motor.

—Total, nada —dijo secamente—. Esas gentes han aplastado las

bujías de encendido del motor. No hay que perder tiempo en reemplazarlas, pues antes de que hayamos despegado de aquí, se habrá perdido de vista el biplano.

Doc había ido avanzando, mientras hablaba, de modo que pronunció su última palabra en el umbral de la puerta.

Los cinco hombres le siguieron al instante. Su jefe tenía un plan. Le delataban sus rápidos movimientos.

—¿Qué intentas? —preguntó Monk.

—Veamos si sabes mover deprisa las piernas —propuso Doc sin responder directamente.

Tomó el camino de la villa, a un paso compatible con la resistencia de sus amigos, que no era floja, ciertamente, pues los cinco eran grandes andarines.

Monk se quedó a retaguardia moviendo, frenético, las piernas cortas y rechonchas que tanto parecido le daban con un gorila. Pisándole los talones iba Habeas Corpus, que corría como un perro, pero, como antes, gruñía a cada paso.

—¡A ver si te callas o te doy una patada en los jamones! —le ordenó Monk.

El animal dejó de gruñir al instante.

—¡Es un bicho muy inteligente! —digo su amo, complacido.

—¡Ojalá pudiera decir otro tanto de su dueño! —replicó Ham.

El objeto de aquella desenfrenada carrera continuaba siendo un enigma para los cinco ayudantes de Doc. Cambiaron entre sí una mirada de sorpresa cuando entró aquél en la ciudad y se fue derecho a la Central de Telégrafos.

—¿Conoce bien los alrededores de la villa? —preguntó al pecoso empleado.

—Sí, señor; los he recorrido casi todos —replicó el joven.

—Son montañosos y hay en ellos mucho arbolado, ¿eh?

—¡Usted lo dice!

—Pues bien; indíqueme todos los lugares a propósito para que aterrice en ellos un aeroplano, sin contar el campo local de aviación, suponiendo que sólo haya uno.

El joven cogió el lápiz pendiente de una cadena sobre la mesa, extendió sobre el tablero una hoja de papel en blanco y dibujó un mapa.

—Cerca de aquí —explicó—, hay sólo tres planicies adecuadas

para un aterrizaje. La primera dista una milla al Norte de la población; cinco millas las otras dos. Desde luego, tenemos un campo de aviación. No le cuento porque usted me ha dicho que no lo haga.

Doc Savage llamó con una seña a Monk y Ham.

—Compañeros: vosotros dos os dirigiréis a la planicie más lejana. Renny, Long Tom y Johnny visitarán la siguiente y yo escojo la más próxima.

—¡Ahora lo entiendo! —dijo el ingeniero, asaltado por una idea —. ¡Vamos en persecución del monoplano negro!

—Justamente —convino Doc—. Para ir más ligeros, os recomiendo que toméis un taxi.

Se separó de sus hombres a la puerta de la central de Telégrafos y dejándoles ir en busca de un coche de alquiler, emprendió la marcha hacia Septentrión, decidido a no utilizar más vehículo que la de sus piernas.

La distancia que le separaba de la planicie era corta, total una milla, y no quería perder el tiempo.

Mientras andaba iba dándose cuenta de todo lo que le rodeaba. Un silencio profundo envolvía en su manto a la pequeña ciudad. En sus calles veíanse poquísimas ventanas iluminadas y uno si y otro no, se habían apagado los faroles con objeto, sin duda, de ahorrar electricidad.

Los nubarrones se separaban bruscamente en el firmamento y, por el claro abierto, vertía la luna sus rayos más brillantes que la luz del sol por contraste con la anterior oscuridad. Paralela a la vía por la que transitaba Doc en aquellos momentos, corría una doble hilera de árboles desnudos. Doc atribuyó el hecho a los helados vientos de la región. Árboles y casas proyectaban sombras alargadas sobre las aceras.

Poco a poco, fueron escaseando las viviendas y, al cabo, desaparecieron del todo. Doc atravesó por entre un maizal de pequeñas colinas, azuladas, bajo la luz cenital. Negros agujeros abrían sus bocas por doquier.

Era como si la corteza terrestre se hubiera agrietado, de golpe. El camino se estrechaba por momentos; sólo a trechos aparecía nivelado. Troncos de árboles cubiertos de tierra y musgo hacían las veces de puente.

¡Poca gente transitaba por aquellos parajes!

Algo más allá de la planicie, meta de Doc, concluyó el camino; de acuerdo con el mapa trazado por el telegrafista, se convirtió en lugar de paso para un rancho.

Doc continuó avanzando sin abandonarle. Sus grandes zancadas acortaban la distancia. El camino bajaba gradualmente. Frente a él, a doscientos metros aproximadamente, distinguió, a la luz de la luna, una puertecilla; más allá, una llanura herbosa.

En su límite, no lejos de la entrada, veíase estacionado un monoplano negro como el ala del cuervo.

Sin aflojar el paso, se puso sobre la punta de los pies para no hacer ruido.

Ni cerca ni dentro del aeroplano consiguió ver a nadie; mas, no obstante, deseaba no arriesgarse tontamente.

Pequeñas eminencias servían de fondo a la llanura. De pronto sus cimas se tornaron intensamente blancas, como si una mano invisible derramara nieve a montones sobre ellas.

Desechando toda precaución, echó a correr el hombre de bronce. Sabia perfectamente lo que aquella súbita blancura significaba. Era que se aproximaba un coche y la luz de sus faros caía de lleno sobre las montañas.

El coche se acercaba velozmente. Ya se oía zumbar el motor. Doc había confiado en llegar antes que él al aeroplano. Ahora veía que era imposible.

La llanura, desprovista de vegetación, era poco a propósito para proporcionarle refugio. Por suerte, cerca de la puertecilla había una segadora mecánica cuya sombra ocupaba bastante espacio y se situó detrás de ella.

El automóvil bajó la cuesta dando tumbos. Pasó por delante de Doc levantando nubes de polvo y se detuvo junto a la puertecilla.

Era un Sedán reluciente de puro limpio, pero de un modelo que databa de unos tres años atrás. Tenía todo el aspecto de un coche de alquiler.

El Sedán venia atestado de hombres. Doc contó seis a la luz de la luna, todos de rostro atezado.

Cuatro de ellos habían viajado en el rápido. Los otros dos cubiertas las piernas con zahones grasientos, eran evidentemente los aviadores que habían visitado la Central de Telégrafos.

De la parte posterior del coche descendió un hombre que se adelantó a abrir la puerta del campo.

Doc Savage tenía la costumbre de llevar puesto un chaleco de cuero flexible, en cuyos bolsillos colocaba ingeniosos aparatos de su invención de los que se servía en ocasiones extraordinarias.

Ahora esta prenda había quedado en su equipaje. No lo llevaba puesto porque estaba de vacaciones y no pensaba correr riesgo alguno. Así, iba con las manos vacías cuando lo más probable era que los seis hombres del coche estuvieran armados.

En tales condiciones era lo más seguro permanecer a cubierto. Sin embargo, abandonó su refugio de detrás de la segadora y se deslizó hasta el automóvil.

A decir verdad, no esperaba llegar, sin ser visto, junto a él, y esto fue lo que sucedió.

—¡Ved! ¡El hombre de bronce! —gritó uno de la pandilla.

Un estremecimiento general pareció sacudir a los cinco hombres mientras se lanzaban a coger las armas dentro del coche. El que hacia de chofer tocó, sin querer, el acelerador y lanzó el coche hacia adelante en súbito impulso.

Doc había supuesto que se pondría en marcha y contaba con que el arranque inesperado impediría el ascenso del hombre que aguardaba junto a la puertecilla.

El razonamiento era lógico... ¡pero, le falló! El hombre fue tomado de sorpresa. Nervioso en grado superlativo, pegó un brinco, al oír el ruido del coche que salía disparado y se puso delante.

Derribado como frágil caña, cayó debajo de las ruedas. Ruidos espeluznantes, crujidos siniestros, apagados chasquidos, señalaron el paso del automóvil por encima de su cuerpo y, al reaparecer, era el infortunado una masa informe.

Las armas de fuego empezaron a hablar. Múltiples agujeros aparecieron, como por ensalmo, en las cerradas ventanillas del Sedán, mientras su radiador atravesaba la puerta entre el fragor de madera astillada.

Corriendo detrás de él, Doc logró llegar a la entrada misma del campo, ora agachándose, ora hurtando el cuerpo, y se refugió detrás del poste a que estaba unida la puerta por sus goznes, pues era suficientemente ancho para servirle de escudo. El Sedán continuó avanzando hacia el monoplano.

Desde él se hicieron como veinte disparos contra el hombre de bronce, de los cuales dos únicamente hicieron blanco en el poste. El resto cayó en torno suyo con sonido penetrante y cortado, que recordaba el ladrido del perro de las praderas.

En el camino, el dolor arrancaba gemidos apagados al hombre que había sido atropellado.

Al llegar el Sedán junto a la oscura nave aérea y mientras cuatro de sus ocupantes seguían haciendo fuego sobre Savage para mantenerle a distancia, los dos restantes pusieron el motor en marcha.

Doc sabia que le iba en ello la vida; no obstante corrió, ligero, junto al herido. Este iba armado, debía tener en la diestra un revólver cuando fue atropellado, porque ahora estaba el arma enterrada en el polvo, no lejos de él.

Mas, una de las ruedas del auto le había pasado por encima.

Doc quiso echarle mano y se le cayó una pieza.. EL peso del Sedán había aplastado el tornillo del cilindro giratorio que hacía las veces de cámara y de ello dedujo que era un arma de poco valor.

La arrojó lejos de sí por inservible, y volvió junto al poste. El peligroso cambio de lugar había sido efectuado con tal habilidad y vertiginosa rapidez, que apenas se dieron cuenta de él sus enemigos.

¡Bang, bang, bang!, Hacía el motor del monoplano. No era posible que se hubiera calentado tan deprisa, más ¡no importa! Aquel era un día afortunado y el piloto movió la palanca. Apiñados en la cabina, iban los seis hombres que habían cesado de hacer fuego sobre Doc.

Semejante a un murciélago se elevó, se sumergió la nave en el espacio bañado por los pálidos rayos lunares en aquellos momentos, se inclinó de costado y después emprendió el camino del oeste.

Doc la estuvo observando largo rato. Cuando estuvo seguro de la dirección que tomaba, giró sobre sus talones y se arrodilló junto al herido.

Gemía; todavía le quedaba un soplo de vida.

El hombre de bronce le asió por un brazo. Semejante proceder podrá parecer inhumano, pero no lo era. Doc sabía muy bien lo que se hacía; poseía un conocimiento profundo de la cirugía que probablemente no ha sido ni será jamás igualado por nadie.

Obligó a estirarse a la víctima del atropello hasta que cobró el aspecto de un ser humano y entonces, valiéndose de la Lot, lo examinó atentamente. Una lámpara de rayos X le hubiera sido de mayor utilidad, mas no la tenía.

Sin ella, supo lo esencial: que el hombre no podía vivir mucho tiempo.

—No hay esperanza, muchacho —le dijo—. ¿Para qué ocultarte la verdad?

—¿Cómo dice? —interrogó el hombre con un doliente susurro.

La proximidad de la muerte debía privarle del oído.

En lugar de repetir la frase, Doc la sustituyó por una pregunta:

—¿Qué hay detrás de todo este misterio, muchacho?

El hombre le contempló fijamente con las pupilas ya vidriosas. Era evidente que no le había oído.

—¿Detrás de qué andan tus compañeros? —volvió a preguntar el hombre de bronce en voz más alta.

Los ojos del herido parecían bolas de cristal dentro de las cuencas. Ni una sola palabra salió de sus labios; sólo suspiros dolorosos y entrecortados.

—¿Quién es tu jefe?

—«Voy a casa» —repuso el hombre incoherentemente.

Estaba delirando. Uno a uno se rompían en él los cabos del hilo de la vida que le tenía suspendido sobre el abismo infinito.

Para arrancarle algún dato valioso, en su delirio, Savage se inclinó sobre él, y le gritó al oído, con voz estentórea:

—¡Señor Oveja!

—¡Oveja! —repitió con un estertor el moribundo—. Oveja… se le engaña fácilmente… es bobo.

—¿Quién le engaña? —gritó Doc.

No obtuvo respuesta, a interrogación tan directa.

Con las puntas de los dedos, dedos hábiles y experimentados, dedos cariñosos, de suavísimo tacto, tocó varios centros nerviosos del cuerpo destrozado. Sus vastos conocimientos le capacitaban para aliviar de aquel modo los sufrimientos de sus semejantes.

Y, aunque desde luego, con toda su habilidad quirúrgica érale imposible salvar la vida del desdichado, sí podía prolongársela para obtener los informes que deseaba.

—¿Es un dado? —exclamó el moribundo, de repente.

—¿Eh?

—Sí, todo cuadrado, todo de marfil. Hay que cogerle… vale muchos millones de pesos…

Doc continuó haciendo presión sobre los centros nerviosos del hombre. Lo más probable era que ni siquiera se diese cuenta de que le interrogaban, y por ello sus informes tenían que ser forzosamente casuales e incoherentes. ¡Paciencia!

—¡Ricos! —seguía diciendo en español la voz débil del agonizante—. ¡Nos hará ricos!… Bajo la roca hay esqueletos… el dado desapareció. ¿Podremos encontrar… el galeón… con su tripulación de… esqueletos?

Las bronceadas facciones de Doc Savage continuaban impasibles, pero interiormente ardía de impaciencia, cosa rara en él.

En lugar de aclararlo, las palabras del moribundo aumentaban el misterio.

—El señor Oveja es tonto —comentó con voz clara y distinta—. Su hija es tonta. A los dos se les engaña fácilmente. Alex Savage…

No pudo decir más. La muerte le cortó la palabra.

—¿Qué diantre habrá querido decir —preguntaba Monk poco después—, con sus pesos, su dado, su galeón y su tripulación esquelética? Daría cualquier por saberlo.

Doc había reunido a sus cinco camaradas en torno suyo y los seis hombres se hallaban a oscuras, en el limite de la ciudad. Esto era poco después de medianoche.

—Va a costarte mucho —observó Ham, con su voz burlona.

—¿Por qué? —preguntó inocentemente Monk.

—Pero no te apures: Intentar descifrar esas palabras volvería loco a un hombre medianamente inteligente: tú no estás en este caso —siguió diciendo Ham, imperturbable.

—Conque soy medio simple, ¿eh? —gruñó Monk, no sin cierta complacencia—. Oye, Habeas: a Ham le desagradamos, ¿qué dices tú a eso?

—¡Que se vaya a paseo! —replicó el cerdo… o por lo menos así lo pareció.

Ham dejó caer el estoque y dio una zapateta en el aire.

—¿Eh? ¿Qué es eso?

—¡No hagas el ridículo! —le recomendó la voz misteriosa.

De pronto adivinó Ham de qué se trataba. Recogió del suelo el

estoque y con él en la mano, avanzó un paso.

Un salto frenético libró a Monk del bastonazo con que le amenazaba y se retiró a un lugar seguro con el cerdo en brazos.

—No sabia que Monk fuera ventrílocuo— —dijo, riendo, Long Tom—. Debe haber aprendido este arte recientemente.

Ham lanzó un gemido lastimero.

Doc había aplazado su narración mientras tenía lugar la escaramuza. Le chocaban estos altercados entre Ham y Monk, sin tomarlos en serio, claro está, y en su fuero interno celebraba la ocurrencia de Monk que le hubiera permitido insultar impunemente al elegante Ham, de no ser éste tan despierto.

—Mucho de lo que ha dejado escapar el herido en su delirio —siguió diciendo—, ha sido incoherente, pero tenemos un dato significativo.

—¿Sí? ¿Cuál? —interrogó Johnny, quitándose los lentes.

—La alusión al dinero —repuso Savage—. ¡Habló de cien millones de pesos! Y detrás de esa suma anda su pandilla.

—¡Cien millones de pesos! —balbuceó Monk desde su lugar de refugio.

—Quizá no sea tanto —manifestó Doc—. El hombre estaba delirando como he dicho y es posible qué haya mencionado la primera cifra que le ha pasado por la cabeza.

—En cambio, viene a corroborar con sus palabras lo que sospechábamos. A saber: que se engaña al padre de esa bella chica, al señor Oveja —observó Renny.

—¡Por este camino llegaremos lejos, no hay duda! —exclamó el agudo Ham—. Vamos a ver: ¿quién tiene la bondad de explicarme qué significa eso de un dado de marfil o lo de esqueletos bajo una roca?

Nadie le contestó.

—Antes de aclarar el misterio que encierran esas dos frases —observó Doc secamente—, es posible que tomemos parte en más de una contienda.

—¿Adónde nos dirigimos? —preguntó Ham.

—De momento, en busca de nuestros equipajes —le informó su jefe.

Después de muchas idas y venidas se descubrió que los equipajes estaban encerrados en el depósito de la estación dispuesto para el

caso, mas el guarda nocturno se negó, no solamente a entregarlos, sino que, además, cuando hubo descubierto la identidad de Doc Savage, corrió en busca de la policía.

Por lo visto, se le había avisado de que se requería la presencia del hombre de bronce en la Comisaría, con objeto de someterle a un interrogatorio relacionado con la muerte de Wilkie.

En cuanto se hubo perdido de vista, se dirigió Doc al cerrado almacén de equipajes y sin otro instrumento que la hoja delgada de un cortaplumas que le proporcionó Monk, hizo correr el pestillo en su cerradura y abrió la puerta en menos de un minuto.

Cuando regresó el guardián con la policía, Doc y sus hombres habían desaparecido en la oscuridad llevando a hombros el equipaje.

De ordinario, Doc cooperaba libremente con la policía y si en aquella ocasión no lo hizo, fue porque le importaba mucho no perder tiempo.

La policía es, a veces, rutinaria y a pesar de su influencia, Doc temía que se le encarcelara.

—¿Adónde vamos? —preguntó Ham por segunda vez en aquella noche, tratando de balancear inútilmente bastón y equipaje.

—Al lugar donde, al parecer, tiene origen todo este enredo —le contestó el hombre de bronce—. ¡A la propiedad de Alex 8avage!

CAPÍTULO X

LA CASA DEL CRIMEN

—¡PUES si que escogimos lugar a propósito para nuestras vacaciones —exclamó Ham con acento quejumbroso.

Eran las doce del día siguiente y estaban en las inmediaciones de la casa de Alex Savage.

—¡He recorrido más de una selva tropical, pero eran todas boulevards comparadas con esto!

Ham era hombre a quien le gustaba poco ponerse en contacto con la madre Naturaleza. Con todo su corazón desaprobaba todo ejercicio violento y no porque no pudiera soportarlo, pues era más fuerte que un roble, sino porque albergaba el temor de ver desgarrado su elegante atavío.

Los trajes bien hechos le volvían loco, eran su pasión dominante y por uno cortado primorosamente lo hubiera soportado toda… excepto una pelea.

Y el caso era que el traje se estaba haciendo pedazos y decaía su espíritu en consonancia con aquella ruina. Antes de su partida de Nueva York se había provisto de un equipo completo de sport que, según su sastre de la Park Avenue, era de lo más apropiado para el caso.

Ham opinaba lo contrario, mas la línea del traje le cautivó por su perfección y no supo resistir la tentación de adquirirlo. Ahora se hacía cargo de su error.

—Doc, ¿dónde está la máquina fotográfica? —le preguntó Monk en voz alta—. Voy a hacerle a Ham una fotografía para que se vea después. ¡Está graciosísimo!¿Te parece que la publiquemos?

Ham le lanzó una mirada preñada de indignación.

Llegar al lugar de retiro de Alex Savage, en mitad de los

bosques, no era floja tarea y los seis hombres se dieron cuenta de ello cuando ya no podían retroceder. Doc había buscado un aeroplano, pero el único disponible era un viejo biplano de dos asientos. Doc habló con su dueño al rayar el alba y se lo compró en el acto.

Aullando y gimiendo como un moribundo, aquel trasto viejo demostró que podía elevarse en el aire con una carga de tres pasajeros.

Otro obstáculo casi insuperable había sido la falta da campos de aterrizaje junto a la morada de Alex Savage. Como del mar se levantaba una bruma espesa, costó a Doc tres horas de vuelo para localizar la cabaña del tío Alex; por cierto que le llamó la atención su falta de vida.

Las circunstancias le obligaron a aterrizar hacia el interior, a diez kilómetros de distancia, y tuvo que trasladar hasta él, en cuatro viajes, a sus amigos y equipajes.

Al mediodía llevaban unas horas luchando para abrirse paso entre la maleza.

—¡Por el Toro sagrado! —exclamaba Renny, con su vozarrón característico—. ¿Será posible que hayan llegado tus telegramas a este desierto, Doc?

—Si, pues tengo entendido que el correo llega en lancha, por la costa —le explicó Savage—, Y probablemente habrán arribado por el mismo conducto los telegramas.

—¡Si contáramos por lo menos con tu hermoso aeroplano!… —gimió Ham.

La nave a que aludía era el veloz aeroplano de Doc, un aparato capaz de descender lo mismo en tierra que en el mar. En aquellos momentos reposaba en su hangar secreto del río Hudson, allá en la ciudad de Nueva York.

De contar con él les hubiera sido fácil amarar en la pequeña bahía que se dominaba desde la casa del tío Alex.

Doc no le había utilizado para su vuelo al Canadá porque deseaba, descansar durante su temporada de vacaciones de la vida agitada que llevaba constantemente.

Durante algún tiempo, él y sus compañeros siguieron el curso de un riachuelo serpiente verdosa que a intervalos, sacudía blanca espuma del lomo, y cuyas aguas corrían a una velocidad

vertiginosa.

Según Doc, este río tenía su desembocadura en la pequeña bahía ya mencionada.

—¡Mirad! —exclamó en una ocasión, deteniéndose bruscamente y elevando un brazo.

Por entre la espesura ascendía la niebla, semejante a nubes de humo blanquecino; se interponía entre el cielo y la tierra cual molde plomizo que velara los rayos del sol originando una claridad crepuscular. Pues bien: aun con tan poca, luz se distinguía perfectamente el objeto señalado por Doc.

Era una tumba reciente, rematada por una cruz.

Conforme se iban aproximando a ella se hacia evidente el enorme tamaño de la cruz. Era de madera de abeto, recién cortada, y diríase que alcanzaba a los hombros de Doc.

Con el objeto de leer su inscripción, grabada a cuchillo sobre un espacio nivelado previamente, los seis hombres dieron una vuelta en torno de la tumba.

“ALEX SAVAGE”

—¡Mi tío!

La exclamación surgió vivamente de labios de Doc.

Los rostros de todos se nublaron. El descubrimiento producía en sus espíritus el efecto de un jarro de agua fría y guardaron unos minutos de silencio, agrupados en torno de la cruz. Su tristeza se debía sobre todo al lazo de parentesco que unía a Alex Savage con su jefe, pues, de ordinario, acostumbrados como estaban a sortear toda clase de peligros, solían considerar la muerte como una contingencia desagradable, sí, pero inseparable de sus aventuras.

Esta era diferente y por un momento perdieron las ganas de luchar y de vivir.

—¿Qué os parece? ¿Habrá sido natural? —Monk concluyó la frase con un gesto vago.

Nadie replicó.

—Mi tío tenía una hija, Patricia Savage —dijo Doc, como saliendo de un sueño.

—Vámonos de aquí. ¡La vista de una tumba me inspira ideas melancólicas! —balbuceó Ham.

Singularmente afectado, había dado al olvido su traje hecho jirones y la antipatía que le inspiraba el paciente Monk.

Sólo entonces se decidieron, los cinco hombres, a volver la espalda a su deprimente hallazgo. La tumba estaba abierta en una pequeña meseta y en torno suyo pendía la niebla gris, semejante a impalpable colgadura.

Doc supuso que dominaba el mar, pues el camino que seguían bajaba rápidamente y, en efecto, luego llegó a sus oídos el rumor de las olas.

Tropezando con piedras y peñascos, abriéndose paso por entre la maleza, avanzaron sin descanso. Detrás de ellos murmuraban las aguas del riachuelo.

Poco a poco dejaron de oírlas.

La niebla aumentaba por momentos; se agitaba en torno de ellos semejante a los pálidos tentáculos de un pulpo fabuloso. De los árboles no surgían los trinos de las aves ni tampoco se oía el rumor del viento, únicamente las olas lamían la playa con persistente murmullo.

Sus chapoteos indicaban una elevación de aquella parte del litoral y en la espesa bruma hubieran podido confundirse con los pasos apagados de un espectro.

—¡Vaya un sitio divertido! —comentó Monk.

—Ten un poco de paciencia que ya estamos llegando a la propiedad de mi tío —le advirtió Doc.

Monk alzó vivamente la cabeza y le miró sorprendido. ¿Cómo sabría esto?

Quizá conocía ya el terreno…

La verdad era que el olfato ultrasensible del hombre de bronce percibía olores apenas perceptibles, perfumes suavísimos, que escapaban a los sentidos de sus compañeros.

Los órganos sensoriales de Doc eran de una finura casi animal, pues a su entrenamiento dedicaba diariamente una buena parte de la mañana.

En aquella, ocasión aspiraba un vago olor a gasolina, ciertos efluvios perfumados, ajenos a la región y procedentes, sin duda, del tocador de una mujer y mezclado a éstos el característico de la madera quemada; mas, este último era como de un humo pasado; no parecía proceder de un fuego vivo.

Una vez recorridos cien metros se ofreció a la vista de todos la cabaña, cuyo aspecto suntuoso dentro de lo rústico de sus

materiales de construcción causó sensación a todos.

—¡Por el Toro sagrado! ¡Qué casa! —exclamó Renny.

—Está deshabitada —profirió broncamente Doc.

Otra vez comunicaba a sus compañeros lo que le decían sus extraordinarios sentidos. Pero, en esta ocasión, eran sus oídos los que no captaban signo ninguno de vida en la vivienda.

La puerta principal sólo estaba entornada. La abrieron del todo y penetraron en el interior de la casa.

Lo primero que se ofreció a sus miradas fue el cuerpo de un hombre tendido a sus pies en posición supina. De su pecho sobresalía verticalmente un trozo de asta de dimensiones respetables. ¡Era el mango de un cuchillo!

—¡Es un indio! —exclamó el Hombre de Bronce, después de examinar el cadáver.

Y enseguida procedió a un estudio más minucioso.

—Parece un mestizo —dijo—, y ha debido morir a la misma hora, poco más o menos, en que se desarrollaron los acontecimientos dramáticos del tren —E indicando el estado desastroso de la parte inferior de sus pantalones, agregó:— Poco antes de morir se mojó hasta los sobacos. Ved: sus ropas demuestran claramente que se han secado sobre su cuerpo inerte. Lo cual significa de que estaban húmedas cuando le asesinaron.

Y sin dejar de hablar despojó al cadáver de sus «mocasines» adornados con abalorios. En cada zapato había más de un puñado de arena de la playa, arena limpia y fina.

A los pantalones se habían adherido diminutas partículas de resina color de ámbar y también los dedos de sus manos estaban manchados de la misma substancia pegajosa; A ella se mezclaban pedacitos minúsculos de corteza, plumas y plumón.

Si la resina y los residuos que con ella había, significaron algo para Doc, no hizo mención de ello, por el momento.

Long Tom, el mago de la electricidad, un poco más pálido que de ordinario, le preguntó:

—¡Quién es?

Doc se encogió de hombros.

Se alzó del suelo y pasó a las habitaciones de la casa.

Todo en ellas evidenciaba una requisa minuciosa: los muebles tirados por el suelo, los lechos destrozados, las alfombras

levantadas. Incluso la cabeza disecada de un oso, puesta al extremo de una piel que hacía las veces de esterilla, había vilo abierta a martillazos.

—La casa ha sufrido dos registros consecutivos —anunció Doc, después de su examen.

—¡Dos veces! —repitió sorprendido Johnny—. ¿Cómo lo sabes?

Doc le llevó a la cocina y allí le mostró una mancha en el suelo; al parecer había sido hecha por una substancia similar a la melaza, que se hubiera vertido y secado hasta cobrar la dureza del vidrio.

Una lata volcada junto a ella demostraba de dónde procedía. Su etiqueta revelaba que había contenido barniz.

—Repara en el membrete —aconsejó a su esquelético amigo el hombre de bronce—. ¿Sabes el tiempo que necesita este barniz para secarse?

—Unas doce horas —replicó Ham, que les había seguido con el resto de la pandilla.

—Precisamente. El barniz está ahora perfectamente seco, pero fue derramado durante un registro. Esto significa que éste tuvo lugar por lo menos hace doce horas. Ahora venid.

Doc penetró en un dormitorio. También yacía en su suelo un objeto: era una linterna de gasolina. De su depósito hendido había manado libremente la liquida mezcla, de modo que en torno de ella estaba el piso mojado.

—Todos sabéis, muchachos, lo deprisa que se evapora la gasolina —explicó Doc Savage;— pues bien; de ello cabe deducir que hace menos de una hora que ésta ha sido derramada y que el segundo registro de la casa ha sido más minucioso que el primero, como lo demuestra el depósito de la linterna, hendido para examinar su interior.

Johnny se caló los lentes y dijo:

—Pues también yo he observado algo, amigos —les comunicó,— por ejemplo: Que el mestizo que hemos hallado muerto junto a la puerta de entrada era un servidor de la casa. En un cuartito situado en la parte posterior acabo de ver unas ropas que le irían pintadas y a su lado, en la percha, trajes de mujer, de lo cual deduzco que debía de ser casado.

—Con una, mujer muy gruesa, eso es— —añadió Doc—, e india por añadidura.. Me lo han dicho la talla desusada de sus vestidos y

los brillantes colores de éstos. Por lo visto, ella y su marido eran los dos únicos criados de mi tío.

—Pero, ¿y la dueña de la casa? ¿Y miss Patricia? —inquirió Renny, atronando los ámbitos del aposento.

Sin responderle pasó su jefe a otra habitación cuyo suelo se hallaba materialmente sembrado de prendas femeninas; haciendo caso omiso de ellas, fue a detenerse junto a una papelera invertida, de la cual habíanse escapado, entre otras zarandajas, unas pelotitas de sedoso material.

Eran servilletas de papel de las que utilizan muchas mujeres para limpiarse la crema del rostro.

Doc tomó una de ellas y la aplastó entre los sensibles dedos de su metálica diestra.

—Ha sido utilizada esta mañana —observó—, de modo que hace poco estaba aquí mi prima.

—Pero ahora ¿dónde se halla? —volvió a preguntar Renny—. Y ¿dónde está la gruesa sirvienta?

El ingeniero interrogaba a su jefe como si creyera que éste había presenciado todo lo sucedido en la vivienda. No es que lo creyera en el fondo.

Sabía por experiencia que al encontrarse Doc ante un espectáculo como aquel y precisamente por su habilidad realmente sorprendente en descifrar indicios vagos, deduciría los hechos, de modo tal, que no se hallarían lejos de la verdad.

—Voy a demostrártelo —replicó Doc probando con esta respuesta que Renny no era optimista hasta el exceso.

Con una seña indujo al grupo a salir al exterior y les señaló unas huellas impresas sobre la tierra blanda. Evidentemente, había llovido al rayar el alba o poco después, y fácilmente perceptibles en el barrizal formado ante la puerta veíanse las pisadas de tres hombres y de dos mujeres; una de ellas calzaba «mocasines», la otra botas de tacón bajo y suela claveteada.

—Las dos mujeres han sido secuestradas —dijo bruscamente.

Sus ayudantes se miraron perplejos. ¿Cómo de una ojeada podía afirmar que había habido allí un secuestro? Era un enigma que se hallaban muy lejos de poder descifrar.

—Ved, por las huellas, cómo han empujado aquí a la muchacha, pero la empujaron rudamente; no era cosa de juego —dijo Doc,

señalando las huellas:— Si ella hubiera acompañado gustosa a los tres hombres no hubiera sucedido esto, ¿no os parece?

—¡Precisamente, Doc! —aprobó Renny dándose una palmada.

—¿Y sabéis quiénes son sus secuestradores? —continuó diciendo el hombre de bronce—. Los amigos que se dieron a la fuga en el monoplano negro.

Los cinco hombres estaban acostumbrados a sus maneras, a verle recurrir al aire impalpable, como quien dice, para arrancarle los informes que deseaba.

En más de una ocasión le habían visto hacer milagros, mas en aquellos momentos no pudieron disimular el aturdimiento que se apoderaba de ellos.

—¡Por el Toro sagrado! ¿Da dónde sacas eso, Doc?

Sin nombrarle, ya adivinara el lector de quién provenía esta exclamación.

—Siempre de las huellas que aquí ves y que han sido impresas por los mismos individuos que me atacaron cuando empezaba a seguir la pista de las flechas luminosas desde el tren —replicó Doc —. Estos individuos forman parte de la pandilla que escapó en el monoplano.

Así diciendo, dobló una rodilla en tierra y examinó más atentamente las señales. Luego afirmó:

—¡Ahora estoy seguro de ello! ¡No sólo por el tamaño, sino también por ciertas partes desgastadas de la suela, coinciden!

—O. K. O. K. —murmuró Renny—. Ahora únicamente nos resta saber dónde tienen recluidas a las prisioneras.

—Para eso tendremos que seguirles la pista —propuso Doc.

Así se hizo y por espacio de unos metros no les costó gran trabajo poder identificar las pisadas. Después se desvanecieron en el centro de un lecho rocoso y no volvieron a aparecer.

—Sin duda han saltado aquí de roca en roca —decidió Doc,— mas no podrán hacerlo siempre. A ver: demos una vuelta en redondo.

Separados, registraron las inmediaciones de la casa sin apartarse unos de los otros más allá del alcance de la voz; a poco se oyó la de Long Tom, que gritaba con todas sus fuerzas:

—¡Venid acá, muchachos! Aun no he dado con la pista, pero quiero mostraron otra cosa.

El mago de la electricidad se había detenido junto a un espeso macizo de abetos y a sus pies, manchas sanguinolentas coloreaban la hierba de la linde.

—¡Sangre! —exclamó dramáticamente.

—Sí, sangre completamente seca —convino Doc después de un atento examen—. Una parte de ella ha sido arrastrada por la lluvia de esta madrugada.

Lentamente y sin separar los ojos del suelo, dio una vuelta en torno del soto, deteniéndose varias veces para separar la hierba.

La lluvia había borrado casi todas las señales, dejando poquísimas visibles; cabe suponer que para una vista menos experta que la del hombre de bronce, no hubiera ofrecido indicios del crimen cometido en aquella parte del bosque. Doc penetró en el soto y pasó en su interior algún tiempo.

Cuando reapareció, afirmó con acento convencido:

—Aquí recibió la muerte el mestizo.

—¿Sí? —gruñó Monk.

—Sí; desde ahí dentro le lanzaron el cuchillo que llevaba clavado en el pecho. Las señales encontradas me demuestran que el mestizo vino aquí para hablar con alguien y evidentemente este alguien le recibió arrojándole un cuchillo desde la espesura.

—¿Hay alguna probabilidad de que pesquemos a su asesino? —preguntó Renny.

—No. No podemos seguirle la pista porque, lo mismo a la venida que a la ida ha tomado la precaución de elegir un terreno rocoso para poner los pies y si había dejado alguna huella la ha borrado el chubasco.

Mientras Doc se explicaba de esta manera, Monk examinaba las borrosas impresiones que se hallaban junto a las manchas de sangre. Con gran trabajo iba descubriendo lo que había visto Doc de una sola ojeada.

—Las dos mujeres encontraron, evidentemente, al mestizo asesinado —manifestó y le llevaron a la cabaña. He aquí sus huellas. Un par ha sido dejado por unas botas; otro par por unos mocasines.

Volvió a medias la cabeza, pues deseaba saber qué cara ponía Doc… y, dio un salto, a tiempo que abría desmesuradamente los ojos.

Doc Savage ya no estaba detrás de él. ¡No estaba en ninguna parte!

Su desaparición no excitó, sin embargo, a sus cinco camaradas, pues tenía el hábito desconcertante, de desaparecer de improviso. Esta vez se había metido, simplemente, en el soto, mas lo extraordinario no era esto: era lo silencioso de sus movimientos lo que prestaba a su fuga un carácter sobrenatural. Algo así como si se hubiera desvanecido en el aire.

Cuando sus compañeros se dieron cuenta de su ausencia, llevaba recorridos unos cientos de metros. Marchó a buen paso, y al llegar a un cuarto de legua de la «cabaña», se paró en seco y describió, en torno de ella, un amplio círculo.

Un extraño cambio se operaba en él. Rastreaba su presa empleando los métodos de un animal salvaje. Es decir, que no sólo se servía de la vista sino también del olfato.

Casi todo el trayecto fue recorrido por él, valiéndose de pies y manos y, en ocasiones, cuando deseaba avanzar con mayor rapidez o interceptaba su paso una maraña de verdor, de esas que se atraviesa a costa de grandes fatigas, tomaba impulso, se elevaba en el aire y, con la agilidad prodigiosa de un simio, se colgaba de una rama y saltando de una en otra, proseguía su camino hasta pasar el obstáculo.

Finalmente, una tela de araña le mostró la perdida pista.

Sus hilos, arrancados de su base y agitados por el viento, evidenciaban el paso de un cuerpo y, unos metros más allá, descubrió Doc la huella de un pie. Era una impresión pequeña, inconfundiblemente femenina.

Doc no la tocó, pero sabia que la había dejado la muchacha a quien unos bandidos acababan de sacar, a la fuerza de su morada.

Era realmente fantástica la habilidad para juzgar del tamaño de un cuerpo, a simple vista, que una larga práctica había hecho adquirir al hombre de bronce y, no obstante, no tenía nada de sobrenatural. Era un don perfeccionado, diariamente, por ejercicios adecuados.

Estos ejercicios le llevaban dos horas cada día, y entre ellos el más notable era uno que consistía en tirar varias veces al suelo un puñado de blancas pelotas y calcular después la distancia que separaba unas de otras en el momento de caer. Minuciosas medidas

le demostraban si había errado o no en sus cálculos.

Doc siguió la recién hallada pista, cosa no muy sencilla, a la verdad, ya que los secuestradores de Patricia habían hecho lo imposible por borrar toda señal de su paso, eligiendo siempre que podían un terreno pedregoso donde sentar sus plantas.

Habían penetrado en un riachuelo y seguido su curso unos doscientos metros; aquí el agua había borrado, naturalmente, sus huellas.

En un punto del río (un remanso, donde se estancaba el agua) descubrió Doc, suspendido, un trocito de limo. Alguien había removido el fondo a su paso y este alguien no podía ser otro, u otros, que los hombres que buscaba.

También indicaba el hecho, que no estaban lejos de él.

El camino se tornaba más dificultoso cada vez. Ascendía escabrosas pendientes, se hundía en pedregosos barrancos. Bajo sus pies se extendía un terreno pedregoso y accidentado que no retenía las impresiones de los pies.

Las agrestes regiones del Oeste producen un tipo determinado de individuos, los «sign readers», rastreadores expertos a quienes se utiliza para, descubrir la pista dejada por los ladrones de ganado, para hallar perdidas reses y para otros fines similares.

Estos hombres llegan a adquirir una experiencia tal que, con sólo mirar al suelo, descubren una pista definida allí donde el hombre corriente no distingue nada.

De haber observado un «sign reader» a Doc, en aquellos momentos, hubiera acabado por creerse un simple amateur, pues en realidad no seguía rastro alguno. El rocoso terreno no retenía las huellas.

Doc iba y venía de aquí para allá. Sus pupilas doradas sorprendían los detalles más insignificantes, los fotografiaban, por decirlo así, y los transmitían a la cámara oscura de la memoria. Le llamaron la atención unas lagartijas que corrían por entre las rocas y reparó en que no tomaban el sol en todos los sitios por igual.

Había lugares en que no se dejaban ver. De ello juzgó que se las había asustado y obligado a refugiarse en sus agujeros.

Indicios tan insignificantes como éste eran los que guiaban al hombre de bronce.

El riachuelo se convertía, poco a poco, en un río, cuyo rumor era

ya perceptible. AL parecer los secuestradores se dirigían en línea recta al torrente impetuoso que le daba origen.

Allí era tal el estruendo de sus aguas que sugería la imagen de una mano gigantesca en el acto de removerlas con el tronco de un árbol.

Semejantes a grises fantasmas de gigantescos gatos, se arrastraban por entre las rocas masas aborregadas de niebla. Bajo los pies, pequeños marcos de agua señalaban la lluvia reciente.

Doc halló el sitio donde uno de los individuos a quienes iba siguiendo había pisado en un charco y dejado las huellas de sus pasos por espacio de unos palmos. Esas huellas, pequeñas, pertenecían a Patricia.

Más adelante comenzó a ver aquí y allá pequeñas cuentas de colores de las que usan los indios para adornar sus «mocasines».

Las dos mujeres se habían esforzado visiblemente en dejar huellas de su paso por aquellos parajes.

El rumor de la corriente se dejaba oír con más fuerza a medida que Doc avanzaba. Ya no evocaba en su mente la imagen de una mano poderosa en el acto de batir las aguas.

Era ahora como el violento palpitar de un corazón, una mezcla de gorgoteos y de sollozos estentóreos, salvajes y deprimentes que hería los tímpanos.

Andando, andando, llegó junto a un cañón, tan ancho y tan hondo que no pudo entrever ni su fondo ni la pared opuesta. Para medir su profundidad hubiera tenido que bajar hasta el suelo.

Corriente arriba, a unos metros de distancia, había una soberbia catarata.

Era ésta la que emitía el rugido que le lastimaba los oídos.

El rastro que iba siguiendo moría a la orilla del agua. La catarata se precipitaba con rugido atronador en el cañón, se deshacía en espuma por efecto de su inmersión en el precipicio. De este ruidoso infierno se elevaba una neblina acuosa, semejante al humo que asciende de un edificio en llamas. Ella se mezclaba a la bruma del espacio; oscurecía la luz del sol; empapaba de humedad los peñascos circundantes hasta que rezumaban agua, como por efecto de un chubasco.

Doc elevó su mirada. Sobre su cabeza retrocedían, avanzaban, chocaban entre sí nebulosos vapores dotados, aparentemente de

vida.

Los estuvo contemplando un minuto tal vez y, transcurrido éste, bajó los ojos. El río semejaba una blanca sabana espumosa. De su seno se alzaban olas altas como montañas, cuyas cúspides vomitaban espuma cual las fauces famélicas de un reptil.

Sobresalían rocas aquí y allá del nivel de las aguas y la corriente era tan rápida que los espacios de aire dejados tras de estas rocas llegaban muy hondo, casi al techo del río.

Escudriñándolas de cerca, Doc acabó por descubrir las huellas de las personas en cuyo seguimiento iba. El grupo había vadeado el río por el punto precisamente en que hervían sus aguas.

Hecho semejante le dejó perplejo. Ningún ser humano hubiera podido vadear el río en aquellos parajes sin arriesgar la vida; ningún bote hubiera podido atravesarlo.

De nuevo elevó los ojos al cielo. Parecía fascinarle la niebla que llenaba el espacio, sobre su cabeza. Estuvo contemplando un buen rato sus convulsiones y después echó a andar, cañón arriba.

Deteniéndose, el hombre de bronce se puso en línea con las huellas desaparecidas dentro del río. Vió que se hallaba un poco a la derecha y corrigió su posición. Después miró hacia arriba.

Muy bajo y, no obstante, dominando el estruendo de la catarata, sin esfuerzo aparente, rasgó los aires una nota vibrante: el sonido característico de Doc Savage.

Murió apenas comenzaba, y Doc mismo no dio señales de haberse dado cuenta de que se le escapaba. Estudiaba su hallazgo. Este era, sencillamente una cuerda, atada al tronco de un árbol, pero estaba tendida de un lado a otro del cañón.

Doc había supuesto algo por el estilo, ya que era lo único que podía explicar a satisfacción las huellas dejadas a la orilla del río. Pendiente del cable aéreo habría, sin duda, una eslinga o cabo, destinado a soportar grandes pesos, que corriera hacia delante o hacia atrás y, además, que se hallara colocado bastante bajo para que pudieran asirse a él desde el agua.

Pero lo más ingenioso del puente aéreo era que se había tendido en un punto oculto a las miradas, por las nubes de espuma y la neblina de la catarata.

Doc extendió el brazo y palpó el cable. Convencido de su resistencia, dio un brinco en el aire y cayó él en su centro, dando

muestras de un golpe de vista y un dominio del equilibrio sin igual. No lo atravesó a pulso; corrió sobre él, a modo de un equilibrista sobre la cuerda floja.

La espuma la había tornado resbaladiza. Paso más peligroso hubiera sido difícil de imaginar. Doc no le prestó más atención que a una calzada de coches. Y, aunque no llevaba contrapeso como los equilibristas profesionales, supo guardar el equilibrio a la perfección.

El cable se combaba a mitad del trayecto. Bajo él, semejante a repelentes lagartos hocicudos de titánico tamaño, se lanzaban las olas hacia arriba, una caída hubiera significado la muerte instantánea.

La cuerda ascendía ligeramente a partir de la comba y Doc echó el cuerpo hacia delante para mantener el equilibrio; sus pies resbalaron varias veces en la húmeda cuerda.

Estos resbalones, que hubieran puesto los cabellos de punta al espectador, no afectaron, en apariencia al menos, los nervios de Savage. Se hallaba tan inmunizado contra el miedo como el metal a que se asemejaba.

Por fin surgió un árbol en el vacío nebuloso. A él se hallaba asegurado el extremo del cable. Junto a él distinguió Doc un cesto de mimbre, cuerdas y poleas en confuso montón.

Iba a saltar del cable a tierra firme cuando apareció, junto al árbol un individuo moreno, cachigordete, que vestía un mono grasiento. Este hombre iba provisto de un rifle.

Se lo echó a la cara y el arma vomitó una llamarada que ennegreció la chaqueta de Doc, precisamente sobre el corazón. Al propio tiempo apareció un agujero en el mismo trozo de tela quemado por el fogonazo.

CAPÍTULO XI

EN BUSCA DEL DADO

EL cuerpo gigante de Doc retrocedió, resbaló, cable abajo, como si le hubieran calzado súbitamente unos patines.

Un instante después de haberse hecho fuego sobre él se había doblado, exageradamente por la cintura y así se mantuvo. Sus movimientos eran singularmente grotescos. Agachado conforme estaba se asió al cable con ambas manos y agitó frenético los pies. Parecía luchar, en vano, por mantenerse asido a la cuerda.

El moreno dueño del rifle se inclinó a atisbarle a través de la niebla.

—¡Bueno! —exclamó, en español—. Me parece que la bala le ha tocado en mitad del corazón.

Metió un nuevo cartucho en la cámara del rifle, apoyó la culata del arma en uno de sus hombros y apuntó con toda calma. Mas la persona de Doc era en aquellos momentos un manchón bronceado y confuso que se agitaba con ridículas contorsiones sobre el abismo goteante.

Sus movimientos le recordaban a una ardilla, cazada en otro tiempo, que trataba frenéticamente de mantenerse en cuatro patas. Y mientras estaba atento a la mira del rifle desprendióse la figura metálica del cable.

La espuma que hirvió levantándose sobre la superficie del río se tragó su cuerpo.

—Bueno —tornó a decir el hombre atezado—. Por lo visto, no necesita un segundo tiro —y bajó el arma.

De todos modos no daba por segura la muerte de su enemigo, por lo que se dejó escurrir por la escarpada pared del cañón hasta el borde del agua y allí, recibiendo las rociadas de espuma que le

enviaban las agitadas hondas del río, exploró el terreno.

Una vez acabada la exploración, cobró ánimos. Doc Savage, había caído en el lugar más peligroso y también allí donde el río era más rápido, por lo cual no era posible que hubiera escapado a la muerte ni aun sin haber recibido un balazo, en mitad del pecho.

Completamente tranquilo, el hombre tornó a ascender por el cañón y abandonó sus cercanías. No debía hallarse familiarizado, de todos modos, con la región, porque su marcha era una serie continuada de avances y retrocesos que aprovechaba para observar ciertas señales del camino.

Una de estas veces estuvo detenido largo rato, examinando unos peñascos que se le antojaban familiares. La segunda vez se detuvo ante un matorral.

Se veía claramente que no estaba hecho a andar por los bosques y que temía perderse. Por suerte, no tuvo que andar mucho. Penetró en un bosquecillo y se detuvo en el claro que tenía en su centro.

En el claro se habían levantado cuatro tiendas de lona pintadas de un color verde cuyo tono se confundía con el de las hojas de los árboles.

A un lado había una especie de túmulo de verdor enorme y cubierto de matojos, que tenía algo de artificial. Visto de cerca, estaba hecho realmente de ramas recién cortadas… que ocultaban por entero un monoplano pintado de negro.

De este modo era punto menos que imposible que notara su presencia cualquier aviador a quien se le ocurriera pasar por encima.

Al entrar el individuo del rifle en el claro, le salieron varios hombres al encuentro. Todos llevaban en la mano una escopeta de dos cañones y revólver al cinto.

—¡Cabeza de mulo! —gritó al hombre del rifle uno de ellos—. ¿Cómo dejas la custodia del cable?

—Poco a poco, caballeros —replicó el interrogado riendo—. No se me alboroten. ¿A que no saben lo que acabo de hacer?

—Abandonar tu puesto —gruñó un tercer individuo.

—¡Pío, amigos! Me encontraba junto al cable, rifle en mano, cuando ha tratado de cruzarlo el hombre de bronce. Le he disparado a quemarropa y ¡se ha caído al río!

—¡Bueno!¿Cayó donde es más rápida la corriente? —le

preguntaron.

—Cayó donde ningún hombre puede nadar, amigo —replicó el del rifle.

Otros hombres salieron atropelladamente de las tiendas y rodearon al que se vanagloriaba de haber dado muerte a Doc Savage, dispuestos a hacer de él un héroe.

—¡Eres todo un caballero! —declaró uno de los recién llegados—. Muchos han tratado de arrancarle la vida sin conseguirlo. Tanto es así que hubo un tiempo en que corrió el rumor de que era inmortal y por consiguiente, invulnerable.

El guarda del cable no cabía en su pellejo de puro orgullo. Enseñaba los blancos dientes deshecho en sonrisas y ahuecaba el pecho como un palomo.

—Es posible que saque de esto una recompensa. ¿Qué les parece, caballeros? —preguntó en una ocasión.

—Antes tenemos que hallar el dado de marfil —le recordó un compañero.

—¿Pero aún no sabéis dónde se encuentra? —inquirió vivamente el guardián del cable.

—¿Crees que somos magos? Aún no hemos tenido tiempo de interrogar a la señorita... en debida forma.

—Lo que es la gorda esa, la squaw, es lo que se llama una furia —observó un hombre, palpándose con sumo tiento una oreja cuyo extremo superior presentaba arrancado un segmento semicircular—. Se me abalanzó a la oreja y ¡ñam!, me arrancó un pedazo de ella, de un bocado, lo mismo que hubiera hecho un perro.

Alguien se rió, dando muestras de poca compasión.

Cinco de aquellos hombres eran los mismos que emprendieran la fuga en el monoplano; los otros (siete en total) llevaban allí acampados algún tiempo, como lo indicaban la mugre y el polvo que tenían encima.

Lo único limpio y bien cuidado de sus personas eran las armas, inmaculadas, engrasadas, que asomaban en sus fundas de cuero.

—Bueno, ¿y qué hacemos ahora? —preguntó uno.

—Ante todo debemos enterar a nuestro jefe de la muerte de Doc Savage —dijo el guarda del cable.

—Te olvidas, amigo —le recordó un camarada—, de que tenemos órdenes estrictas de no irle con embajadas. Es él quien

vendrá a vernos como de costumbre.

—Señores: a oídos del jefe llegará lo que acabo de hacer —insistió tercamente el guardián del cable—. ¡Pues sí que es floja hazaña! Ved cómo ocurrió.

Y relató al grupo embebecido de sus compañeros una lucha espeluznante habida, según él, al extremo del puente aéreo y en el transcurso de la cual se cambiaron entre él y el hombre de bronce muchos golpes, silbaron las balas y relucieron al sol las hojas de las navajas.

Era un embustero de tomo y lomo y su imaginación le sugirió en un instante materia para todo un cuadro escénico. De modo que, antes de concluir su narración, no sólo había dado muerte a Doc Savage sino que, además, le había obligado a reconocer su inferioridad física.

—Y aquí estoy, sano y salvo, caballeros —dijo, para terminar, enjugándose el sudor de la frente, brotado al calor del combate que acababa de describir tan a lo vivo;— mas, he de confesar que jamás me vi en mayor aprieto.

—¡Eres mucho hombre! —dijo, en son de irónica alabanza uno de sus oyentes—. Y si ahora supieras guiarnos al lugar donde se halla el galeón con su tripulación de esqueletos, te elevaríamos a la categoría de héroe.

—¡Sí, sí, el galeón!... —dijo el embustero—. Ese lo hallaremos un día u otro, amigos, pero ante todo, hay que echar mano al dado de marfil.

Estas palabras originaron un cambio de miradas sombrías entre los presentes. En todos los rostros se leía una feroz resolución.

Respecto a un punto determinado todos se hallaban de acuerdo.

—Entretanto que vigile uno de nosotros el cruce del río.

—Yo no, ¿eh? —protestó el guardián del cable—. Ya es hora de que me relevéis uno u otro.

La petición era razonable; por consiguiente se envió a uno de los malhechores a que ocupara el puesto vacante al extremo del cable.

—¡Y ahora interroguemos a la señorita Savage! —dispuso el que hacia de jefe de la pandilla.

—¡Si, sí, interroguémosla!

Los once hombres se dirigieron en masa a una de las tiendas pintadas de verde.

—¡Salga usted, señorita Savage! —rogó el jefe, una vez frente a la tienda.

Nadie le contestó.

—¡Salga, señorita! —repitió, con acento imperioso.

Profundo silencio. Se agachó entonces a levantar una punta de la lona, profiriendo casi al propio tiempo un aullido de sorpresa.

Semejante a un fox —terrier cuando emprende la persecución de una rata, penetró en el interior de la tienda. Desde afuera se oyeron los rumores inequívocos de un registro y a poco volaron por la puerta dos mantas.

—¡Se ha fugado! ¡No es posible! ¡No es posible!

De haber descubierto, de pronto, que se hallaban junto a una bomba encendida y próxima a estallar no se hubiera esparcido el grupo con mayor rapidez. En impetuosa oleada irrumpió, ya rehecho, en la tienda y en su fondo descubrió uno de los malhechores una estaca suelta.

—Por aquí ha escapado —advirtió a sus compañeros.

El guardián del cable contemplaba la escena con la sonrisa en los labios.

—¡Pues sí que vigiláis bien a vuestros presos! —comentó.

—¡Tú tienes la culpa, mostrenco! —le replicó, airado, un individuo de semblante brutal—. Charlas como una cotorra y nos has distraído con tu Doc Savage. Por eso ha huido la señorita.

—¡Diseminaos —les ordenó el hombre que parecía disfrutar entre ellos de cierta autoridad—, y buscadla en todas partes! No puede andar muy lejos.

Como una traílla de sabuesos que han perdido la pista, se dispersaron los malhechores. Unos cuantos se internaron, al azar, en los bosques; otros registraron matas y matojos; otros el bosquecillo donde estaban acampados y que nadie se había cuidado de limpiar de abrojos.

Uno de los hombres se detuvo ante la tienda destinada a Tiny, la squaw. De una sola ojeada reparó en que tenía todavía atadas las piernas fuertemente e hizo ademán de retroceder.

—¡Aguarda! —gruñó la india—. ¿Tú querer apresar mujer blanca?

—Sí, señorita. ¡Sí, sí!

—Pues yo decir si me aflojas las ligaduras.

—¿Sí? —repitió el hombre, encantado. De un salto se plantó en mitad de la tienda, mas, apenas sentó en ella los pies, surgió a sus espaldas un brazo moreno, musculoso, y le echó una llave al pescuezo.

El hombre abrió desmesuradamente la boca y entonces una mano atezada le introdujo un pañuelo entre los dientes.

Patricia Savage había permanecido agachada a un lado de la tienda mientras Tiny atraía a su víctima y, una vez ésta dentro de la tienda, la atrapó en la forma que acabamos de relatar.

Patricia había conseguido aflojar sus ligaduras y ocultarse en la tienda de la squaw, durante la excitación que se originó en el campo con la llegada del matador de Doc Savage.

Por desgracia su fuga había sido descubierta en un momento inoportuno.

Unos segundos más y hubiera partido; se hubiera fugado con Tiny.

Mientras la señorita sujetaba al hombre, la india se alzó del suelo para acudir en su auxilio. De un tirón se desembarazó de las ligaduras que le oprimían las muñecas; de un puntapié se quitó de los tobillos las cuerdas que unían uno a otro.

En realidad ya no estaban apretadas, sino colocadas exprofeso para producir la impresión de que le sujetaban los miembros. La idea había sido de Patricia.

El hombre apresado por su ama no tendría más allá de veinticinco años.

Era mestizo y vigoroso como un toro joven, del cual poseía también la cerviz. En fuerzas y en valor hubiera podido competir con un luchador experimentado, pero téngase en cuenta que Patricia le había cogido por sorpresa.

Además, era una señorita que a su aspecto atrayente unía unos músculos bien templados. No solamente impidió que el hombre gritara, sino que, además, le había cortado el resuello.

A sus puntapiés, a sus forcejeos, opuso una calma inalterable. No en balde aprendiera esgrima. Ella le valió para esquivar hábilmente sus golpes hasta que, cogida de improviso por el bronceado cabello, recibió un tirón formidable.

Y aquí entró Tiny en acción. Agachándose, pareció recoger algo del suelo y estamparlo con fuerza en la barbilla de su enemigo. Fue

un eficaz directo.

Pero mejor fue todavía el efecto que produjo en su contrario. Súbitamente dejó de luchar, como si le hubieran asestado el golpe en el cerebro.

—Aprendí este directo practicándolo en la persona de Boat Pace —murmuró Tiny. El nombre de su marido le trajo a la memoria, sin duda, su muerte reciente; le temblaron los labios y un hondo sollozo estremeció su seno opulento.

Patricia midió con la vista a su víctima y luego a Tiny.

—Tendré que ser yo la que me ponga su trate y salga del campamento —explicó—. Si te sirviera, Tiny, saldrías tú la primera, pero, ¡eres tan voluminosa!... En fin; Una vez que me haya alejado algo del claro, haré lo que se me ocurra; gritaré o armaré escándalo y mientras corran los hombres saldrás tú de aquí. ¿Te parece bien?

El hombre llevaba una escopeta. Patricia la cogió y acto seguido procedió a quitarle la camisa. Hecho esto le volvió la espalda.

Cuando recobró su anterior posición le había despojado Tiny de pantalones y zapatos, echándole encima una manta. Patricia se puso ambas prendas.

Buscó el sombrero del hombre, examinó con una mueca el forro grasiento de la copa y se lo encasquetó; luego se arregló el cabello.

—¿Estoy bien? —preguntó a Tiny.

Tiny se detuvo a propinar al preso, que parecía revivir, un nuevo puñetazo en la mandíbula y, hecho esto, replicó:

—All right, miss Pat.

Entonces salió Patricia de la tienda y se dirigió al bosque en línea recta. En su fuero interno sentía cierta aprensión. Había reparado en que los malhechores eran aficionados a darle al gatillo por un quítame allá esas pajas y temía que al descubrirla hicieran fuego sobre ella.

Por suerte no repararon en ella a causa de su disfraz. Al llegar a la primera hilera de árboles, sintió unas ganas locas de echar a correr, pero refrenó el impulso. Lo contrario hubiera sido una imprudencia, pues el bosque estaba lleno de hombres entregados al furor de la búsqueda.

Llevaría recorrido medio kilómetro quizá, cuando descubrió a uno de los cazadores de hombres, que vagaba por aquellos parajes, husmeando de aquí para allá. Casualmente era el mismo individuo

señalado como guardián del cable tendido de una parte a otra del río.

Le había visto atisbando desde su tienda mientras proyectaba la huída y le había oído jactarse de haber dado muerte a una persona cuyo nombre le producía todavía honda conmoción. Aquella fue la primera noticia que tuvo de la proximidad de Doc Savage, su famoso primo.

Pero en vano trató de explicarse la presencia del hombre de bronce en el Canadá. Desde luego ignoraba, por no haberlos recibido, que él la había avisado de su llegada mediante dos telegramas consecutivos y asimismo que venía a pasar unos días de asueto en la parte más septentrional de la América del Norte.

Ya sabemos cómo pensó en pedirle ayuda, mas tuvo que desistir de su proyecto al hallar, por la mañana, vacío el bidón y vacío el depósito de gasolina de la motora. Ahora sentía infinito alivio de no haberle impulsado a venir en busca de la muerte.

Pensar que había perecido la llenaba de horror y sentía una rabia loca ante la imagen de su asesino.

No era una joven superficial, ni mariposa que desplegara sus galas en sociedad: tampoco la repelía o la obligaba a arrinconarse el brillo y la pompa del gran mundo. Era una mujer y una mujer de empuje que podía hacerlo todo.

Mientras contemplaba con mirada fulminante al asesino de Doc, adoptó una decisión. Resolvió apoderarse del individuo y entregarle, una vez que le tuviera en sus manos, a la Policía Montada. De acuerdo con esta idea, se ocultó tras de un árbol y echó mano de un arma; la misma que arrebatara a su prisionero. Tras de examinarla, halló que estaba cargada, y aguardó pacientemente.

A poco oyó aproximarse a su víctima; ya al verle, por vez primera, en el bosque, venía en aquella dirección. Por ello esperaba que, siguiéndola pasara a poca distancia del árbol tras de cuyo tronco se había resguardado. En esto no andaba descaminada.

El hombre le dio una vuelta en torno. Iba mirando en opuesta dirección de modo que le volvía a medias la espalda y no vió a Patricia.

Alargando el brazo, la muchacha le puso en el cuello la boca de la escopeta.

El hombre lanzó un grito de horror y cayó al suelo, víctima de un síncope.

Patricia se quedó atontada de puro asombro. Hubiera jurado que ni la más nerviosa de las mujeres era capaz de desmayarse al mero contacto del frío metal en el cuello. Y es que ¿cómo iba a saber lo que atormentaba al hombre?

Hacía media hora que estaba viendo a Doc Savage con los ojos de la imaginación y, especialmente, recordaba el metálico aspecto característico del hombre de bronce.

Cuando le encañonaron con el frío metal de la escopeta, creyó que era asido por el fantasma de Savage y se desmayó.

—¡Maldito sea! —exclamó Patricia, y emprendió veloz carrera.

Con su alarido el hombre había trastornado sus planes y sembrado la alarma.

—¿Qué hay? ¿Qué sucede? —gritó una voz en la espesura.

Patricia confiaba en que tardaría todavía algún tiempo en saberlo. Redobló su velocidad albergando la débil esperanza de salir del paso, y si salía de él con bien podía, estar segura de que aquella misma alarma daría a Tiny ocasión de escapar.

Era optimista en exceso, sin embargo. Un hombre que salía de detrás de un matorral, se lanzó a interceptarle el paso. Llevaba el revólver al cinto y trató de asirla al vuelo, indefenso tal como estaba.

El hecho de que no se hubiera servido del revólver, le salvó la vida, pues en lugar de pegarle el tiro que sin duda se merecía, Patricia le golpeó en la cabeza con el cañón de su escopeta.

¡Clan!, resonó el arma sobre la testa del desconocido; Y éste cayó a los pies de la joven.

Segura de que estaba desvanecido, Patricia trató de pasar por encima de su cuerpo, pero el hombre la cogió por los tobillos y tiró hacia abajo.

Demasiado tarde intentó la muchacha dispararle en una pierna; lucharon, y Patricia se quedó sin la escopeta.

Este incidente dio fin a la pelea. Un momento después llegaron, en avalancha, más hombres morenos dispuestos a prestar ayuda a su compañero.

Cogieron a Patricia, la ataron de pies y manos y se la llevaron al campamento.

Lo primero que vió la muchacha al entrar en él, fue a la voluminosa squaw tendida de espaldas en el suelo como si estuviera dormida.

—¿Qué le habéis hecho? —inquirió, con un grito.

Un hombre replicó dando un golpe expresivo en el cañón de su rifle:

—Poca cosa. Le he besado los blancos dientes, señorita.

Patricia se mordió el labio superior y no dijo nada. Sentía un disgusto y una cólera tales, que de buena gana hubiera estallado en llanto. Estaba segura de que ya no se le ofrecería tan buena ocasión como aquella para escapar.

—¿Qué me queréis? —preguntó a los malhechores.

—Ya se lo hemos dicho, señorita.

—¡Ah, sí! Queréis el dado de marfil, ¿no es eso? —dijo, amargamente, miss Savage.

—Sí, señorita; precisamente el dado de marfil.

—¡Pues podéis esperar sentados! —replicó, airada, Patricia.

El hombre se encogió de hombros e hizo un ademán expresivo.

—¿Quién sabe? —observó con una sonrisa glacial—. Pero, dígame: ¿por qué se niega tan rotundamente a entregarnos el dado?

—¡Porque son ustedes los asesinos de mi padre! —profirió vivamente Patricia.

A su capturador pareció ofenderle la respuesta y se encogió de hombros varias veces.

—Señorita, usted me ofende —dijo, con acento melancólico.

Patricia lanzó un resoplido de indignación.

—Desde luego no tengo prueba alguna —observó—, y, por consiguiente, pueden ustedes achacar el asesinato de mi padre al hombre —lobo…

AL oír este nombre el bandido sufrió un escalofrío y puso los ojos en blanco.

—¡El señor nos asista! —tartamudeó—. ¿También se ha metido con usted?

Patricia le dirigió una mirada penetrante. Ni con amenazas se hubiera atrevido a afirmar si aquel hombre decía la verdad o si representaba una comedia.

—¡Oh! ¡No trate de engañarme! —dijo el cabo.

—No la engañaremos, señorita. Le aseguro que no sabemos nada

del asesinato del señor Savage; sólo que posee usted cierto dado de marfil y que es indispensable que pase a nuestras manos.

—Y ¿para qué lo quieren?

—Eso, señorita, no es de nuestra incumbencia. Es el jefe quien lo manda.

—Pues, señor; yo he examinado el bloque —dijo Patricia pensativa—. En él no hay inscripción alguna, parece correctamente sólido, no suena a hueco, aunque se le den golpecitos… ¿Qué valor puede tener para ustedes un simple objeto de marfil?

—Así, tiene en su poder el dado, ¿eh? —exclamó en son de triunfo su capturador.

Patricia se mordió los labios. Era la segunda vez que se veía impulsada a hacerlo aquella tarde. Acababa de caer en un lazo y dejaba escapar la verdad.

Su apresador agitó los brazos, presa, de repentina excitación y gritó a sus camaradas:

—¿Oís, amigos? ¡Ella tiene el dado! ¡Tenemos que obligarla a que nos diga dónde está!

Los hombres atezados se agruparon en torno. Mirándoles decidió Patricia que jamás había visto una colección tal de demonios. Cualquiera de ellos hubiera podido atraer sobre su persona la atención de un agente de policía.

Y la codicia y otras bajas pasiones que se retrataban en sus semblantes le produjeron pésima impresión.

—¡Sí, que hable! —exclamó uno.

—O de lo contrario le señalaremos la cara con una navaja —dijo otro.

—O con un hierro candente.

—Mejor será —propuso un tercero cruelmente—, que trabajemos antes a la squaw. La señorita es compasiva y hablará para ahorrar sufrimientos a la sirvienta.

En aquel mismo instante recobró el conocimiento el hombre que había sido presa de un síncope al sentir en el cuello el contacto helado del cañón de la escopeta de Patricia.

Paseó en torno una mirada extraviada y guardó silencio, mientras hacía, sin duda, su composición de lugar.

—¿Qué te ha sucedido? —le interrogaron.

—Pues que me han dado un golpe en la cabeza —replicó—. ¡Esa

mujer ha sido! Por suerte y aun arriesgándome a perder la vida, pude pedir socorro antes de caer.

Como se puede ver, el muy bribón alteraba descaradamente la verdad de los hechos.

Un bandido se acercó corriendo al grupo formado por sus compañeros en torno a miss Patricia. Llevaba en la mano un hornillo portátil de gasolina de un tipo muy usado por los excursionistas poco avezados a improvisar hogueras.

Hizo aparecer la mecha al extremo del tubo dándole a la rueda y después le aplicó un fósforo encendido. La mecha chisporroteó ligeramente y despidió una llama azulada muy intensa.

El bandido colocó entonces el hornillo junto a Tiny y se dispuso a colocar los pies de la squaw sobre la llama azul.

Casi había forzado los pies dentro de la llama cuando sonó un estallido, y el hornillo perdió súbitamente su forma y saltó a larga distancia.

Había sido tocado por un gran pedrusco lanzado con suma violencia.

Los bandidos se volvieron a una y el espectáculo que se ofrecía a sus miradas, fue tal, que sin excepción le retuvieron en la memoria hasta el día de su muerte.

CAPÍTULO XII

UNA MANO SE AGITA...

DE haber hecho irrupción un elefante en aquel claro de los bosques canadienses, no hubiera sido mayor la consternación.

Posiblemente, en tal caso se hubieran sorprendido menos.

El guardián del cable huyó dando gritos. Su terror delirante hubiera parecido cómico de no ser tan real. Le enloquecía.

Era porque veía surgir en el claro una aparición: el fantasma del hombre de bronce lanzado por él al torrente de la espumosa catarata.

Y lo más extraordinario era que el aparecido avanzaba, no al paso majestuoso que se atribuye a los seres sobrenaturales, sino a una velocidad que parecía escapar al poder humano.

Como Némesis de bronce cayó Savage sobre los bandidos.

Su salvamento habase llevado a cabo de la manera más sencilla. Tenía puesto un chaleco forrado de una malla metálica contra la cual se estrellaban incluso las balas de rifle.

´ Dicha prenda iba provista de numerosos bolsillos, dentro de los cuales solía poner Doc toda una colección de ingeniosos aparatos.

De uno de ellos sacó, cuando llegó la ocasión una cuerda de seda, larga y flexible, a cuyo extremo iba sujeto un gancho.

Poco antes de caer al torrente, sujetó el gancho al cable que le atravesaba y por él descendió hasta un punto en que las nubes espumosas despedidas por las aguas hirvientes del río le ocultaban a la vista de su enemigo. Su terrorífico rugido impidió que le oyera aproximarse cuando él descendió por la pared del cañón hasta la orilla del agua y su distracción pudo costarle cara.

Entonces trepó por la cuerda y del cable pasó a tierra firme.

Al regresar el guardián al campamento, le siguió de cerca, y

desde entonces había permanecido oculto en las inmediaciones del claro.

Si no había acudido en auxilio de Patricia fue porque la muchacha emprendió la fuga precisamente por el lado opuesto al que él ocupaba.

Pero, ya hemos visto cómo, valiéndose de una piedra, apagó el hornillo de gasolina.

Lo que sucedió a partir de este instante, fue tan violento como la explosión de una carga de dinamita, tan veloz como un fenómeno eléctrico.

Patricia se había preguntado, en más de una ocasión, cómo sería su primo.

Ella había leído sus hazañas; había oído contar de él muchas cosas. Mas, como no le conocía, dudaba de que todas fueran ciertas.

Viéndole entrar en acción, concedió que poseía, no sólo el mérito que se le atribuía, sino tal vez más. Sin contar con el guardián del cable restaban once hombres en el claro, todos excelentes ejemplares, físicamente considerados.

Además, armados todos.

Uno de ellos se adelantó de un salto, puso la boca de su revólver al nivel del pecho de Doc, e hizo fuego sobre él varias veces. La distancia era corta.

Por fuerza tenía que hacer blanco. Es más: él mismo pudo contar los agujeros que sus balas abrían, como por ensalmo, en el chaleco del hombre de bronce.

Sin embargo, Doc no se tambaleó siquiera; continuó avanzando con la impasibilidad de un "juggernaut" de metal. Las balas no producían sobre él mayor efecto que si fueran habas inofensivas, lanzadas sobre un rinoceronte.

Una vez agotada su munición, el bandido le lanzó a la cara el revólver.

Doc esquivó el bulto. Su manera de hacerlo hubiera provocado en el espectador una mirada de admiración, pues con una velocidad increíble echó, primeramente, la cabeza hacia atrás y luego la ladeó de modo que el arma pasó, al parecer, entre carne y hueso.

—Le he tirado seis veces —gritó su atacante—. ¿Cómo no ha muerto?

La misma inverosimilitud del hecho, presenciado por el resto de

la pandilla, les mantuvo a todos en suspenso, y, naturalmente, resultó desastrosa para ellos la fracción de segundo que perdieron en mirar y sorprenderse, pues echando una mano al pecho, el poderoso gigante sacó un pequeño objeto metálico, semejante por su forma a un huevo y lo arrojó en medio del grupo.

Sin excepción, los bandidos se taparon los ojos con las manos y emitieron alaridos de terror. No veían nada: el mundo acababa de convertirse para ellos en un vacío negro como el carbón. O eran muy estúpidos o se hallaban demasiado sorprendidos para darse cuenta de que estaban en el seno de una nube de humo; de una capa semejante por el color a la tinta que había surgido del huevo de metal y se había extendido por el espacio circundante con pasmosas celeridad.

Patricia Savage no estaba menos sorprendida que sus raptores. Pero no tuvo tiempo de reflexionar sobre el caso, pues fue instantáneamente levantada del suelo y llevada, velozmente, a través de la negra nube.

Con tan singular facilidad la sostenía, que tardó en darse cuenta de que ello era obra de unas manos humanas.

No veía objeto alguno en aquella atmósfera negro azulada, pero algo le decía que estaba en poder del hombre de bronce.

Por fin se halló al otero lado de la nube de humo. El día nublado y gris le pareció más espléndido por contraste con el fúnebre velo que dejaba detrás.

Le extrañó que la nube no le hubiera atacado a la vista y, sin embargo, era así. No le escocían los ojos lo más mínimo.

Patricia iba tendida sobre los hombros musculosos de Doc Savage.

Bajó los ojos y tuvo un sobresalto violento. Con desembarazo igual al del hombre que lleva un saco de patatas, llevaba Doc debajo del brazo a la india Tiny. Y eso que pesaba muy bien sus noventa kilos.

Mas, ¡no importaba! Doc atravesó el claro sin que su doble carga afectara al parecer en lo más mínimo la velocidad de su marcha.. A Patricia le costaba trabajo dar crédito a sus ojos. ¡Aquel metálico gigante tenía la fuerza de doce hombres!...

AL llegar a la linde del bosque puso a las dos mujeres en el suelo.

—¡Corran ustedes! —dijo señalándoles el lugar donde se hallaba el puente aéreo.

—Patricia comenzó a decir:

—Si podemos servirle de algo...

—No: ¡obedezcan!

El tono seco de la respuesta molestó ligeramente a Patricia, quien dejó que se transparentase este sentimiento en su semblante, mas echó a correr.

Doc torció a la derecha y dio una vuelta en torno del claro sin apartarse de la linde del bosque. Su avance era veloz pero al propio tiempo zigzagueaba de izquierda a derecha y de derecha a izquierda ocultándose tras de árboles y matas cuanto le era posible.

Ni un solo bandido había salido aún de la nube de humo, probablemente, porque el fúnebre velo se había ido extendiendo hasta ocupar un espacio mayor y, además, porque hervía como negra espuma. Por fin surgió de ella, tambaleándose, uno de la pandilla y con aire estúpido contempló, por espacio de un momento, el cielo nublado, como si no hubiera esperado volverle a ver más.

De súbito se dio cuenta de la realidad de lo que juzgara una ceguera repentina, sacó su revólver e hizo varios disparos al aire.

—¡Por aquí, amigos! —gritó, con voz estentórea—. ¡Hemos sido víctimas de un engaño!

En su excitación no percibió un ser bronceado, una fugaz aparición, que se introducía en aquel mismo instante, bajo el túmulo de verdor que ocultaba el aeroplano.

Una vez a cubierto, volvió Doc la cabeza para ver si era observado.

Aparentemente nadie le había visto.

Se hallaba bajo el ala derecha del monoplano. Se encaramó hasta el potente motor de tipo radial y sus dedos ágiles le exploraron.

El conocimiento de Doc en cuestión de motores era tan profundo como el que poseía de otras ramas del saber humano. Es más: se le debía el proyecto de un nuevo tipo de motor adoptado por una de las compañías de navegación aérea más poderosas de los Estados Unidos. Mas esto no era público.

El invento se atribuía a un anciano sabio protegido de Doc y

excepto dicho señor, director además de varias fábricas destinadas a la producción de aparatos de gran potencia, nadie sabia que él le hubiera salvado de la ruina.

El motor del monoplano negro se hallaba provisto de dos carburadores. Doc le quitó los dos. Sus dedos acerados aflojaron las tuercas que les aseguraban y que, por suerte, no estaban muy apretadas.

Después enterró ambos aparatos bajo el monoplano, tornando a echar tierra sobre ellos con un gran cuidado a fin de que no se conociera que había sido removida.

Atisbando por entre las verdes hojas del ramaje que disimulaba el aeroplano, divisó a los bandoleros que se dirigían, en grupo, al lado opuesto del claro. Un momento después se perdían de vista al girar por detrás de la inmensa nube de humo.

Prontamente abandonó Doc su escondite y, penetrando en el bosque, describió un amplio circulo.

Patricia y Tiny habían corrido con toda la velocidad de sus piernas. No fue floja su sorpresa al ver surgir a su lado, de improviso, al hombre de bronce.

Patricia tuvo un sobresalto violento.

—Uno de esos hombres le disparó varios tiro —balbuceó expresando la preocupación que sentía—. Yo misma oí las balas hacer blanco. ¿Cómo es que no está herido?

—Llevo unas mallas debajo del chaleco —le explicó Doc concisamente.

Muchas cosas la dejaban perpleja y por ello, mientras reanudaba su carrera, tornó a preguntar miss Savage:

—Es usted Doc Savage, ¿verdad?

—El mismo —admitió Doc.

—Y ¿cómo es que está usted aquí?

—No hable —le aconsejó Doc sin responder a la pregunta—. Mejor será que reserve sus energías para correr.

Patricia estuvo a punto de lanzar un ¡oh de indignación. El mero hecho de ser su padre hombre acaudalado no la había convertido precisamente en una niña mimada, pero no estaba tampoco acostumbrada a que le hablaran en forma ruda.

—Es que, quisiera saber… —comenzó a decir con calor.

—También yo deseo saber muchísimas cosas —observó Doc con

acento de censura,— pero refreno mi curiosidad hasta verme libre de esto.

Patricia iba a expresar su opinión, diferente, con seguridad, a la de su primo, pero la obligó a mudar de parecer un grito salvaje, estentóreo, que sonó a sus espaldas.

—¡Bueno! He aquí la pista.

—¡Maldición! —exclamó la muchacha; y se atuvo a la recomendación de Doc Savage.

A poco llegaron, ella y sus acompañantes, junto al cable tendido de una pared a otra del cañón, sobre la catarata. El cañón era, como un caldero enorme en el que hirviera atronadora el agua y se derramara en espuma fría como el hielo.

Patricia se asomó a su borde y se estremeció.

—Jamás he estado más asustada que cuando me metieron, hace poco, en el cesto ese para pasar el río —dijo, señalándolo.

Doc no había acabado todavía de explicarse por qué atravesaron los bandoleros el torrente en aquella forma y quiso saberlo en el acto.

En consecuencia preguntó a Patricia:

—¿Sabe si puede cruzarse el río por algún otro punto?

—No puede cruzarse en ninguna dirección por espacio de varios kilómetros —fue la respuesta que obtuvo.

Dicho esto, Patricia tornó a asomarse al borde del precipicio. Salseros imponentes sobrepasaban la altura de sus paredes, llegaban hasta ella, originados por la fuerza misma del torrente.

En pocas horas venia sufriendo honda depresión nerviosa, que creció en intensidad a la sola idea de cruzar el abismo, e incapaz de dominar por más tiempo sus nervios gritó, de pronto, tapándose los ojos:

—¡No lo cruzaré! Me sería imposible.

Doc se adelantó a tomarla en brazos. No había, tiempo que perder.

Patricia exhaló gritos histéricos y trató de golpearle.

Se daba perfecta cuenta de lo que hacia y le avergonzaba, mas no podía contenerse. Sufría un verdadero ataque de nervios.

Entonces la asieron por un brazo. Una de las manos del hombre de bronce pasó rozándole la mejilla y oprimió un centro nervioso craneal.

Patricia le sintió vibrar ligeramente y en el acto se halló incapaz de mover un solo músculo. ¡Aquello era maravilloso de veras!

Doc se la echó al hombro y de un salto pareció quererse situar en el vacío, sobre la catarata. Sus pies descansaron, en realidad, sobre el cable y guardando un perfecto equilibrio, se deslizó por él.

Durante los doce segundos que sucedieron a su salto. Patricia hubiera muerto con gusto. ¡Qué espantosa travesía! De niña había admirado a los artistas de circo, especialmente a los que se dedican a hacer equilibrios sobre la cuerda floja o sobre un trapecio, mas jamás presenciara hecho que igualara al del hombre de bronce en aquellos momentos, arrostrando una muerte segura.

Finalmente fue depositada, sana y salva, al lado opuesto del torrente; los dedos de Doc volvieron a buscar los centros nerviosos de su cráneo y, como por encanto, recobró el uso de sus miembros.

Ella conocía suficiente anatomía para poder admirar la habilidad enorme de que se hallaban dotados los dedos de su primo y se sentó, deslumbrada, al borde del cañón. Con toda el alma se avergonzaba ahora de sí misma.

Entre tanto Doc Savage tornaba a atravesar el torrente por vía aérea.

Al lado opuesto le aguardaba Tiny, estremecida.

—Tú esperar un poco —rogó, temblando—. Mí no arriesgar la piel... mi quedarse de este lado...

Aun después de hallarse, sana y salva, junto a miss Patricia, no supo explicar lo que le sucediera al manifestar su decisión. Solamente se sintió oprimida la cabeza por las manos del gigante de bronce y se quedó sin voluntad. Entonces se sintió llevada en volandas y ¡cruzó el torrente!

Por lo visto, había sido manejada por Doc con la misma habilidad ya demostrada con Patricia.

Una vez que pisó tierra firme, deshizo Doc el nudo que sujetaba el cable al árbol y le dejó suspendido del abismo. Así impedía el avance de sus perseguidores, ya que, según Patricia, no disponían aquellos de otro puente para cruzar el río. Al llegar, poco después, juntó a sus cinco camaradas, fue acogido con vivas estentóreos. Y no hay que decir que les impresionó vivamente la exquisita belleza de miss Savage.

Más tarde el embebecido Monk confió a Ham en un aparte:

—Diríase que esa muchacha es hermana de Doc. ¿Reparaste en la espléndida mata de sus bronceados cabellos?

—¡Ya lo creo! Su belleza le tira a uno de espaldas —convino el abogado, olvidándose de sí mismo hasta el extremo de estar de acuerdo con su contrario, aun cuando sólo fuera por una vez.

—Volvamos a la casa —ordenó Doc a sus cinco ayudantes,— pues hay mucho que hacer.

El encuentro habíase efectuado a cierta distancia de la morada de los Savage y así los cinco volvieron sobre sus pasos, acompañados por su jefe y las dos mujeres.

Por deferencia hacia éstas, Doc habló primero. Les contó lo sucedido desde la recepción en el tren, del falso telegrama, hasta su llegada al claro, tras el guardián del cable y, desde luego no omitió detalle, a pesar de que gustaba hablar poco.

—En resumidas cuentas, nos hallamos frente a un misterio insoluble hasta ahora —dijo, para concluir—. Por lo visto, la pandilla de sus secuestradores, Patricia, andan detrás del dado de marfil y de un modo u otro llegó a sus oídos la noticia de nuestra salida de Nueva York en un proyectado viaje de placer.

—Probablemente se enteraron de ello al robar nuestra correspondencia —sugirió miss Savage.

—Eso es —convino Doc—. Me atacaron en el tren para impedir que llegase hasta aquí. Y ahora hablemos del señor Corto Oveja, de la señorita Oveja y del Rábanos, que, según parece, se dirigen también hacia acá, a pesar de que aun no les hemos visto.

—¿Qué papel juegan en este asunto? —interrogó miss Patricia.

—Es un papel misterioso, desde luego— manifestó Savage —. De ellos sé únicamente que fueron atacados en el tren y que me culparon a mí. ¡Ah! Y que sus asaltantes les dejaron un recuerdo: la señal del hombre —lobo.

Patricia se estremeció visiblemente.

—¡Esa señal del hombre —lobo— repitió, involuntariamente —. Yo también he hallado varias en los alrededores de esta casa.

—Dentro de ella he visto yo una —confesó su primo.

—Sí. Esta fue dejada junto a Boat Face y Tiny el día aquel en que se apoderó de ellos un sueño singular.

Doc cambió con sus hombres una mirada de inteligencia.

No habían olvidado la prueba a que se les sometiera en el tren;

sin embargo, todavía no habían podido averiguar la naturaleza de la misteriosa modorra.

—¿Cuándo comenzó todo esto? —preguntó Doc a su prima.

—Hace unas semanas —replicó Patricia—. Mi padre descubrió por entonces a un hombre en el acto de rondar en torno de la casa, pero el hombre huyó; poco después una voz desconocida le llamó desde el bosque para pedirle el cubo de marfil. Papá se negó a entregárselo y...

—Un momento: ¿qué cubo es ése? —interrogó Doc interrumpiéndole.

—Un objeto de marfil que afecta la forma de una figura geométrica hallado por papá cerca de aquí. En torno de él descubrió varios esqueletos. Ya hace de esto algunos años.

Rápidamente explicó Patricia que le había instado a su padre, repetidas veces, a que entregara el dado marfileño y acabó diciendo:

—Hasta que un día encontramos muerto a mi pobre padre. Los médicos certificaron que había fallecido a causa de una enfermedad del corazón. Yo creo que fue víctima del sueño misterioso: que le asesinaron.

—Y, esto, ¿cuándo ocurrió? —Doc señaló con un ademán el cuerpo ya rígido de Boat Face.

—Anoche, no sabemos a qué hora —replicó miss Savage lentamente—. Esta mañana le descubrimos Tiny y yo, poco antes de que comenzara a llover; transportamos aquí su cadáver y minutos después éramos sorprendidas y maniatadas por los forajidos.

—Bien. Ahora dígame, si lo sabe, a qué se debe la codicia de esos bandidos. ¿Porqué desean apoderarse del cubo de marfil?

—Lo ignoro.

—¿Podríamos verlo?

—¡Naturalmente! —Patricia se aproximó al tronco sin descortezar que servía de puntal al techo del salón, oprimió el oculto resorte y abrió la puertecilla.

Confiadamente introdujo la mano por el hueco puesto al descubierto y palpó... en el vacío. Entonces agachó la cabeza y miró dentro del escondite.

—¡El dado no está aquí! —balbuceó.

—¿Sabía Boat Pace dónde estaba oculto? —interrogó Doc. Su

voz sonora no demostraba excitación; así no podía deducirse por ella lo que sentía en aquellos momentos.

—Sí —admitió Patricia.

—¡Ah! En tal caso pudo quitarle de ahí sin que usted se enterase.

Patricia titubeó. Todavía no tenía conocimiento de la doblez del mestizo.

—En efecto —repuso al cabo,— pero no le creo capaz de hacer tal cosa. Lo más probable es que oyera rondar a alguien por allí fuera, saliese a indagar la causa y le asesinaran.

—Boat Face no ser bueno —observó entonces Tiny, con escasa consideración por su difunto marido—. El no ser mezquino, ser débil, un zorro astuto.

—Le mataron mientras sostenía un conciliábulo secreto con otra persona —afirmó Doc.

—¿Cómo lo sabe? —inquirió Patricia.

—Por las huellas de ambos.

—¡Pues, yo no he visto ninguna!

—Con todo las había —insistió el hombre de bronce—. Lamento tener que arrebatarte tus ilusiones, Pat, pero Boat Pace era un tunante o mucho me engaño.

Patricia asintió con un movimiento pausado de cabeza. Aquel tuteo inesperado sonaba de modo agradable en sus oídos. Además, Doc la había llamado familiarmente “Pat” y esto parecía indicar que la consideraba como a un miembro más de la pandilla, sin contar con los lazos de parentesco que les unían.

—Ignoro quién se ha apoderado del dado —replicó,— pero la situación me parece cada vez más complicada.

Doc Savage hizo ahora un segundo registro de la vivienda y sus inmediaciones, tan minucioso que, por comparación, puede afirmarse que había dedicado al primero una simple ojeada.

De un estuche que llevaba consigo, sacó unos anteojos tan pequeños como unos gemelos de teatro, pero cuyas lentes eran poderosísimas, y las graduó para una corta distancia.

Tenía Doc una vista penetrante, mas con la ayuda de éstos distinguía con claridad asombrosa los detalles más microscópicos del terreno.

En torno de la casilla de botes intensificó la búsqueda. La casilla encerraba, además de la gasolinera, varias canoas. En un rincón Doc

distinguió en apretado haz, hachas, sierras y azadones.

Estudió preferentemente un azadón.

—¿Lo has usado hace poco, Pat? —interrogó a miss Savage.

No, estoy bien segura de ello —replicó Patricia.

Doc fue levantando entonces las canoas, y las examinó a fondo. En el suelo de una de ellas descubrió una pequeña huella semicircular, a la cual se adaptaba perfectamente el filo de la azada.

Satisfecho del hallazgo la dejó a un lado. Patricia la tomó en sus manos y la examinó por todos lados. No vió nada.

—¡Pues, señor, no lo entiendo! —exclamó perpleja.

Johnny se le aproximó, quitó de sus anteojos la lente de aumento, e invitó a miss Savage a que examinara, con su ayuda, la herramienta.

—¡Ah! —exclamó la muchacha—. ¡Este azadón se ha empleado recientemente para cavar la arena! En su hoja veo ligeros arañazos que no están mohosos todavía.

Llevando más allá sus observaciones, Doc descubrió un punto desde el cual se había botado al agua la canoa. Era un lugar retirado, frondoso, donde había flotado la embarcación bajo unas ramas colgantes.

En realidad nada movía a sospechar que se hubiera utilizado como punto regular de desembarque. Sin embargo, las señales dejadas en la arena demostraban que la canoa había arribado a ella y la había dejado en numerosas ocasiones.

Todas estas huellas hablan sido hechas por los mocasines de Boat Pace.

También reparó Doc en que la maleza impedía que se viera desde la morada de los Savage el desembarcadero improvisado.

—¡Boat Pace hacía, por lo visto, muchas excursiones! —observó.

Patricia miró a Tiny, sorprendida.

—¿Sabías tú esto? —inquirió.

La “squaw” se encogió de hombros con su impasibilidad característica.

—Mí dormir a pierna suelta; Mi no oír nada —fue su respuesta.

Doc reunió a sus hombres ante la puerta de la «cabaña».

—Vamos a organizarnos. Tengo trabajo para todos —les comunicó.

Estas palabras animaron visiblemente a los cinco. Se habían

acostumbrado a considerarse poco menos que inútiles, ya que, por regla general, solía valerse Doc del talento de uno solo en cada aventura.

El primero en recibir órdenes fue nuestro amigo el químico.

—¿Has traído el laboratorio portátil? —Doc llamaba impropiamente «laboratorio» al estudio en que llevaba Monk sus útiles. Pero la pregunta era inútil. Monk no se separaba jamás de él y no obstante la aparente escasez de aparatos lograba, por su mediación, grandes cosas. Cuando se hallaba junto a sus retortas, se transformaba en otro Houdini.

—Naturalmente— —replicó.

—Bien, pues comienza tus experimentos por el interior de la casa. Investígalo todo, analízalo todo.

Monk no comprendió muy bien lo que se exigía de él.

—¿Con qué objeto, si puede saberse? —preguntó.

—Con el de hallar una prueba, por pequeña que sea, que nos permita averiguar lo que produjo el sueño misterioso de Tiny, de Boat Face y del tío Alex —explicó Doc.

—¡Ahora te entiendo!

—Renny: ¿sabrás dar con nuestro aeroplano? —siguió diciendo el hombre de bronce.

Renny dijo, señalando con la mano hacia el interior del bosque:

—¡Ya lo creo! Recuerdo perfectamente por donde hemos venido.

—¿Llevas en el equipaje una cámara fotográfica que te permita tomar vistas de la comarca para levantar un plano?

—Si te es igual, llevo una lente a propósito para el caso, que puede adaptarse a cualquier máquina. —repuso Renny.

—O. K —dijo Doc—. Pues saca unas cuantas fotos de las inmediaciones de esta casa. Recorre unos kilómetros de la comarca hacia el interior y baja luego por la costa. Toma una serie de fotos desde una elevación de quinientos pies; y las otras desde mayor altura, cuando llegues a una milla, o cosa así, del suelo.

—¡Perfectamente! —aprobó Renny con su voz retumbante.

El bello rostro de Patricia había asumido una franca expresión de incredulidad.

—¡No es posible —exclamó—, que puedan tomar fotografías con esta niebla!

—Si, Pat. Para ello nos servimos de cámaras fotográficas capaces

de captar la infraluz o ultraluz —explicó Doc—. Y sabido es que ni bruma, ni niebla impiden el paso de sus rayos.

Una vez recogida su impedimenta, Renny se puso en marcha. Era un gigante y, no obstante, parecía mucho más pequeño a causa del tamaño increíble de sus manos.

Ahora les llegó a Long Tom y Johnny la hora de recibir órdenes de Doc.

—Ambos trabajáis en lo mismo, sólo que valiéndoos de métodos diferentes —comenzó a decir—. Long Tom: a ti te encargo de hacer pruebas, mediante ondas eléctricas, que nos ayuden a determinar la posible presencia de petróleo o depósitos de mineral bajo tierra. Johnny se encargará de inspeccionar los crestones, por si se halla en ellos algo de valor. Comprenderéis que mi intención es averiguar qué es lo que anda buscando esa pandilla de forajidos, ¿no es eso?

—Sí, Doc.

Los dos hombres no perdieron más tiempo y pusieron manos a la obra. Pocos hombres habrá que conozcan tan a fondo como Johnny la constitución de la corteza terrestre y si había filones a flor de tierra él los encontraría valiéndose de su lente de aumento.

El invento eléctrico de Long Tom era muy ingenioso y aplicable a todos los trabajos científicos de investigación de los terrenos petrolíferos y similares.

Consistía en un aparato emisor de ondas sonoro —eléctricas, cuya reacción, una vez habían penetrado el subsuelo, descubría la composición de éste y cualquier anomalía que presentara.

—¿Y yo? ¿Qué hago? —preguntó Ham.

—Tú custodiarás a miss Patricia.

Una franca sonrisa distendió el agradable rostro de Ham.

Monk, en cambio, al oír la orden, exhaló un prolongado gemido. Sobre todas las cosas le disgustaba ver disfrutar a Ham de la compañía de una mujer atractiva.

Pesaroso, dio, pues, media vuelta y se fue a preparar sus utensilios de química para el experimento.

CAPÍTULO XIII

UNA PROPOSICION

AL día siguiente por la mañana, las cosas siguen en el mismo estado. Nada ha sucedido que sea digno de mención. La niebla se cierne todavía sobre la comarca.

Renny continúa alejado de sus compañeros tomando vistas desde su aeroplano; Johnny y Long Tom deambulan por las inmediaciones de la cabaña. El día anterior no encontraron nada.

Monk divide el tiempo entre mirar, ceñudo, a Ham, que habla con Patricia, y poner en orden su material químico.

Doc acaba sus ejercicios diarios de gimnasia y el entrenamiento de todos los músculos y sentidos de su cuerpo. Hace dos horas que se ha entregado a este ejercicio. Desde su infancia jamás ha dejado un día de efectuarlos.

No son nada comunes. El padre de Doc, gran cirujano con ribetes de aventurero, le enseñó a practicarlos y ellos son los que le otorgan su asombrosa fuerza física, y su energía mental.

Mientras ejercitaba los músculos, uno tras de otro, sujetándoles a una tensión tal que una fina capa de sudor le bañaba todo el cuerpo, en su mente se proponía una docena de problemas, multiplicaba, dividía, extraía raíces. En un pequeño estuche llevaba un aparato productor de ondas sonoras de frecuencias tan agudas o graves, que difícilmente las percibía el oído no entrenado. A Doc se le había aguzado tanto, en tantos años (toda una vida) de práctica, que los percibía todos. Es más: sólo por el olfato nombraba en el acto una veintena de olores distintos, contenidos en frascos dentro de su caja “necesaire”.

Asimismo leía páginas enteras escritas por el sistema Braille para ciegos, escritura que consiste en una serie de puntos en relieve y lo

hacia con rapidez igual a la que emplearía una persona normal en la lectura de una letra legible.

Esto acrecentaba su sentido del tacto.

Y lo más curioso del caso es que verificaba estos ejercicios con una ilimitada rapidez. Esta hubiera postrado a un hombre corriente a los cinco minutos. Verdad es que también, le hubiera sido imposible llevar a cabo los ejercicios más lentamente.

Monk salió al exterior a respirar un poco de aire fresco, pues el análisis químico que estaba realizando por entonces despedía un olor insoportable.

Como le era penoso contemplar el grupo formado por Ham y Patricia, desvió la mirada y la dejó vagar sobre la maleza que rodeaba la vivienda.

De súbito, las pupilas parecieron querer salirse de las órbitas de sus ojos y lanzó un chillido. Tan penetrante fue que, asustadas, salieron muchas aves de sus nidos y huyeron veloces.

—¡Una mano! —gritó.

De ordinario tenía la voz apagada, débil como la de un niño. Pero ella sufría un cambio sorprendente al influjo de una excitación repentina. Entonces crecía, se desarrollaba, era sólo comparable al vozarrón de Renny, cuyo diapasón quizá sobrepasara.

AL propio tiempo que gritaba, indicó con ambas manos, un objeto visible únicamente para él.

La pareja siguió aquel gesto con la mirada, pero nada vió.

—¿Qué ha sido? —interrogó Patricia colocándose, de un salto, al lado de Monk.

—¡Uf! Ya se irá acostumbrando a sus modales, miss Savage— —dijo Ham señalando a Monk con el pulgar—. Este tiene cierto parentesco con los simios. Jamás sabe uno por dónde va a salir.

Desdeñando la alusión, Monk emprendió desenfrenada carrera en dirección a la linde del bosque y penetró en él con el ímpetu de un toro salvaje. Estaba seguro, segurísimo, de haber visto asomar una mano por entre la espesura.

Era una mano blanca, pequeñita: una mano femenina.

Había sido visible por espacio de una fracción de segundo; sin embargo, Monk estaba seguro de haberla visto. Mientras registraba la maleza se fue debilitando su sentimiento, pues en ninguna parte halló señal de que hubiera pasado por allá una mujer.

Monk estudió el terreno. No era un amateur en cuestión de seguir una pista, mas tal era la maraña de rocas y arbustos que le circundaba, que no consiguió distinguir ni la menor huella de pasos.

Disgustado, regresó a la vivienda.

—Observe su cara de mono —aconsejó Ham a la linda Patricia —, y comprenderá cómo no es posible que un ser así tenga sentido común.

—Sí, ¿eh? —dijo Monk—. A ver, tú que tienes tanto, si sabes dónde está Doc.

La pareja miró, apresuradamente, en torno. Doc no estaba allí. Por suerte, las palabras de Monk les habían preparado y no se sorprendieron como era de esperar.

—¡No está! —balbuceó miss Savage—. ¿Qué querrá decir esto?

Monk comenzó a decir sonriendo: —Nada. Doc tiene el hábito de...

—¡Cállate! —le gritó Ham—. Mi deber es custodiar a miss Savage; el tuyo estar al pie del cañón, o, en este caso, de tus retortas y alambiques, conque, ¡largo!

Monk echó a andar, maquinalmente. El cerdo Habeas Corpus iba pisándole los talones.

La desaparición de Doc no tenía nada de misteriosa. Simplemente se había separado de sus compañeros mientras éstos presenciaban la carrera de Monk hacia la espesura. Una vez en el bosque, apretó el paso y, sin apartarse de la linde, describió un círculo en torno de la casa.

Había percibido la aparición que tanto excitara a Monk. Era a él a quien llamaba la mano con una seña cuando fue descubierta e, indiscutiblemente, su dueña deseaba hablarle.

Antes de haber ido lejos halló una hoja aplastada sobre una roca. Poco más allá, una enredadera tronchada que se inclinaba melancólicamente sobre su tallo. No soplaba ni la más ligera brisa y, no obstante, la enredadera oscilaba ligeramente. A sus pies había huellas de pasos inconfundiblemente femeninos.

—¡Señorita Oveja! —llamó Doc en voz baja.

No obtuvo respuesta. Poco a poco dejó de temblar la enrededadera.

—Estoy solo, señorita Oveja; nadie me acompaña.

Entre la maleza, a distancia, surgió, de pronto, la cara morena y

picaresca de Cere.

—¡Buenos días! —dijo a Doc—. ¿Puedo decirle dos palabras?

—En cuanto vi su mano supuse que era usted —replicó el hombre de bronce sin contestar a la pregunta.

—Por cierto que tiene usted un amigo… me refiero a ese gigantón velludo… que se las trae. ¡Qué susto me ha dado —siguió diciendo la señorita Oveja.

Doc replicó en tono plácido:

—Monk es perro viejo, pero no muerde… cuando no se le hostiliza.

—Oiga, señor Savage: He reflexionado mucho respecto a nuestra situación (la de mi padre, la mía y la del Rábanos, se entiende) y de ella deduzco…

—…¿quizá que los dos tenemos un mismo enemigo? —sugirió Doc en tono seco. A medida que se le aproximaba la muchacha, reparaba en sus mejillas encendidas.— “Se ve que ha corrido mucho” —pensó—. «¡Ese Monk!…

—¿Qué dice? —balbuceó Cere.

—Que tenemos un adversario común y que por donde quiera que pasa deja su sello: una cabeza de lobo con rasgos humanos.

La bella joven se estremeció de pies a cabeza.

—¡Uy! Lo mismo afirma mi padre… y el Rábanos —exclamó.

—Por lo visto anda detrás de un objeto de marfil que afecta la forma de un cuerpo geométrico.

Cere tuvo un sobresalto.

—¡También sabe usted eso? —interrogó, sorprendida.

—Lo sé porque está, o mejor dicho, estaba en poder de mi prima Patricia Savage —aclaró Doc.

La muchacha dio muestras de un estupor sin límites.

Doc tenía experiencia del mundo y de las gentes. Con la mirada escudriñó el semblante de su interlocutora y le pareció que no fingía; mas, en el fondo, ¿cuál es el hombre que puede vanagloriarse de saber lo que piensa una mujer?

—¿Que está en… poder… de miss Savage? —tartamudeaba ya Cere.

—Estaba —repitió Savage—. La desaparición del dado viene a complicar todavía más la situación.

—Si me contara usted…

—Hable usted primero —propuso Doc—. Dígame: ¿quién le ha metido en la cabeza que yo soy un enemigo?

La muchacha dijo, prontamente:

—Es un poco largo de explicar. Verá usted: hace más de una semana su tío, Alex Savage, nos echó de estos parajes y nos amenazó con la muerte si nos atrevíamos a poner en ellos de nuevo los pies.

—¿Vio usted entonces a mi tío personalmente?

—No. Le vi dos días después, pues vino a decirnos que había escrito a usted y que cuando llegara nos mataría por no querer abandonar las inmediaciones de la «cabaña».

—¡Ah!¿Dijo esto después de haberles amenazado una vez?

—Justamente:

—¡Pues no era mi tío! —afirmó Doc, con tono convencido.

—Él nos dijo que se llamaba Alex Savage…

—No importa; por entonces hacía una semana o poco más que había muerto.

Cere se llevó una mano al corazón.

—¡Oh! ¡Cómo nos han engañado! —comentó.

—Cualquiera puede ser víctima de un malvado —dijo Doc, por vía de consuelo—. Pero, hable; no sé por qué me figuro que tiene mucho que contarme.

La muchacha interrogó, de pronto:

—¿Ha oído hablar de Enrique Morgan?

—¿El pirata?

—El mismo. Bueno, pues en el año 1870 Morgan cruzó el istmo de Panamá con mil doscientos hombres. A los españoles se les había avisado el avance y se hallaban prevenidos. El tesoro que encerraba la catedral de la ciudad, junto con las fortunas particulares de sus comerciantes, fue reunido y llevado a bordo de un galeón y el buque zarpó guardando en sus entrañas, además de la tripulación, el tesoro, y con él a varios de sus poseedores.

—El episodio es histórico —observó Doc—. Lo consignó en su diario Esquemeling, que se hallaba al lado de Morgan cuando fue saqueado Panamá; poco después oyó hablar el pirata del tesoro; sabia que era de un valor que sobrepasaba en mucho al botín cogido por sus hombres, y lanzó en pos del galeón varias naves. Mas no supieron dar con él.

—¿Conoce el motivo, señor Savage? —interrogó Cere, tomando de nuevo la palabra—. ¿No? Pues voy a decírselo. Durante la travesía se amotinó la tripulación, asesinó a los oficiales del buque y a los dueños del tesoro y se apoderó de éste.

—¡Pero la historia no nos habla de semejante hecho! —protestó el hombre de bronce.

—Y, sin embargo, es muy cierto —replicó la señorita Oveja—. Ya le explicaré por qué estoy tan segura de ello. Ahora prosigo con el cuento; los amotinados no eran hombres educados, desde luego. Uno de ellos había oído decir que en las costas de la América del Norte había un paso franqueable, y sus compañeros compartían su creencia. Así, subieron hacia el Norte.

»El viaje fue largo y penoso, esa costa se tomaba cada vez más inhóspita, más yerma; el clima más riguroso. Hasta que, al cabo, para carenar el galeón, hubo que echar el ancla en una pequeña bahía. Tirando de él los marineros le dejaron sobre el suelo arenoso de una ensenada muy semejante por su estructura a un cañón. Poco después un temblor de tierra derribó una de sus paredes y el galeón quedó dentro de una especie de caverna.»

Aquí la belleza de Castilla hizo una pausa y después concluyó, mirando fijamente a Doc:

—El lugar del desastre se halla a unos kilómetros de aquí.

—¿Cómo lo sabe?

La señorita Oveja se encogió de hombros.

—Mi cuento se lo irá revelando, señor Savage —repuso—. Pero volvamos a lo que sucedió hace cientos de años: no toda la tripulación se hallaba a bordo cuando el terremoto sepultó al galeón. Cerca de él acampaban unos doce marineros y éstos abrieron una galería por la cual penetraron en la tumba (digo tumba porque les hallaron muertos) de sus camaradas. De estos desgraciados restan hoy sus esqueletos. Los trabajos de excavación habían durado varios días.

»Loe doce hombres pensaron en sacar el tesoro del galeón, cosa que impidieron los pieles rojas, que les hostilizaban constantemente. Entonces determinaron abandonarle y dirigirse al Sur, hasta dar con los hombres de su raza. Más tarde volverían por mar a la ensenada.

»Uno de ellos era diestro cincelador de marfil. Tomó seis

pequeños trozos de esta materia y trazó sobre ellos, con su cincel, un plano perfecto del lugar donde yacía la nave. A continuación unió los seis fragmentos, colocándolos de modo que quedase hacia centro la parte esculpida, e hizo una caja, que rellenó de arcilla. Así parece sólida gracias a su relleno y a lo perfecto de su construcción.

—Pues esa caja es el dado de marfil, ¿no es eso? —interrogó Doc, adivinando instantáneamente la verdad.

—¡Sí, si! —replicó Cere—. Y aun abierta y extendida sólo es aparente el mapa, si se le examina muy de cerca.

—Bien; prosiga.

—Los marineros obturaron la entrada de la galería que conducía al fondo de la cueva —siguió diciendo Cere—, y partieron. Casi enseguida fueron atacados y asesinados casi todos, incluso el que llevaba la caja. Uno de ellos, antepasado mío —agregó, avergonzada,— dejó escrito el relato de lo sucedido y ese relato ha pasado de mano en mano por espacio de varios siglos.

—Bueno, su explicación aclara mucho la situación —observó Doc—. De modo que usted y su padre han venido aquí en busca del tesoro, ¿eh?

—Y también el Rábanos —corrigió Cere—. Él es quien sufraga los gastos de la expedición.

—¿Y esperaban hallar todavía la caja de marfil en el lugar donde se llevó a cabo la matanza? —tornó a preguntar el hombre de bronce.

Cere afirmó con un gesto.

—Si —dijo—. Pero nos hemos llevado un desengaño. La caja ha desaparecido sin dejar rastro.

—¿Y en vista de ello buscan ustedes el galeón?

—¡Sí, sí! Ardua tarea en estas costas accidentadas...

—¿Y mientras le buscaban surgió en su camino ese Alex Savage, improvisado y embustero?

—¡Sí, sí!

—Bien; ahora sólo me resta aclarar un detalle que me tiene perplejo: ¿por qué casualidad viajaban ustedes en el mismo tren que yo?

La muchacha le dedicó una sonrisa picaresca. Evidentemente la cautivaban los modales un tanto bruscos y la energía inconfundible que emanaba del hombre de bronce. Llevaba ya unos minutos sin

quitarle la vista de encima.

Doc se había dado cuenta del efecto que producía en la muchacha, pero cuidaba de mantener inexpresivo el bronceado semblante. Para él las mujeres eran un problema.

Además, su existencia azarosa le impedía elegir una compañera y por fuerza tenía que hacerse el desentendido ante las elegibles representantes del bello sexo, el no por otra razón, por el mismo bien de ellos; sus enemigos formaban legión y no vacilarían en herirle mediante la mujer a quien él prefiriera sobre todas.

Claro que cuanto más seductora era la que el azar le ponía delante, tanto más difícil se le hacía rechazarla. Y si ella era seductora le sorprendía también hasta tal extremo ver que el hombre de bronce permanecía indiferente a sus encantos, que, instantáneamente, redoblaba sus esfuerzos para atraparle en sus redes.

—Aún no ha respondido a mi pregunta —dijo Doc a Cere, en vista de que callaba.

Ella se ruborizó intensamente.

—Perdón —repuso—. Estaba distraída. Pues... estábamos en el tren con objeto de librarnos de usted, para que no nos diera un disgusto.

—Supongo que no trataban ustedes de asesinarme, ¿eh? —dijo Doc, en tono seco.

—¡No, gracias! —exclamó la bella castellana.

Doc Savage meneó la cabeza con aire reflexivo.

—Sus sospechas respecto a mí carecen de fundamento —observó —. Ahora comprendo que eran obra de la persona que usurpaba el nombre de mi tío.

Con ansiosa expresión declaró Cere:

—Sí. Él nos decía que le había mandado a buscar con objeto de que nos quitara usted la vida, y, naturalmente, desde el momento en que sentamos la planta en el tren le consideramos como a una especie de ogro. Sabíamos que le habían dado fama sus actos de violencia.

—Violencia empleada únicamente contra aquellos que son a su vez violentos —corrigió Doc a la linda señorita.

—Es posible, señor Savage. Desde luego declaro que tuve mis dudas en cuanto le eché la vista encima.

Doc la obligó a cambiar de tema prontamente.

—En el tren alguien trató de ahogarla valiéndose de una correa de cuero. ¿Creyó usted que ese alguien era yo? —inquirió.

—Sí, sí —replicó Cere—. O mejor, fueron mi padre y el Rábanos quienes lo creyeron.

Hizo una pausa, esperando sin duda a que Doc indagara su opinión sobre el caso, pero el hombre de bronce dejó pasar la oportunidad.

—Su huída del tren me pareció muy sospechosa —observó, en cambio.

—Le diré: mi padre y el Rábanos le tenían miedo. Por ello decidieron escapar —explicó la señorita Oveja.

—Y esto nos trae al momento presente —concluyó Doc—. Sepamos ahora el objeto de esta conversación.

Cere bajó los hechiceros ojos.

—Siento decirle que mi padre y el Rábanos dudan todavía de usted, mas yo deseo que le hablen y se avengan a hacerlo.

—Así, ¿ha venido aquí para convencerme?

La señorita Oveja afirmó repetidas veces con inclinaciones de cabeza:

—¡Sí! ¡sí! Por favor, véales.

—Bien, pues; acepto encantado, si con ello la complazco.

—¡Oh, qué feliz soy! —exclamó Cere.

Doc se puso colorado, como si acabara de tomar un sorbo de café hirviendo.

Interrogó:

—¿Desea que vaya ahora mismo a verles, en su compañía?

—¡Oh, no! —replicó apresuradamente la muchacha—. En estos momentos están fuera de nuestro campamento. Han ido en busca del galeón… Esta noche, o mejor, esta tarde, a la puesta de sol, vaya allá… solo.

—¿Solo? —A Doc se le escapó la pregunta.

—¡Pues claro! Si le acompañan sus hombres avivará las sospechas de mi padre y del Rábanos.

Levantándose sobre la punta de los pies, Cere señaló hacia los árboles. A la distancia de un cuarto de legua aproximadamente había una línea de riscos.

La muchacha parecía indicar un boquete abierto en ellos y

semejante por su forma a un corte producido por un cuchillo gigantesco.

—Nuestro campamento se halla al otro lado— —observó, sonriendo—. ¿Irá usted?

—Iré, e iré sólo por el gusto de penetrar por esa abertura —le prometió Doc.

Doc era rápido en sus movimientos, extraordinariamente rápido. Pocos hombres podían alabarse de haber dado en el blanco al hacer fuego sobre él, aun cuando pueda parecer exagerada la afirmación.

Sin embargo, antes de que pudiera evitarlo, había recibido un beso en plena boca, Fue una caricia ardiente, prolongada y deliciosa, en opinión del propio Doc.

Como asustada de su atrevimiento, Cere le volvió la espalda y escapó.

Antes de perderse de vista se detuvo, sin embargo, a mirar atrás.

Doc Savage había desaparecido.

Entonces reanudó la marcha, mas en lugar de dirigirse en línea recta a los riscos donde tenía instalado el campamento, según acababa de declarar al hombre de bronce, torció a la derecha.

Inesperadamente surgieron ante ella su padre y Rábanos.

—Te hemos estado observando, hija mía —cloqueó el señor Oveja: ¡Has estado muy bien!

—Sí. Como dicen los americanos, se ha tragado el anzuelo, el cordón y la caña —replicó Cere, con orgullosa sonrisa.

—Pero ese bronceado caballero no es tonto —observó, en serio, el Rábanos—. ¿Está segura de que no sospecha el engaño?

—Ha sido como un corderito en mis manos —replicó altiva la muchacha.

El Rábanos se encogió de hombros.

—El cordero se transformará en león si sospecha algo, señorita.

—¿Qué le has dicho? —interrogó a Cere su padre.

—Pues, como es muy listo —replicó la linda castellana,— no me he atrevido a mentir. Le he hablado de nuestro antecesor y del galeón del tesoro, cuya historia desconocía, según ha manifestado.

—¡Hum! ¡Es un embustero! —gruñó el señor Oveja—. Se calla lo que le conviene y dice lo demás. Recuerda siempre que trató de matarnos en el tren.

—Yo no lo aseguraría, padre —Cere se había quedado pensativa.

El señor Oveja le dirigió una mirada severa.

—Ese bronceado caballero —observó, chasqueando la lengua—, es demasiado guapo. Por consiguiente, no podemos fiarnos de tu opinión; todavía eres muy joven.

La señorita Cere hirió el suelo con el pie.

—¡Ya me parecía a mí que saldríais con eso! —exclamó, malhumorada—. Pues bien: tened en cuenta que no quiero que se le haga ningún daño.

—¡No se le hará, pierda cuidado! —profirió vivamente el Rábanos—. Lo agarraremos simplemente y lo tendremos en rehenes hasta que nos entreguen el dado de marfil; cambiaremos por éste al hombre de bronce.

—¡Mejor le cortaría el pescuezo! —rezongó el señor Oveja.

—Nada de violencias: insisto en ello —dijo el Rábanos.

—Sí, sí, como quiera —replicó el viejo.

Y se alejó con el niño de la cara bonita y su hija, en dirección al campamento.

Este no había sido levantado junto al acantilado, sino a cierta distancia, hacia el Norte, en la linde de una selva pedregosa y junto a una planicie sembrada de rocas. En dicha planicie descansaba un aeroplano sobre una de sus alas; la otra aparecía desgarrada, y aplastada una de las ruedas del tren de aterrizaje.

El Rábanos lo miró al pasar y murmuró en español:

—Sí que ha sido mala pata que haya ido a chocar con una piedra mientras aterrizábamos. ¿Hasta cuándo permaneceremos en estas soledades?

Para cobijarse disponía el grupo de unas tiendas pequeñas de campaña, pintadas de verde claro.

Cere entró en una de ellas y se ocupó en acicalarse un poco. Había descubierto qué el aire de la comarca le echaba a perder el cutis y, además, para una, mujer es punto menos que imposible parecer atractiva con unas botas claveteadas, pantalones de pana y blusa de franela, prendas que componían entonces su indumentaria, ya que eran las más resistentes y apropiadas para aquellos parajes.

El señor Oveja y el Rábanos se retiraron a sus tiendas respectivas. Eran hombres de ciudad y, por consiguiente, estaban poco habituados a las marchas prolongadas al aire libre, de modo que alternaban un periodo de ejercicio con otro de descanso.

Los bosques estaban sumidos en un silencio profundo y la niebla se cernía sobre ellos en volutas muy parecidas al humo. De la plaza distante llegaba hasta el campamento el sordo rumor de las olas que iban a morir en la línea rocosa del litoral. ¡Bueno era reposar en aquella quietud tras de un día de fatiga!

En un rincón melancólico del bosque, situado a una legua escasa del campamento, reuníase, una hora después, un cónclave siniestro: Una convención demoníaca cuyos preliminares se llevaron a cabo con el mayor sigilo y precaución. La reunión componiase de once individuos pelinegros, que habían surgido del bosque de improviso, y avanzaban en silencio, como si temieran ser vistos. Sus rostros eran repulsivos.

Estos hombres eran los secuestradores de la bella miss Savage.

En sombría caravana se dirigieron al rincón ya mencionado por ser allí más densa la espesura; se apiñaron y aguardaron, sin pronunciar palabra.

—Cere ha preparado la trampa en que caerá Doc Savage —dijo de pronto una voz hueca.

Su articulación lenta de palabras tan portentosas, el acento grave y sonoro con que fueron moduladas, hizo a sus oyentes la impresión de que escuchaban el redoble de un exótico tam —tam.

Evidentemente, la voz era fingida. Su dueño parecía hallarse a la izquierda, distante unos cincuenta pasos del grupo y los árboles le ocultaban por completo.

Los bandidos no demostraron sorpresa alguna. Sin duda esperaban oír aquella voz. Varios de ellos miraron furtivamente en dirección al punto de donde provenía. Era como si desearan vislumbrar al que hablaba, pero ninguno se movió.

—¿No habrá posibilidad de una equivocación? —preguntó nerviosamente un forajido.

—Savage es astuto y pudiera no caer en la trampa.

La voz, prorrumpió en una hueca carcajada.

—Esta vez le ha engañado una mujer y estaba harto deslumbrado para albergar sospechas. Tendríais que haber visto lo quieto que se quedó después de recibir un beso de Cere.

—Has tenido una buena idea al valerte de esa mujer —murmuró otro bandido.

—Y lo mejor del caso es que ella misma lo ignora —replicó la

voz.

Otro bandolero comenzó a decir, vivamente:

—Pero yo creía qué ella...

—Sabe, en efecto, que engaña a Doc Savage —explicó la voz, interrumpiéndole;— pero ignora que pensamos matarle.

—¿De qué modo?

—Mira a tu derecha. ¿Ves aquella brecha abierta en la línea del acantilado?

No había necesidad de una contestación. La hendidura era perfectamente visible desde el bosquecillo.

—Pues bien: os apostaréis al otro lado —siguió diciendo la voz —. ¿Tenéis las ametralladoras?

—Si, las tenemos.

—Instaladlas junto a la brecha —ordenó la voz del oculto jefe—, y en cuanto aparezca Savage haced fuego sobre él.

—Así lo haremos.

—Pues basta por hoy. ¡Despejad!

CAPÍTULO XIV

DOBLE TRAMPA

UNA hora antes de la puesta de sol no había hablado todavía Doc, a sus amigos de la entrevista con la señorita Oveja. Claro que de los cinco quedaban sólo dos en la cabaña.

Monk «operaba» en la cocina, rodeado de probetas, retortas, crisoles, alambiques y otros chismes de laboratorio que ocupaban una extensión alarmante. En aquellos, momentos hacia nuestro químico diversos análisis de ensayo.

Ahora bien; si de ellos sacaba o no conclusiones respecto a la modorra misteriosa, era cosa de la cual aún no había dicho una palabra.

Afable, cortés, complaciente, se extasiaba Ham junto a Patricia Savage.

Esta señorita le cautivaba, pues no sólo era bella entre las bellas, sino también la más inteligente que había conocido.

Él y Patricia ocupaban, una hora antes de la puesta de sol, un banco rústico que había delante de la casa.

—No querrá usted creerlo —decía Ham,— y no obstante, ese vulgarote de Monk tiene una esposa y trece hijos.

—¡Caramba! Qué barbaridad! —exclamó miss Savage.

Ham reforzó su aserto con una solemne cabezada.

—Y es más: esas trece criaturas —agregó—, son como su padre: aficionadas a columpiarse del techo o de una lámpara... o de un árbol, ¡qué sé yo! Lo llevan en la sangre.

Patricia le miró, curiosa. Tan impenetrable le pareció el semblante del abogado como el de un juez.

—¡Qué raro! —Monk le había contado del otro una historia parecida, salvo una variante, a saber: que los trece hijos de Ham

tenían tan poco conocimiento como su padre. Desde luego, ambos trataban de embromarla y de reírse uno a costa del otro.

—Usted y míster Mayfair son excelentes amigos, ¿verdad? —preguntó, muy seria.

Ham pestañeó. Rara vez oía llamar a Monk "mister Mayfair", por lo cual de momento quedó desconcertado.

—¡Amigos! —exclamó, una vez hubo identificado el nombre—. ¡Nada me produciría mayor placer que cortarle las orejas!

Habeas Corpus, el cerdo, erraba en torno al banco. De pronto fue a sentarse delante del banco y miró a Ham. Tenía unos movimientos muy humanos.

Luego se levantó sobre sus patas traseras.

—¿Quién es su acompañante, miss Pat? Tiene toda la traza de un vagabundo —dijo la voz ventrílocua de Monk, por medio de las abiertas mandíbulas del animalito.

Indignado, Ham le largó un puntapié. ¡Vano empeño! El cerdo lo evadió con una ligereza asombrosa.

Volvió la cabeza y lanzó miradas fulminantes en todas direcciones. Sin embargo, Monk no estaba a la vista. Debía hablar desde una ventana.

Patricia se reía con toda el alma. Era altamente satisfactorio para ella hallarse entre aquellos hombres arrojados, alegres y de buen humor, cuyos frecuentes pasos de comedia atenuaban la gravedad de sus actos.

Quince minutos después apareció Monk en la puerta de la cabaña, con cara de inocencia.

—¡Doc! —llamó.

El hombre de bronce acudió desde la casilla de los botes, al parecer.

—No hallo nada que me indique la causa del sopor misterioso —le comunicó el químico.

Repetidas veces había rondado por la tarde sobre sus cabezas un aeroplano, pasando y repasando sistemáticamente sobre la cabaña. Era como si buscase algo. En realidad habíase remontado dos veces la primera a poca altura, menos de quinientos metros; la segunda a mayor elevación.

Tan alto volaba que apenas se percibía desde tierra el zumbido del motor.

En el aparato iba Renny sacando un mapa fotográfico de la comarca. La persona no iniciada hubiera jurado que no se pueden obtener fotos en tiempo nebuloso. Pero, mediante los ultra —rayos, Renny las obtenía tan buenas como a la luz del sol.

Ahora hacía algún tiempo que le habían perdido de vista sus compañeros.

Por ello, cuando surgió de la espesura y se aproximó a la vivienda nadie se sorprendió. La desaparición del aparato en el espacio indicaba que había aterrizado, como así era, en efecto, ya hacía algún tiempo. Bajo el brazo traía un paquete y envueltas en él unas cuantas fotos y la cámara fotográfica. Una vez en el interior de la casa, Renny colocó sus placas sobre la mesa. No había gastado tiempo en revelarlas. La cámara que empleaba era de un tipo especial y las imprimía por sí misma, según las iba tomando.

—He obtenido toda una colección —dijo Renny a Doc.

—¡Caramba! ¡Jamás vi fotos tan claras! —exclamó Patricia, que había entrado tras ellos en el salón para inspeccionar la labor del ingeniero.

—No es nueva la idea de obtener fotografías mediante films o lentes sensibles a los ultra —rayos— explicó Renny —. Hace años era un secreto de Estado; hoy se aplica el invento al comercio en gran escala.

—Ellas se distinguen, no obstante, por la dureza de su sombreado —observó Ham, prosiguiendo la explicación en beneficio de Patricia,— y por ello no se aplican a la fotografía corriente. En esta clase de retratos saldría uno tan feo como… como Monk, pongo por caso.

Monk recibió el insulto con la sonrisa en los labios.

Doc, entretanto, examinaba la obra del ingeniero mediante una potente lente de aumento. Dispuestas conforme al orden en que se habían tomado, las vistas componían un mapa completo de la región.

Johnny y Long Tom, que continuaban fuera, aparecieron en el momento mismo en que comenzaba Doc su examen.

El primero manifestó, quitándose las gafas con objeto de limpiar la lente correspondiente al ojo izquierdo.

—Tengo poco que comunicaros. Naturalmente, he hecho un examen superficial de estos parajes, pero en ninguna parte he

hallado señal de que existan filones valiosos, ni es favorable a ello la formación del terreno.

Doc interrogó a Long Tom con la mirada.

—Tampoco yo he descubierto nada de extraordinario bajo los estratos rocosos —replicó secamente, el mago de la electricidad.

—De modo, caballeros, que nos dejan como estábamos —resumió Ham.

—Aguarda, que aún no he concluido —repuso Long Tom;— pero, en cambio, he visto...

—¿Qué has visto?

—Un montón de esqueletos bajo una cornisa rocosa —concluyó Long Tom.

—Ahí debe ser donde halló mi padre el dado de marfil —observó Patricia.

Doc propuso a todos:

—¿Vamos a verlo?

Renny reunió en un montón las vistas y se las guardó en el bolsillo.

El lugar en cuestión se hallaba muy próximo a la cima de una montaña pedregosa. Más que una cornisa propiamente dicha, era una profunda excavación abierta en la ladera rocosa de la montaña; un saliente proyectado hacia afuera, en su parte superior, convertía la abertura en una especie de cueva, para llegar a la cual era necesario realizar una penosa ascensión no exenta de peligros.

—Hasta hoy el único visitante de esta montaña ha sido probablemente mi padre —observó Patricia.

—No me extrañaría nada —fue la respuesta de Ham, que subía jadeando en pos de ella. La ascensión contribuía a aumentar el mal estado de su indumentaria; sin embargo, dijo por todo comentario:

—¡Qué lugar más a propósito para las cabras!

Después se halló delante de los esqueletos. Los cráneos mondos y lirondos de los humanos despojos, blancos como la nieve, ofrecían señales inequívocas de haber sido raspados con un cuchillo. Estas marcas hablaban por sí solas; decían que se había despojado del pericráneo a las pobres víctimas.

—Pertenecen a hombres blancos —afirmó Johnny, cuyos conocimientos en antropología eran indiscutibles—. Están bien conservados por hallarse a cubierto de las inclemencias del tiempo.

Esa cueva es un verdadero “pocket”

Dirigiendo a Long Tom una mirada penetrante, interrogó Doc:

—¿Has cavado, por casualidad, en torno a estos huesos y alisado después la arena del fondo de la bolsa?

—No —replicó sorprendido el interpelado.

Miró al suelo y, en efecto: alguien había removido la arena en torno de la bolsa y después la había alisado otra vez cuidadosamente con objeto, sin duda, de producir la sensación de que no se había tocado.

—Patricia: te equivocaste cuando dijiste, hace un momento, que tu padre era el único visitante de este lugar. Por el estado de la arena se deduce que ha habido aquí un registro, desde el cual han transcurrido ocho días escasos —observó Doc.

—¿Crees que los autores de él andan buscando también el dado de marfil? —balbuceó miss Savage.

Doc hizo una inclinación de cabeza.

—Sí —repuso—. Andan tras del objeto que llevaban consigo los tripulantes asesinados del galeón.

Instantáneamente se convirtió en el centro de atracción de todas las miradas.

—¡Hola! —exclamó Monk—. Tú sabes algo que nosotros ignoramos.

Doc hizo un gesto afirmativo y enseguida procedió a relatar a sus amigos la entrevista con la señorita Oveja. Palabra por palabra repitió en su obsequio la historia del saqueo de Panamá, la salida del puerto del galeón llevando un tesoro en las entrañas y la rebelión a bordo. Únicamente omitió el incidente del beso.

—Esa señorita Oveja opina —dijo, para terminar,— que el galeón está sepultado en este litoral, no lejos de aquí, y que en el mapa esculpido en el interior del dado se señala su situación exacta.

—Bueno; pero, •¿dónde está esa caja? —interrogó Monk, con impaciencia.

No obtuvo respuesta. Si Doc Savage sabia alguna cosa no hizo mención de ello. Y, naturalmente, ninguno de sus acompañantes tenía la más ligera idea de su paradero.

Levantando la vista, observó el manchón rojo entre la niebla que indicaba la posición del sol. Este declinaba muy deprisa; semejaba una hoguera encendida en el horizonte.

—Oye, Doc —preguntó después—. Dices que vas a la puesta de sol, a entrevistarte con tus enemigos, ¿no es eso?

—Eso es —replicó su jefe.

—Pues va siendo hora de que menees las piernas —concluyó Monk.

Doc, se volvió al abogado.

—Ham: acompaña a Patricia hasta casa —le ordenó. Y agregó, dirigiéndose al resto de la pandilla:— Vosotros venid conmigo. Monk ha dicho bien: ya es hora de emprender la marcha.

Por una vez en su vida Ham dio muestras de estar en desacuerdo con su jefe respecto a la encomendada misión de velar por Patricia. Presentía que iba a perder una ocasión excelente de entrar en acción. Con todo, ofreció su brazo a miss Savage y se la llevó.

—¡Un momento! —exclamó Monk antes de que la pareja se perdiera de vista—. Miss Pat: ¿le molestaría encargarse de Habeas Corpus? Una excursión en estas circunstancias puede serle fatal.

—¡Vamos, quita allá! —protestó indignado Ham—. ¿Crees que miss Pat va a acceder a semejante pretensión?

—¿Por qué no? —dijo Patricia—. El cerdo me parece un animalito muy inteligente.

—¡Oh, ya lo creo! —replicó Monk, riendo—. ¡Habeas Corpus en pos de la muchacha más bella del mundo!

Instantáneamente el cerdo se fue tras de Patricia y de su disgustado caballero.

—De modo que nos llevas contigo, ¿eh? —preguntó a Doc el químico en cuanto hubo desaparecido la pareja.

—Así parece.

—¿Pues no has dicho a la señorita Oveja que irás solo al lugar de la cita? —interrogó Renny.

—Es que no pienso ir hacia ese lado —replicó Doc.

—¿Eh? —gruñó Monk.

Para explicar su cambio de idea sacó Doc del bolsillo de Renny las fotografías de la región y las colocó sobre la arena, junto a los esqueletos.

Tomando a continuación las gafas del flaco Johnny, se sirvió de la lente de aumento que aquéllas llevaban.

Entonces hizo una seña a sus hombres de que se aproximaran y les indicó una serie de curvas blanquecinas que se prolongaban en

toda la extensión del mapa.

—Esta es la línea de los arrecifes —dijo—. Y esta es la abertura donde se halla enclavado el campamento de la señorita Oveja. Miradla bien: ¿qué notáis en ella?

—¡Diantre! —explotó Monk—. Es la entrada de un callejón sin salida. En él no se ve ni rastro de campamento alguno.

—Pues vuelve a observar detenidamente la fotografía —sugirió su jefe.

Monk obedeció, haciendo gestos, y de pronto, se quedó sin aliento.

—¡Mira esto! —aconsejó a Renny, con voz atronadora.

—¡Por el Toro sagrado! —exclamó el ingeniero, tras de echar una ojeada a la foto.

—¿Es que se trata de un secreto? —profirió vivamente Tom, que no veía nada porque no le dejaban sus compañeros.

—No. En torno a la brecha abierta en la escollera —le explicó Monk—, hay dispuesta una serie de ametralladoras y, a su lado, hombres ocultos. Se ve que al oír el aeroplano de Renny no se molestaron en ocultarse. Desde luego no podían sospechar que se pudieran sacar fotografías con esta niebla.

—¡Pero eso es una emboscada! —dijo Long Tom.

—Pues claro, hijo —replicó en tono seco el químico.

Long Tom se volvió a Doc.

—¿Sospechabas esto antes de ver las fotografías? —quiso saber.

Doc tardó en darle una respuesta.

—La insistencia demostrada por la señorita Oveja al pedirme que acudiera solo a la cita era levemente sospechosa —replicó al cabo—. Confieso, sin embargo, que entonces no dudé de ella.

—¿Y qué haremos ahora? —preguntó Renny, el de los grandes puños—. ¿Echar a correr tras de los hombres de las ametralladoras?

—No. Primero haremos una visita al señor y a la señorita Oveja y al Rábanos —decidió Savage.

—Pero, ¿dónde está su campamento?

Doc tornó a señalar un punto del mapa.

—Muy cerca de aquí. Mirad. En el claro, a la izquierda, está el aeroplano que les ha traído a estos parajes, aparentemente destrozado.

Sombríos, silenciosos, albergando una decidida resolución,

descendieron los cinco hombres por la abrupta ladera de la montaña, abandonando a su suerte la macabra colección de esqueletos.

Había anochecido con increíble rapidez. La niebla se descorría como un velo, dejando ver un cielo negro tachonado de estrellas cuyo fulgor atenuaba la luz de una hermosa y pálida luna llena.

Mayor visualidad y más perfecta ofrecía esta noche plácida que el brumoso día que acababa de transcurrir.

En su campamento, un sentimiento de expectación había asaltado súbitamente al señor Oveja, la señorita Oveja y al Rábanos. Los tres acababan de engullir una cena hecha sobre un hornillo portátil de gasolina, que no daba humo.

La linda Cere lavaba los platos a estilo del país, o sea fregándolos primero con arena y escurriendo ésta después. Mas a juzgar por los mohines que hacía, no parecía estar muy convencida de que quedaran bien.

—¿Todavía no nos vamos? —preguntó una vez, en español.

—Tú te quedas aquí —ordenó tranquilamente su padre.

—¡Desearía acompañaros!

—¡No! —dijo, con firme acento el señor Oveja.

Y aquí acabó la cuestión. En el país de la bella Cere los hijos no discuten las órdenes de sus padres.

—¿Verdad que no le haréis daño al hombre de bronce? —interrogó, con ansiosa expresión.

—¿Qué te importa lo que pueda pasarle a Doc Savage? —exclamó vivamente el señor Oveja. Y agregó, volviéndose al Rábanos:— Vamos, señor. Se aproxima la hora de la cita.

Y se fue en busca de su rifle, que estaba apoyado en una roca tan voluminosa como una ballena.

Las sombras proyectadas por la luz de la luna oscurecían su base de tal suerte que la cima parecía flotar en el espacio.

El señor Oveja fue a extender el brazo y, de súbito, emitió un grito extraño, mitad sollozo, mitad quejido plañidero, y cayó hacia atrás. Su cuerpo se vino al suelo en un estado de perfecta rigidez, que continuó aun después de entrar en contacto con la arena. Era lo mismo que si acaba de convertirse en estatua de piedra. En el momento de la caída osciló de un lado a otro como una cuna y levantó pies y brazos simultáneamente sin perder aquella singular

rigidez.

Cere lanzó un grito desgarrador.

—¡Padre!

Con la velocidad del rayo corrió a arrodillarse junto a su padre, le asió por uno de los brazos tiesos cuyos músculos parecían de acero y trató de estirarlo. ¡Vano empeño! El miembro le obedecía para tornar enseguida, semejante al miembro helado de un cadáver, a recobrar su primera posición.

—¡Ay, ay! —gimió Cere. Se volvió al Rábanos con intención de pedirle ayuda y el estupor la dejó clavada en el sitio, con los labios entreabiertos y la mirada fija.

El Rábanos también era víctima de la fantástica parálisis. Estaba tendido en tierra, abierto de piernas y de brazos, como si le hubiera descoyuntado súbito tormento. Cere examinó su rostro vuelto y expuesto a la luz de la luna.

Sus facciones no expresaban el más leve dolor; Sólo un asombro sin límites.

—¡Rábanos! —llamó Cere.

Como estaba muy cerca de él, le vió mover los ojos y seguir la dirección indicada por su voz. Evidentemente se daba exacta cuenta de lo que estaba sucediendo, pero no podía moverse ni hablar.

EL hecho era de los más extraordinarios que presenciara la gentil «señorita», y movida por el terror, paseó en torno una mirada recelosa.

De las sombras circundantes no salía el más leve rumor que pudiera indicarle la causa de lo ocurrido, ni sobre los cuerpos de su padre y del Rábanos descubrió la marca que temía.

De pronto dio un salto de costado y trató de escabullirse. Ya era tarde.

Quizá su movimiento no fue bastante rápido.

Unas manos bronceadas que surgieron inopinadamente, en la oscuridad, a su espalda, la sujetaron por los brazos. Sus dedos se cerraron como garras de acero en torno a sus muñecas. No obstante, la fuerza de su presión, no produjeron en ellas dolor alguno. Pero la mantuvieron como clavada en su sitio.

Cere quiso desasirse de un tirón, pero se dio en el acto cuenta de la inutilidad de su esfuerzo, y no hizo más resistencia. Ahora sabia que era Doc Savage el responsable de la parálisis que había

sobrevenido tan impensadamente a su padre y al Rábanos.

—¿Qué les ha hecho usted? —interrogó sin volver la cabeza.

Doc no le contestó. Las formas hercúleas de Monk y de Renny se dibujaban en la obscuridad, junto al campamento. Por el lado opuesto aparecieron Johnny y Long Tom.

Doc soltó a Cere y ella echó a correr. Mas antes de que hubiera salido del claro, la alcanzó Doc, la tomó en brazos y la volvió al campamento. El contacto de sus manos era de una suavidad extrahumana; sin embargo, la mujer se sintió débil como un niño para luchar contra él.

De momento no consiguió saber lo que tenían su padre y el Rábanos. Las hercúleas formas de Monk y Renny le cerraron el paso, cuando Doc se acercó a los cuerpos inertes de los dos hombres.

Con la seguridad que da la experiencia, oprimió ciertos centros nerviosos sobre los cuales había producido previamente la parálisis mediante un leve toque, y les libró de la extraña dolencia.

De todos modos ni uno ni otro recobró, instantáneamente, el uso de sus miembros, antes tuvo que pasar un minuto. Doc aprovechó el intervalo para registrarlos. Cada unos de ellos llevaba un par de revólveres al cinto. Doc se los quitó y asimismo se incautó de un cuchillo que, dentro de su funda, guardaba bajo la camisa el señor Oveja.

—¿Qué significa esto? —inquirió indignado el viejo.

—Que no es usted tan listo como se cree —tronó el vozarrón de Renny.

—Ahora no tenemos tiempo de entrar en discusiones —observó Doc, atajando la que era inminente—. Long Tom, Johnny: a vosotros os encomiendo la custodia de los prisioneros; —Monk, Renny, venid conmigo.

—¿Adónde? —preguntó el primero.

—Al cañón de la emboscada —fue la respuesta de Savage.

CAPÍTULO XV

LA SITUACIÓN SE COMPLICA

—¡SE fueron! —exclamaba Monk con su voz débil.

—Sí —decía Renny con todo el caudal de la suya—. Ved. Han estado aquí recientemente, como lo indica ese fósforo medio consumido. La cabeza está caliente aún.

En aquellos momentos se hallaban junto a Doc a la entrada del cañón sin salida, que interrumpiera la línea del acantilado. Para aproximarse a él habían adoptado grandes precauciones y, por ello, en el fondo, estaban seguros de no haber sido vistos ni oídos. Con todo, la pandilla había desaparecido.

Doc Savage se detuvo a escuchar. Como la ejercitaba a diario, poseía una finura de oído comparable únicamente a la de un habitante de la selva.

—Esa gente ya no se halla ni siquiera en las inmediaciones de la playa —manifestó en voz alta, en vista de que no percibía nada.

—¿Les habrán avisado de nuestra llegada? —gruñó Renny—. Sí, pero, ¿cómo?

EL resto de la frase se hizo ininteligible para sus compañeros. El ingeniero apretaba los labios.

Dos detonaciones inesperadas que se propagaron rápidamente por el espacio, llegaron hasta ellos. Habían sido casi simultáneas y despertaron mil ecos diversos en el acantilado. Ecos que iban y venían, de roca en roca, semejantes a la tos fantástica de un dragón.

Confundido por la profusión de sonidos, Monk inquirió:

—¿De dónde habrán salido esos tiros?

—¡Del campamento de los Oveja! —replicó Doc sin titubear.

Los tres prestaron atención. Una calma profunda sucedía a las dos detonaciones.

—¡EA!, Volvamos junto a nuestros compañeros. —decidió el hombre de bronce.

De un salto franqueó el borde del acantilado. AL otro lado descendía casi a plomo la pendiente. Esta ofrecía pocos puntos de apoyo: sin embargo, Doc no pareció preocuparse por ello. El peligro de una caída no atenuó la velocidad de su marcha.

Monk y Renny descendieron, paso a paso, previo tanteo del terreno, en forma que, al llegar al pie del acantilado, su jefe se hallaba a cierta distancia de ellos.

AL llegar, poco después, al campamento, tuvieron una sorpresa. Esperaban hallar en él señales de violencia. Sin embargo, nada indicaba que hubiera ocurrido allí un suceso extraordinario.

El señor Oveja, la señorita Oveja y el Rábanos continuaban de pie, en mitad del claro iluminada por la luz de la luna. Cerca de ellos estaban Long Tom y Johnny; Doc Savage a un lado.

Habeas Corpus galopaba por el claro, describiendo en torno suyo pequeños círculos. Más que nunca, recordaba a un perro, por sus movimientos.

Monk se quedó mirando a su favorito.

—¿De dónde ha salido este animal? —fue lo primero que se le ocurrió preguntar.

—Del bosquecillo —explicó Savage— Johnny creyó que era un intruso y disparó un par de tiros al aire; los mismos que acabamos de oír.

—Yo juraría que se lo había llevado miss Patricia —dijo, perplejo, Monk—. Sin duda le ha espantado Ham. Siente por él gran antipatía y ¡cómo es tan bromista!...

—Pues yo creo, por el contrario, que ha rectificado un poco su opinión cobre el cerdo.

Monk hizo un gesto de asombro.

—¿Qué dices, Doc?

A modo de respuesta, Doc Savage sacó del bolsillo la pequeña lámpara de rayos ultravioleta, la encendió y enfocó con su luz el cuerpo de Habeas Corpus.

En el dorso del cerdo llamearon unas letras azuladas y deslumbrantes, de gran tamaño, irregular a causa de la erizada superficie en que habían sido escritas. A cada movimiento del cerdo se dislocaban. Componían estas tres palabras: «Llega... el... sueño...»

—¡Por el toro sagrado!¿Qué ha querido decir Ham? —murmuró Renny.

—Seguramente nos gasta una de sus bromas —gruñó Monk a su vez.

Doc emprendía el camino de la cabaña.

—No es una broma —gritó a sus compañeros por encima del hombro—. Tú quédate, Long Tom y vigila bien a nuestros presos.

El mago de la electricidad le tranquilizó con una seña, y volvió junto a la mujer y los dos hombres.

Sus camaradas corrieron detrás de Doc, hacia la morada de los Savage.

En el interior de ésta reinaba un profundo silencio que trascendía al exterior, convirtiéndola en una casa muerta, en algo semejante a una tumba de troncos que se hubiera erigido frente a la pequeña playa de la ensenada.

La brisa nocturna no agitaba suavemente, como de costumbre, las hojas del arbolado que la rodeaba. En la playa, pequeñas olas lamían perezosamente sus pies. La casta Diana disparaba sus dardos fulgurantes sobre el mar.

Doc Savage fue el primero en llegar a su puerta. Renny, Monk y Johnny se habían quedado rezagados, para no borrar con la sucia suela de sus zapatos, posibles huellas valiosas.

Valiéndose de su potente lámpara de bolsillo, Doc hizo un examen superficial de la casa. Mas, si esperaba hallar en ella señales de violencia, se llevó chasco. La vivienda estaba interiormente en el mismo estado en que la dejara al partir.

Solo faltaban de ella Ham, Patricia y la obesa Tiny.

—¡Muchachos! ¡Ya podéis venir! —llamó Doc, una vez efectuada la inspección.

Monk penetró en la vivienda, seguido de Johnny y Renny.

—¡Hombre, qué raro! —comentó, mirando entorno—. No veo que haya habido lucha. Sin embargo, Ham no es capaz de estregarse sin oponer resistencia.

En lugar de contestarle directamente, Doc le indicó un manchón rojo, impreso en la pared de un dormitorio.

—¡Ahí! Esa marca del hombre —lobo! —exclamó Monk.

—Colocada aquí recientemente, no cabe duda, por la misma pandilla que capturó a nuestros amigos —observó Doc—. Su

presencia nos explica por qué no ha habido lucha.

—¿Sí? —murmuró Monk, rascándose la cabeza.

—¡Sí, hombre! ¿Recuerdas el sueño singular, de naturaleza incomprensible, hasta ahora, para nosotros? —inquirió Doc—. Pues con él coincide siempre la aparición de esa marca.

Guió a sus amigos a la cocina y le dedicó una ojeada preliminar. Sobre la mesa había alimentos frescos y, en un plato, un sándwich a medio comer.

—Parece ser que nuestros amigos se disponían a cenar cuando les sobrevino la modorra misteriosa. —comentó Renny.

Junto al mordido sándwich había otro plato con mantequilla. Doc se lo entregó a Monk.

—Analiza esto —le ordenó.

—¿Con qué objeto? —quiso saber el químico.

—Con el de ver si descubres la presencia de los siguientes componentes —replicó Doc. Y a continuación citó una serie de substancias químicas de enrevesada nomenclatura, que aturdió visiblemente a Johnny y a Renny.

Ambos habían recibido una sólida instrucción, eran cultísimos, unos sabios, en suma. Mas seria aventurado afirmar que identificaron uno o dos nombres de la serie.

Por el contrario, un gesto de Monk demostró que los conocía perfectamente.

Monk engañaba, su frente baja no parecía encerrar mucho seso. Con todo, era uno de los tres químicos más notables entre los conocidos y su fama se extendía de uno a otro confín de la tierra.

Con el plato de la manteca en la mano salió al pasillo y penetró en la pieza que le servia de laboratorio. Una vez franqueados sus umbrales, cerró la puerta y se entregó con ardor a la tarea de descubrir las substancias químicas nombradas por Doc.

Entretanto, éste había sacado del bolsillo la lámpara de los rayos ultravioleta y examinaba can paciente atención el suelo de la cocina.

Inesperadamente brotó de él un chorro de luz azulada y fulgurante.

Renny hincó la rodilla en tierra y pasó una de sus mangas por el luminoso manchón.

—Es el clarión que utilizamos para nuestra escritura invisible —

aclaró—. Ham lo habrá dejado caer y alguien lo ha pisado.

—Hemos sido nosotros seguramente al andar de un lado para otro —repuso Doc—. Tiny, Ham y Patricia se disponían a cenar cuando comenzaron a sentir el sueño misterioso. Entonces Ham consiguió imprimir su aviso sobre el lomo del cerdo y, al dormirse del todo, dejó caer el clarión que tenía en la mano. No me explico de todos modos lo ocurrido.

Fuera sonó una voz estentórea.

—¡Ah, de la cabaña! —gritaba—. No hagáis fuego sobre mí.

Johnny y Renny se situaron de un salto junto a la ventana y asomaron la cabeza; pero no divisaron nada.

Doc apagó la luz. Tinieblas impenetrables, densas, como sólido muro, invadieron al instante el interior de la casa. En torno a ella se iniciaba ya un profundo silencio. La voz había enmudecido y no tornó a dejarse oír.

—¡Pero si es Long Tom! —exclamó Doc de pronto.

—Si que lo es —afirmó Renny, apoyándole—. De todos modos, le ha cambiado algo la voz.

—Si, pero es la suya. ¿Qué le habrá sucedido?

Sin elevarse al parecer, el acento del hombre de bronce adquirió una potencia súbitamente dominante, vibró en el interior de la cocina y penetró entre el arbolado hasta quién sabe dónde.

—¡Vamos, entra, Long Tom! —dijo—. Cuéntanos qué es lo que ocurre.

Fuera sonaron pasos quedos y, en efecto, apareció Long Tom en el umbral de la puerta, pero ¡en qué estado! Su pálido rostro presentaba la señal inequívoca de contusiones, rozaduras y sus ojos ostentaban una sombra violácea producida, evidentemente, por dos puñetazos. Además, le faltaban dos dientes y la ausencia de ellos era lo que ponía una nota sibilante, cómica, en su acento, algo así como el glo, glo, glo indignado de un pavo.

Monk asomó la cabeza desde el pasillo y exclamó:

—¡Oh, qué gracioso está Tom sin dos dientes!

Doc interrogó al desdichado:

—¿Qué ha sido del señor Oveja, de la señorita Oveja y del Rábanos?

—¡Se han escapado! —repuso el mago de la electricidad.

—Pues, qué: ¿no te habías encargado tú de su custodia? —dijo

Renny burlonamente. Una franca sonrisa iluminaba su rostro, tan solemne de ordinario. Evidentemente le divertía el cómico aspecto que la carencia de sus dos dientes prestaba a Long Tom.

—Sí, pero el señor Oveja agarró una piedra y me la tiró a la cara —gimió con su voz ceceante el mago.

—¿Y cómo te tomó desprevenido?

Aunque hiriera o fuera en perjuicio de ellos mismos, los hombres de Doc solían decir siempre la verdad. Así Long Tom balbuceó, llevándose la mano a la brecha abierta en su boca:

—Tuvo la culpa esa condenada muchacha, pues me estaba poniendo los ojos tiernos.

Sus compañeros se echaron a reír.

—¿Te apedreó y luego huyó? —interrogó Doc, sin asomo de sarcasmo en su acento.

—Si —admitió Long Tom—. A la piedra sucedieron los puños del señor Oveja, y entre una y otros pusieron como una neblina roja en mis ojos y no pude defenderme.

—¿Tampoco has tratado de seguirles?

—¡Pues claro! Pero entonces sucedió una cosa singular, Doc. Pocos pasos llevarían recorridos cuando no sé por qué medios se proporcionaron armas y me cerraron el paso disparando varios tiros. Yo no podía verles y desarmado como estaba, era vano empeño tratar de seguirles los pasos.

—¿Armas? —observó Renny—. Pero si les quitamos las que llevaban encima al entrar en el campamento...

—Sí. Pero quizá teman otras ocultas en la maleza...

Doc propuso entonces al químico:

—¿Y si te volvieras a analizar la mantequilla, Monk?

Monk hizo un gesto de asentimiento y volvió a su tarea. Tenía diseminados sus útiles de trabajo sobre una gran mesa, y de los tubos de ensayo se escapaban diversos olores penetrantes.

Doc salió al exterior y buscó en el suelo rastro de pisadas. El hallarlas fue cosa de un momento, de tal modo tenía ejercitada la vista. Entonces descubrió que además de las huellas impresas por los pies de Patricia, de Ham y de la india, partían de la casa, por lo menos, las de una docena de hombres. Estas huellas no erraban de aquí para allá, sino que se encaminaban directamente a la playa.

La procesión cruzaba un punto donde el terreno esa

relativamente blando.

Doc se agachó con objeto de examinarlo más de cerca, y se levantó enseguida.

—Bueno. La pandilla que raptó una vez a Pat ha vuelto a apoderarse de ella —decidió—. Tan a menudo he examinado las huellas de sus pasos, que casi, casi me parecen familiares.

El rastro concluía en el embarcadero. «Estas señales del suelo arenoso parecen haber sido hechas por la quilla de las canoas», se dijo Doc al verlas.

Se asomó al interior de la casilla de botes y, en efecto: faltaban de ella las canoas.

—Ya sé, cómo ha sido —manifestó, en voz alta, dirigiéndose a Johnny y Renny, que le acompañaban—. Los bandidos han venido por tierra a este paraje y se han ido de él por mar. Han estado muy oportunos, pues de este modo no podemos seguirles la pista.

Mientras así hablaba, Monk había salido de la casa y se acercaba presuroso. Parecía excitadísimo y jamás se había semejado tanto a un gorila como en aquellos instantes.

Saltando en pos de él llegaba el cerdo Habeas Corpus.

—¡Ya lo tengo! ¡Ya lo tengo! —gritó Monk.

—¿El qué? —interrogó Doc.

—Sin duda sabéis —replicó Monk, sin responder directamente a la pregunta,— que la mantequilla absorbe el olor de todo lo que se pone junto a ella, en la nevera, por ejemplo. Pues bien: suponiendo que la casa esté impregnada de un olor determinado ha debido, absorberle la mantequilla en cantidad suficiente para permitir un análisis. He hecho éste…

—¿Y qué has descubierto, so perdido, vulgarote? —interrogó en broma Renny.

—Poca cosa —Monk sonrió—. La presencia en ella de un gas inodoro e insípido, pero tan tóxico al propio tiempo, que produce la muerte al que le aspira mucho tiempo seguido.

Esta declaración sorprendió extraordinariamente a Long Tom, Johnny y Renny. Doc la esperaba. Presumía ya la causa probable del sueño misterioso y tan cerca se hallaba de adivinarla que había indicado a Monk las substancias que debía buscar.

—No dudo de que se hayan servido de él para matar a Alex Savage —continuó diciendo Monk—. Sus efectos pueden

confundirse fácilmente con los síntomas de una dolencia cardiaca, sobre todo cuando se llama a un médico poco entendido.

Long Tom iba a sonreír, pero recordando a tiempo que le faltaban los dientes, se llevó una mano a la boca.

—Pues yo no creo que ese gas sea venenoso. De otro modo hubiéramos muerto en el tren.

—No sucedió así —replicó Doc—, porque no le aspiramos en cantidad suficiente. Yo creo que el objeto del ataque que sufrimos entonces fue meramente el de asustarnos. Hoy, que conozco mejor a la pandilla, afirmo que los hombres que la integran tratarán, de ahora en adelante, de asesinarnos, no ya de amedrentarnos. Me sería difícil calcular qué cantidad de gas aspiramos durante el viaje. Desde luego fue poca. Sin duda el individuo que lo administraba se asustó. De lo que sí estoy seguro es de que nos lo echó por debajo de la puerta.

Doc terminó bruscamente su discurso y se resguardó un oído con la palma de la mano mientras escuchaba.

Así, perfectamente rígido, permaneció por espacio de unos minutos.

—Se acerca una gasolinera —dijo—. Oigo el ruido del motor.

Pasó un minuto, pasaron dos... tres... Ya comenzaban sus compañeros a dudar. ¿Se habría equivocado el hombre de bronce? A poco se oyó el sonido de una embarcación, cada vez más cerca.

—Probablemente serán los secuestradores que vienen a proponernos algo —dijo la atronadora voz de Renny.

—La embarcación viene de alta mar —decidió Doc.

En efecto: pasó junto al buzón flotante, perfectamente visible a la luz de la luna y se dirigió en línea recta a la playa. Sencillamente, era una canoa de popa cuadrada, a la cual se había ajustado un motor.

—¡Eh, señores! —llamó una voz ronca.

—¡Me están entrando unas ganas de pegarle un tiro en la cabeza! —gruñó Renny—. ¿Qué apostáis a que hago blanco?

—No lo hagas —le aconsejó Monk—. No sea que ellos maten a Ham, a Patricia y a Tiny.

Monk hablaba muy en serio. Aun cuando él y Ham parecían estar siempre a punto de agarrarse por el cuello y se insultaban con deleite y vigor insospechados, cada uno de ellos hubiera jugado su

vida por salvar la del otro. Es más: ya la habían hecho así algunas veces.

—¿Qué queréis? —preguntó Doc al hombre distante.

—¡El dado de marfil, señor Savage! —gritó el bandido en respuesta.

—No lo tengo.

—¡No trate de engañarnos, hombre! La señorita Savage lo tenía: ella misma lo confesó cuando estaba aún en nuestro poder.

—Creía poseerlo —enmendó Doc—. Pero ya había desaparecido del lugar donde se hallaba oculto.

—Esa historia no nos interesa, señor Savage —dijo el hombre distante—. Yo he venido nada más a informarle de un hecho.

—¿Cuál?

—Simplemente, señor, que tenemos a sus seis amigos en lugar seguro.

Varios segundos de silencio —preñado de sorpresa sucedió a estas palabras.

—¡Seis! —repitió Renny al cabo.

—Ham, Patricia y la squaw son tres —balbuceó a su vez Johnny, quitándose involuntariamente los lentes.

—¿Habéis dicho seis? —gritó el hombre de bronce al del bote.

—¡Sí, sí! —respondió, voceando, el hombre.

—Esto sólo quiere decir una cosa —explicó pausadamente Long Tom—. Ya os he dicho que el Rábanos y los dos Oveja, padre e hija, hicieron fuego sobre mí en el momento da escapar.

—Pero te equivocabas —concluyó Doc.

—¡Eso es! —convino Long Tom—. Eran los bandidos quienes disparaban sobre mí; Ellos fueron también los que se apoderaron del señor Oveja, su hija y el Rábanos.

Renny batió palmas.

—¡Justo! ¡Justo!

—¡Demonio, pues me sorprende muchísimo! —observó Monk. Su rostro demostraba en efecto, visible confusión—. Yo creía que pertenecían precisamente a la pandilla. Me afirmó en esta opinión la emboscada que le habían preparado a Doc.

—Lo mismo creí yo —dijo Johnny—. De todos modos debe haber algún contacto entre ambos grupos. De lo contrario, ¿cómo sabia la pandilla que Doc pensaba visitar el cañón del litoral?

—Quizá oyó cómo hablaban del lazo que pensaban tenderme la mujer y los dos hombres —sugirió Doc,— y probaron de convertirlo en una trampa mortal.

—Pudiera muy bien ser lo qué dices —admitió Johnny.

EL hombre de la canoa había estado aguardando. Como la embarcación derivaba en dirección a un escollo que sobresalía a flor de agua, sacó un bichero y lo apoyó en una hendidura de la peña, inmovilizando de esta suerte la canoa. Por cierto que el escollo le servia de escudo.

—Y bien. ¿Me has comprendido, señor? —aulló su ocupante—. Tenemos a sus seis amigos y están sanos y salvos... por ahora.

—Tres son Ham, Patricia y la squaw. ¿Quiénes son los otros? —replicó Doc, con estentóreo acento.

—El Rábanos, el señor Oveja y la señorita Oveja —fue la respuesta que obtuvo.

—He acertado —dijo Long Tom—. Por huir de mí cayeron en peores manos. Esto explica el motivo de no hallarse la pandilla en el cañón cuando llegamos nosotros. Vigilaban el campamento del señor Oveja y escaparon al ver que nos dirigíamos a él primeramente.

—Lo cual quiere decir que la señorita Oveja es una buena persona, después de todo —gruñó Monk.

—Sin embargo, mintió al asegurar que acampaba en el cañón —le recordó Johnny.

Doc gritó otra vez:

—¿Y qué deseáis? ¿Hacer un trato, por casualidad?

—SÍ, sí, señor —replicó prontamente el hombre de la canoa—. Le devolveremos los prisioneros a cambio del dado de marfil.

—Repito que no lo tenemos.

—¡Miente usted, señor? Le doy dos horas de tiempo. Si pasado este plazo no me entrega usted el dado, fusilaremos a uno de los cautivos y arrojaremos su cadáver al agua. ¡Ella se encargará de depositarlo en la playa!

Con estas palabras, el bandido puso en marcha el motor de la canoa y tornó a alta mar. Por lo visto había dicho ya su última palabra y no admitía discusión respecto a ella.

CAPÍTULO XVI

EN EL INTERIOR DE LA CAJA

APENAS inició su retirada la embarcación cuando, volviéndose rápidamente, ordenó Doc a Long Tom:

—¡Ve por tu oído eléctrico! ¡Vivo!

El mago corrió a la cabaña.

Lo mismo, que Monk, llevaba siempre consigo su equipo de aparatos eléctricos, entre los cuales uno especialmente le había sido útil en extremo en diversas ocasiones. Consistía en un micrófono sumamente sensible, al que iba unido un potentísimo amplificador de sonidos.

Aparatos como este son empleados por el ejército de los Estados Unidos cuando va de maniobras para determinar la posición de un imaginario aeroplano enemigo. Pero el de Long Tom era infinitamente más compacto.

Long Tom reunió sus piezas, corrió con él a la playa y lo armó sobre la arena, frente a la canoa que se alejaba. Ya apenas si se percibía el sonido del motor.

El amplificador iba provisto de un altavoz. Colocóle en su sitio Long Tom y en el acto se intensificó notablemente el sonido de la motora.

Todos aplicaron el oído a los rumores que recogía el ultrasensible aparato.

Al cesar aquellos, Tom dio de pronto toda la fuerza al amplificador. Tan potente era éste que, al pasar, volando, un mosquito sobre el micrófono produjo la sensación de que era un aeroplano trimotor. Después, el aparato recogió vagos rumores apenas identificables.

—¡Por el Toro sagrado! Esos bandidos tienen presos a nuestros

amigos en un buque…

—Tomad vuestras lámparas de bolsillo —dispuso, repentinamente, Doc,— y buscad nidos en los pinos.

—¿Eh? —gruñó Monk, sin comprender.

—Que busquéis nidos en los pinos —repitió su jefe:— Pero sólo en los pinos, ¿eh? Los demás árboles no me interesan.

—¿Y qué haremos cuando los hayamos encontrado? —quiso saber Monk, perplejo todavía.

—Pues os encaramáis al árbol y examinareis el nido —repuso Doc.

—¿Y luego?

—Ya lo veréis… cuando deis con el nido que necesito.

Los cuatro hombres emprendieron la búsqueda. Los cuatro estaban perplejos y asombrados. Ninguno de ellos tenía la menor idea de lo que motivaba el súbito interés de Doc por la captura de nidos.

Monk dirigió la luz de su lámpara hacía la copa de un árbol y descubrió una trabazón de ramitas, corteza filamentosa y plumas. Entonces se preparó a la ascensión.

—¡Me alegro de que no esté aquí Ham! —observó—. ¡No se hubiera reído poco!

—Sobre todo teniendo en cuenta que debemos encaramarnos a los pinos —dijo Renny, con voz de trueno.

—A los pinos, naturalmente.

Renny se echó a reír.

—¡Es que tú te dispones a trepar por un abeto! —dijo.

—Toma, pues es verdad —admitió humildemente Monk, tras de echar una ojeada ad árbol.

Doc había regresado a la cabaña. Allí encendió su lámpara, de luz deslumbradora, y de un bolsillo extrajo las fotografías sacadas por Renny durante su excursión aérea. Aún no había tenido tiempo de examinarlas todas y lo hizo entonces.

En una vista tomada del litoral, a unos kilómetros de distancia de la cabaña, hacia el Norte, descubrió un punto gris. A simple vista parecía una leve imperfección del papel.

Bajo la lente de aumento se convirtió en una pequeña goleta. Amarrada a popa se veía una pequeña embarcación semejante a una falúa. Era la canoa motora.

El descubrimiento convenció a Doc de que a bordo de la goleta era donde estaban presos sus compañeros.

En aquellos momentos estaban en alta mar, distantes de la costa.

Le sacó de su abstracción la impetuosa llegada de Monk a la casa, voceando:

—¡Ya lo tengo, Doc! —El químico gigante sostenía con ambas manos el hallazgo: un nido de respetables dimensiones.

—¿Cómo sabías, Doc, donde había que buscar? —interrogó.

—Es muy sencillo. ¿Recuerdas la substancia pegajosa, color de ámbar, que hallamos adherida a los pantalones y las manos del cadáver del indio?

—¡Ya lo creo!

—Pues era resina de pino.

Monk exhaló un silbido prolongado.

—Y también había adheridos a unos y otras pequeñas plumas y pedacitos de corteza…

—Precisamente —convino Doc—. Las plumas y cortezas de un nido.

—Bien, pues, aquí lo tienes —dijo Monk, sonriendo.

Metió la mano en el nido y sacó un dado de marfil.

Renny, Long Tom y Johnny, que llegaban a la cabaña en aquel mismo instante, se detuvieron, admirados.

—¡El tuno de Boat Face lo robó y ocultó en un nido! ¡Qué idea la suya!

Este comentario partió de Renny.

Doc examinó el dado por sus seis caras. Era una obra maestra y, al parecer, completamente sólida y maciza.

Con una seña llamó a Monk a su lado, y le advirtió:

—Tengo trabajo para ti. Ven conmigo.

Doc y el simiesco químico gigante se retiraron al improvisado laboratorio, donde permanecieron encerrados dos o tres minutos, al cabo de los cuales reapareció Doc, llevando todavía en la mano la caja de marfil.

Sobre una base, hecha de cuantos libros halló a mano, colocó dos lámparas de bolsillo, encendidas, de modo que alumbraran la mesa en que estaba expuesto el dado de marfil a plena luz.

Johnny le entregó sus gafas y, valiéndose de la lente, Doc volvió a inspeccionar el dado, descubriendo en los cuadrados formados por

sus seis superficies unas ranuras casi imperceptibles, aún con ayuda de la lente.

Doc probó su solidez con sus musculosas manos. Ignoraba todavía cómo tenía que abrirlo. Primero lo sujetó a una suave presión, pero en vista de que no obtenía un resultado satisfactorio, lo sacudió violentamente, como un termómetro de mercurio.

Entonces se desprendieron por sí solas las seis superficies de la caja, unidas hasta entonces por diminutas e ingeniosas espigas.

El centro del dado era un bloque compacto de fango endurecido, Doc lo contempló con visible curiosidad, le dio lentamente una vuelta en la palma de la mano y, de pronto, girando sobre los talones, penetró en una pieza contigua. Boat Face había sido enterrado. Sin embargo, su squaw conservaba las prendas de ropa que llevaba encima a la hora de su muerte. Doc eligió preferentemente los calzones y volvió sus bolsillos del revés. Ya había hecho esto en una requisa anterior, pero ahora deseaba asegurarse de algo.

De los bolsillos salieron a la luz varias hojas secas, planas, y fragmentos de tabaco de un color negro intenso.

Doc concentró la atención en el dado de barro que conservaba en la mano.

¡Inserta en el fango había una hoja del tabaco negro que usaba Boat Face!

¿Cómo estaba dentro del bloque?

Del laboratorio salía el melodioso retintín del cristal de los picudos vasos de análisis y de los tubos de ensayo que manejaba Monk activamente.

Los demás ayudantes de Doc le habían dejado hacer, sin decir una palabra.

A juzgar por la expresión de sus semblantes iban a hacerle ahora una pregunta, pero antes de que pudieran interrogarle se oyó fuera el zumbido del motor de una lancha que se acercaba.

Doc salió disparado del salón y sus hombres le siguieron, a excepción de Monk, que continuaba metido en el laboratorio.

La potente vibración del motor se hacía más perceptible conforme pasaba el tiempo. En el mar divisábase una mancha borrosa que, según se acercaba a la playa, iba tomando una forma concreta.

Era la canoa de popa cuadrada cuyos ocupantes, apenas visibles, semejaban bultos negros, de los cuales sobresalían negros pinchos. Estos pinchos eran en realidad cañones de rifles. Doc dedujo que los ocupantes de la lancha no eran los presos.

Súbitamente dejó de zumbar el motor y la canoa se detuvo junto a una roca.

Los bandidos iban provistos de bicheros, mediante los cuales se mantuvieron al abrigo del peñasco. Uno llevaba prismáticos y con ellos distinguió el grupo formado por Doc y sus hombres.

—Y bien; ¿qué ha decidido, señor Savage? —gritó.

—Oiga: encontré el dado —le comunicó el hombre de bronce.

—¡Siempre lo ha tenido en su poder! —fue la burlona respuesta del bandido.

Doc no deseaba discutir.

—¿Dónde están los prisioneros? —interrogó.

—Lo sabrá cuando se halle dispuesto a canjearles por el dado.

—Bien; ya lo estoy.

Los hombres de la canoa sostuvieron breve conciliábulo. Desde la playa Doc les vió apuntar al espacio con las negras saetas difusas y enseguida, sonó una detonación. Al parecer había sido lanzada por una escopeta de dos cañones. Nada sucedió por espacio de dos o tres minutos. AL cabo de este tiempo se oyó otra detonación y la luz de un súbito relámpago deslumbró a los hombres de Doc.

—¡Hola! ¿Hemos llegado al 14 de Julio? —inquirió Renny, con sorna.

—¡La señal ha sido un cohete! —exclamó Johnny.

—¡Pronto estarán aquí nuestros prisioneros! —dijo el hombre de la canoa.

Transcurrieron quince minutos de un profundo silencio. Luego, allá lejos, se oyó el lento palpitar de un motor.

Doc lo escuchó con atención.

—Es un motor de gasolina —decidió—. Esto significa que, además del velamen, la goleta está provista de una maquinaria auxiliar.

Poco tiempo después, con ayuda de unos prismáticos, pudo distinguir la embarcación. Tendría ésta unos cincuenta pies de eslora, Pero era ancha de manga y de líneas recortadas.

Al llegar a la boca de la bahía viró de banda, impulsada por la

brisa, y el motor auxiliar, girando pausadamente, la mantuvo inmóvil.

—¡Los presos se hallan a bordo de la goleta, señores! —gritó el hombre de la canoa.

—¿Cómo lo sabré yo? —interrogó Doc.

Entre los tripulantes de la goleta y los de la canoa se cambiaron entonces unas palabras e inmediatamente después se oyó la voz de Ham, potente, desarrollada por sus discursos en las salas de la audiencia:

—Estamos O.K. —decía—. ¡Si estos hombres tratan de hacer un canje mándales a la luna, Doc!

—¿Estáis ahí los seis? —quiso saber Doc.

—¡Los seis! El señor Oveja, la señorita Cere y el Rábanos están presos también.

En este punto el de la canoa interrumpió el diálogo iniciado por los dos amigos.

—Y bien; ¿a cambio de su libertad se compromete a darnos el dado de marfil? —gritó a Doc.

—¡Monk! —exclamó Doc, bajando la voz para que no le oyeran desde la canoa.

—¡Voy! —replicó el químico, en el mismo tono.

Salió de la cabaña con el andar de un mono y los brazos colgantes. Una de sus manos empuñaba un objeto envuelto en un pañuelo.

—¿Está todo listo? —inquirió el hombre de bronce.

—Sí. Aunque me has dado muy poco tiempo...

Juntos bajaron los dos hombres a la playa y se perdieron un momento bajo el fulgor lunar, mientras atravesaban el bosque. Al llegar a orillas del mar penetraron en él resueltamente hasta que las olas les cubrieron por encima de la rodilla.

—Aquí está el dado. Venid por él —dijo la potente voz de Doc a los hombres de la canoa—. Pero conste que habéis de poner en libertad a mis compañeros...

—¡Sí, sí! —le contestaron—. Les soltaremos en cuanto tengamos el dado.

Pusieron en marcha el motor, que comenzó a vibrar con ruido bronco y prolongado; moviose la hélice, abriendo en el agua una estela espumosa, semejante por la forma a un abanico, y la canoa

salió disparada en dirección a la playa.

A una orden de Doc, dada con voz apenas perceptible, Monk retrocedió apresuradamente y se puso a cubierto.

La canoa aflojó la marcha, conforme se aproximaba a tierra, pasando lentamente a unos treinta pasos de Doc.

—Arrójenos el dado —le pidió el bandido de los prismáticos,— y mucho cuidado, ¿eh? No vaya a caer fuera de la embarcación. No nos atrevemos a acercarnos a usted, pero en cuanto lo tengamos le entregaremos nuestros prisioneros.

El brazo de Doc describió una graciosa curva en el aire y cuadrado y blanco, el dado surcó el espacio iluminado por la luz de la luna. El hombre de la canoa lo atrapó al vuelo..

—Bueno —voceó—. Ahora,… vea la forma en que le devolvemos a sus camaradas…

Como si la exclamación fuera una señal convenida de antemano, los hombres de la canoa levantaron a una los rifles y éstos vomitaron fuego por la boca. Sus detonaciones se unieron en una sola y formidable descarga.

En el momento de lanzar el marfileño dado blanco, Doc Savage se hallaba de pie en la arena, con agua hasta las rodillas. Mas la descarga no le tomó desprevenido.

Apenas vió que descendían los cañones de los rifles se dobló por la cintura y después se dejó caer de bruces en el mar. Antes de que tronaran las armas se había sumergido.

El perfecto estado físico en que se conservaba le había dado una habilidad que ya en otras ocasiones lo había salvado la vida. Esta consistía en poder retener la respiración por un lapso de tiempo que parecía increíble.

En realidad ello no dependía totalmente de su estado físico, sino que en parte, era una añagaza. Debía hacer, no una previa y profunda respiración de aire, sino varias muy rápidas, con lo cual se llenaban de oxígeno los pulmones y, dotados así de una cantidad normal de aire, el hombre se zambullía.

Doc había aprendido tal sistema con los pescadores de perlas, en al Pacífico.

Ahora nadó entre dos aguas.

Procurando no separarse mucho del fondo arenoso de la playa. Desde luego, no avanzó en dirección a la canoa ni tampoco braceó

muy deprisa, por temor a agitar el agua y que se rizara su superficie.

Sonidos huecos (los disparos de los rifles) hacían vibrar el agua en torno suyo. Los bandidos malgastaban sus municiones con la esperanza de hacer blanco, sin duda.

Nadando, nadando, las manos de Doc tropezaron con una roca. La rodeó, sumergido todavía, y cuando supuso que la había interpuesto entre su cuerpo y la canoa, ascendió a flor de agua.

Llegó a tiempo de oír una serie de sonidos verdaderamente curiosos, semejantes a las voces de un gigantesco violón. Tal era su potencia sonora que herían los tímpanos.

Es más: la roca vibraba después de cada uno de ellos, con todo y ser muy breves, ya que no duraban más allá de dos segundos.

Estos sonidos eran, en realidad, una serie de disparos desgranados como las cuentas de un rosario, aun cuando el oído no pudiera separar unos de otros.

Tal era la rapidez con que se sucedían que, en efecto, parecían un solo disparo. Invento de Doc eran las pequeñas ametralladoras que los disparaban y que utilizaban los hombres de Doc, en los casos de mayor peligro.

Ahora el hombre de bronce se aventuró a echar una ojeada a la playa. Como le ocultaba la sombra de la roca proyectada sobre el mar, se hallaba a cubierto de miradas indiscretas.

Las pequeñas ametralladoras seguían disparando tiros de "gracia", como ellos les llamaban, o sea unas postas que, en lugar de la muerte, sumían al tocado por ellas en un estado letárgico.

Tres hombres habían caído ya en la canoa. No eran muchos si se considera la excelente puntería de los hombres de Doc, mas era evidente que ellos tampoco trataban de capturar a la pandilla.

Presas de un delirio extremo, los hombres de la canoa hicieron girar a ésta, pusieron la proa en dirección a la boca de la bahía. Algunas balas pasaron rozando la superficie de las olas, fueron en pos de ella como abejas irritadas, pero ninguna penetró en el interior de la canoa, ni la tocó siquiera.

La embarcación huía, delante de ellas.

—Por suerte esos hombres tiran muy mal —chilló, alborozado, uno de los bandidos.

—Si, pero,¡Qué armas gastan! —observó otro, estremeciéndose

—. Jamás oí cosa igual, amigos.

La terrible velocidad a que disparaban las ametralladoras había despertado en los tripulantes de la canoa un sentimiento muy parecido al terror y sus semblantes reflejaban fielmente esta impresión.

En el fondo de la canoa yacían inmóviles los tres heridos, que fueron examinados tan pronto como cesaron en la playa los gemidos impresionantes de las ametralladoras.

—¡Bueno! ¡No están muertos! —exclamó un miembro de la pandilla.

Continuó el examen y, de pronto, dio un gruñido de sorpresa.

—¿Qué es esto? ¡Las balas han penetrado, al parecer, en la piel y estallado dentro de ella!

Evidentemente no había visto en su vida cosa igual y cuando la canoa llegó junta a la goleta continuaba comentando el hecho con sus compañeros.

Después de izar por la borda a los tres heridos, subieron a bordo y allí se encararon con el oficial de guardia.

—¿Traéis el dado de marfil? —les preguntó éste.

—Lo traemos —declaró uno del grupo.

Sacó el dado del bolsillo y se lo entregó.

El oficial de guardia le dedicó una ojeada. De la playa surgió y llegó hasta ellos un sonido extraño.

Era una serie de palabras guturales, retumbantes e ininteligibles para los tripulantes de la canoa.

Doc Savage gritaba en un dialecto desconocido.

El hombre de guardia dijo a sus compañeros:

—Amigos: ¿entiende alguno de vosotros esa jerga?

Todos movieron la cabeza, negando. La lengua —en que acababa de emitirse aquella serie de sonidos era totalmente extraña a los bandidos.

Sin dar mayor importancia al incidente, todos se acercaron al hombre que tenía el dado en la mano y lo contemplaron curiosamente. Ellos trataron de abrirlo, lo sacudieron con fuerza y entonces se separó en seis secciones.

Lo que sucedió después fue por demás extraño. El que sostenía el cubo se quedó mirando estúpidamente los segmentos. Después se inclinó a examinar el suelo, y como si al fin hallara un lugar de

reposo, se desplomó de bruces en él.

Su caída fue estruendosa. Después quedó inmóvil.

CAPÍTULO XVII

LA FUGA

COMO por arte de magia fueron víctimas deL sopor misterioso todos los bandidos que se agrupaban en torno suyo. Primero cayó uno de ellos, luego otro, y otro. Ninguno exhaló un grito; ninguno intentó la fuga. Se desplomaron simplemente.

Poco después roncaban los cuatro a más y mejor.

Ni un solo hombre quedó en pie sobre cubierta, a los veinte segundos de haberse abierto la cajita.

Abajo estaba Ham y con él los demás prisioneros, encerrados en un pequeño y no muy limpio camarote. Se les había atado por las muñecas mediante una larga cuerda que iba de Ham a la bella Cere, de ésta a su padre y de su padre a los demás presos.

Mientras caían los hombres en el puente, nuestros amigos hacían algo inexplicable a primera vista.

Contenían el aliento. El señor Oveja tenía las mejillas rojas por el esfuerzo.

Parecía a punto de estallar.

Ham, con una mano hacia pausados ademanes, como si contara los minutos.

Finalmente hizo una aspiración profunda Y exclamó:

—O.K. Ya pueden respirar.

—¿Qué le ha movido a pedirnos lo contrario, Ham? —inquirió llena de curiosidad Patricia Savage.

—¿Oyó gritar a Doc en un idioma extraño?

—Sí; tan extraño que no he comprendido una palabra...

—Escasamente lo entienden una docena de personas en el mundo civilizado —explicó Ham—. Es el idioma de los antiguos Mayas. Doc lo habla correctamente; los seis lo hablamos y

comprendemos.

—¡Ah!¿Y qué ha gritado Doc en esa lengua?

—Me decía que en el dado de marfil había encerrado una cantidad determinada de su gas anestésico y me aconsejaba que retuviéramos el aliento porque el gas se extendería por la goleta en cuanto abrieran el cubo...

—Así y todo no comprendo por qué hay que retener la respiración —declaró Patricia con aire perplejo.

—Es muy sencillo. El gas anestésico se extiende con la velocidad del rayo —explicó Ham,— pero en menos de un minuto se disuelve y pierde su fuerza, por ello basta sencillamente, retener el aliento hasta que se evapore.

Así diciendo, se puso en pie. Variar de postura le era muy sencillo, ya que no tenía ligadas las piernas. Sus compañeros secundaron el movimiento.

Ham salió del camarote, subió a cubierta y los demás le siguieron. En realidad, no podían hacer otra cosa, ligados como estaban unos a otros.

AL contemplar los dos cuerpos inertes de sus secuestradores, Patricia hizo un movimiento de sorpresa.

—¡Han aspirado el gas! —dijo Ham—. Si conseguimos ahora llevar la goleta hasta la playa, estamos salvados.

—¿Ha surtido efecto? —gritó Doc desde la playa.

—¡Cómo por obra de magia! ¡Ojalá pudieras ver el cuadro! —le contestó Ham.

—Oye; como no hay gasolina en el depósito, no podrás poner en marcha el motor de la goleta —le advirtió el hombre de bronce—. Nosotros la remolcaremos hasta la playa a fuerza de remo.

—Si, pero ten cuidado. Aquí tenemos solamente una mitad de la pandilla —le advirtió Ham.

—¿Dónde esté el resto?

—Lo ignoro. En cualquier parte.

Doc no replicó a esto y como no se distinguía, debido a la irradiación lunar, Ham decidió que había partido en busca de sus hombres.

Patricia miraba con inquieta expresión a los hombres dormidos sobre cubierta.

—¿No revivirán inopinadamente? —preguntó al abogado.

—No. Lo menos tienen cuerda para dos horas —replicó Ham—. Hace tiempo que Doc emplea este gas y conozco sus efectos.

Patricia exhaló un hondo suspiro.

—¡Así, estamos salvados! —exclamó.

Pero demostraba un optimismo excesivo.

Inesperadamente sonaron varias detonaciones de rifle a una y otra banda de la goleta, despertando ecos atronadores en el acantilado. Una rociada de balas penetró violentamente en el casco y en el puente de la goleta y misteriosamente se abrió un agujero en el recogido velamen.

Sin embargo, los tiradores se hallaban todavía a cierta distancia. Ham, asomado a la borda, aguzó la vista y consiguió localizarlos por los fogonazos de las armas de fuego.

Se acercaban, procedentes de dos direcciones opuestas. Como a la distancia que se hallaban no era posible hacer blanco, era evidente que disparaban sobre la goleta por el mero placer de amedrentar.

—¡El resto de la pandilla! —anunció Ham a sus compañeros.

El Rábanos dijo con un gemido:

—¡Diablos!, Pues nos van a asesinar.

—¡Pronto! ¡A la canoa! —ordenó el abogado—. Dejadme a mi a popa y pondré el motor en marcha.

—Pero no era la goleta… —comenzó a decir Patricia.

—No tenemos tiempo de eso ahora —explicó Ham, atajándola—. Esos tunantes nos han estado escuchando y a estas horas saben lo que ha sucedido a sus camaradas.

Las canoas estaban de más para Ham. Les tenía antipatía desde que se diera desde una de ellas un chapuzón, años atrás, con detrimento del traje flamante que llevaba.

Ahora tenía la tarea de meter en la insegura embarcación a cinco individuos unidos entra sí por una cuerda. Por dos veces estuvo la canoa a punto de zozobrar y Ham gimió o se desesperó por turno. Cuando consiguió, al fin, llegar junto al motor instalado a popa lo halló caliente todavía.

Ham se consideró afortunado, pues de no ser así, jamás hubiera conseguido ponerle en marcha, teniendo como tenía las manos atadas.

Con sonoros impactos continuaban penetrando las balas de rifle

en la goleta. Unas mordían el agua y rebotaban seguidamente lanzando gemidos penetrantes; otras volaban por el aire sin tocar en la goleta ni en el mar y caían con «bangs» estrepitosos entre las rocas de la bahía o en la misma playa.

El motor dejó escapar una llamarada azul, hizo explosión y por fin comenzó a zumbar con un ritmo igual.

Patricia, instalada a proa, había soltado la amarra. Ham imprimió a la canoa toda la velocidad y la embarcación se apartó de la goleta cabeceando.

Una lluvia de plomo les siguió mientras se dirigían hacia la playa.

Sin embargo, los tiradores que continuaban aproximándose desde las dos opuestas direcciones, no se hallaban suficientemente cerca de ellos para hacer blanco.

Una bala atravesó el frágil costado de lienzo de la canoa, junto a la línea de flotación. Por el agujero abierto cerca de la proa comenzó, penetrar el agua en su interior.

—El rayo no cae dos veces consecutivas en un mismo sitio, ¿verdad? —observó Patricia, tapando con un dedo la vía de agua.

En realidad protegieron su llegada a la playa las pequeñas ametralladoras que tenían en las manos Doc y sus hombres, emitiendo inesperadamente aquellos gemidos tan semejantes a los sonidos graves de un violón.

Sus balas cargadas con una substancia química, además del gas anestésico, volaban incandescentes a la luz de la luna. Posiblemente el rastro inflamado que dejaban a su paso fue lo que hizo cesar el fuego de los rifles.

De todos modos fuese cual fuere el motivo, callaron súbitamente.

Ham introdujo la canoa en la playa, con tal ímpetu, que se encalló en la arena, casi en su total longitud. Después saltó por la borda arrastrando en pos de sí a los demás compañeros.

Junto a ellos, en silencio, surgió la forma gigantesca de Doc. Sacó un cuchillo y les cortó las ligaduras.

—¡Tu plan ha tenido un gran éxito! —le dijo Patricia.

—Se lo debéis a Monk —replicó el hombre de bronce—. Ha hecho el dado de pega con la rapidez de que sólo él es capaz. No en balde le consideramos un mago en materia de química.

Ham torció el gesto. Se le hacia insoportable oír alabanzas en honor de Monk.

El Rábanos se acercó a Doc Savage:

—Deseo ofrecerle mis excusas, mister Savage, por las molestias que involuntariamente le he ocasionado —dijo—. Ahora veo que no es usted nuestro enemigo.

—¡Oh, no! El señor Savage es un buen amigo —rezongó el señor Oveja, que había llegado al mismo tiempo.

Mas, al hombre de bronce no le interesaba conocer la opinión del señor Oveja, porque le volvió la espalda.

El Rábanos le dijo, en voz baja:

—No sabe cuánto lamento la actitud adoptada, desde un principio, por el señor Oveja.

—¡Bah! No tiene importancia... —repuso Doc en tono grave.

—Sí, sí —insistió el Rábanos—. Es un ingrato. Usted acaba de salvarnos la vida, pues iban a matarnos los hombres de la goleta; le debemos eterno agradecimiento.

Doc no dijo nada. Siguió andando en dirección a la cabaña.

—Es más; le debemos una explicación —continuó diciendo el hombre de la cara afeminada, con acento meloso—. No sé si sabrá que convencimos a la señorita Cere de que debía engañar a usted esta tarde...

—Si, ya estoy enterado.

—No pretendíamos hacerle mal alguno, sino sencillamente apoderarnos de usted. Albergábamos la necia esperanza de negociar su rescate de modo que obtuviéramos a cambio el dado de marfil. Sabíamos que estaba en su poder y creíamos que desconocía su valor.

La bella señorita Oveja se unió a ellos y tomó parte en el diálogo, afirmando:

—Esa es la verdad, señor Savage. Jamás hemos pensado en hacerle daño.

Doc le dedicó un profundo saludo, pero no dijo nada.

Pocos minutos después, él y Monk se hallaban solos en el salón de la cabaña y el simiesco químico aprovechó la ocasión para formular una opinión particular:

—Quizá me equivoque, Doc —dijo de pronto,— pero creo que existe alguna relación entre nuestros tres huéspedes y la pandilla de

bandoleros.

—¿Qué te mueve a imaginarlo?

—El hecho de que fuera una trampa mortal la que te preparaban.

Las extrañas pupilas doradas de Doc estudiaron atentamente al químico.

—¿De quién sospechas, Monk? —interrogó.

Después de tirarse de una oreja, pensativo, replicó el químico:

—Del señor Oveja.

El semblante de Doc no varió de expresión. Ni volvió a hablar del caso. En vez de esto extendió sobre la mesa un pedazo de papel, sacó un sobre cerrado de uno de sus bolsillos y lo rasgó por una esquina. De su interior se escapó entonces un pequeño reguero de arena blanca y limpia.

—¡Hola! ¿De dónde proviene? —interrogó Monk con expresión de curiosidad.

—De los «mocasines» del difunto Boat Face —respondió Doc—. Me parece que no estabas con nosotros cuando se la quité.

Sin aguardar la réplica de Monk se llegó a la puerta y llamó: —¡Pat!

Patricia entró en el salón con paso ligero. Estaba más bonita que nunca. Vió a Monk y le dedicó una sonrisa capaz de aturdir al hombre más sereno.

Quizá deseaba recompensarle su trabajo de construcción del falso dado de marfil, gracias al cual había salvado la vida de sus compañeros.

Monk se retiró llevando en la cara una expresión semejante a la del gato casero cuando se ha comido al canario.

Patricia era la muchacha más linda que había conocido y de buena gana se hubiera quedado a charlar con ella. Mas, después de dirigir una mirada al semblante de su jefe, había comprendido que éste deseaba hablar a solas con ella, por lo que se retiró.

Un minuto después reapareció Patricia que, sin volver la vista, se alejó dc la casa en dirección a la playa.

Pronto desapareció entre las negras sombras proyectadas por el arbolado que rodeaba su vivienda.

Doc Savage también salió al exterior y anduvo en la obscuridad hasta dar con Long Tom.

—Toma el micrófono y sube al tejado de la casa —le ordenó:— Una vez en él instala tu aparato y dime qué es lo que oyes…

Long Tom se apresuró a obedecer. Tan sensible era el micrófono que había inventado y tan potente el amplificador de sonidos, que hubiese sido de todo punto imposible que se acercara alguien a la cabaña sin ser oído.

Long Tom empalmó alambres, abrió llaves y dispuso piezas, pero en lugar del altavoz empleó, en esta ocasión, varios auriculares infinitamente más sensibles.

—¡Eh, Doc! —llamó casi inmediatamente—. Ya oigo algo. Me parece que son los pasos de una persona.

—Fíjate si da tras palmadas de vez en cuando —pidió Doc.

Long Tom aguzó el oído:

—Sí —respondió luego.

—Pues entonces es Patricia— —dijo Doc, con acento de convicción—. Le he dado dos pedacitos de madera y le he rogada que batiera palmas con ellos cada dos o tres pasos siempre que los oigas, ya lo sabes: es ella. Si oyeras algún ruido sospechoso, dispara dos tiros al aire. Esto es para advertir a Patricia que debe esconderse, o bien regresar a casa; como ella crea más conveniente.

—Pero, ¿qué es lo que hace? —preguntó Long Tom.

No obtuvo respuesta. Long Tom miró por encima del tejado y no distinguió ya a Doc, a la luz de la luna. Entonces volvió a escuchar. Por lo visto la misión de Patricia era, de momento, un secreto.

Doc había entrado en la casa. Sobre la mesa del salón alineó las seis superficies que componían el cubo de marfil. A primera vista le pareció que habían cincelado su reverso con cierto descuido.

Pasó un dedo sobre ellas y en efecto las halló ásperas al tacto, pero cuando hubo acercado a ellas la lente de aumento, las rugosidades cobraron una forma definida. En realidad eran los contornos de un mapa de la región, maravillosamente hecho en relieve.

De todos modos, fue indispensable ordenar las piezas varias veces, antes de tenerle tal como era.

—¡EA, ya está! —exclamó Renny.

Renny había estado mirando la operación por encima del hombro de Doc.

Probablemente, entendía más de mapas que ningún nacido.

Además, este conocimiento formaba parte de su educación.

Doc recorrió con la vista y ayudado por la lente, la línea irregular que indicaba la costa en el mapa. Realmente no era difícil localizar el lugar donde se hallaba sepultado el galeón.

El casco diminuto de una nave exquisitamente labrado indicaba el punto preciso y como no había ninguna otra señal en el mapa, su significado era evidente.

—¡Ese condenado buque apenas dista una milla de aquí! —exclamó Monk.

El señor Oveja, su hija y el Rábanos, que no habían tomado parte en el examen del mapa, penetraron casualmente en el salón a tiempo de observar lo que ocurría en él.

—¡Exijo la entrega de esa caja! —pidió inmediatamente el irascible señor Oveja—. ¡Es mía!

—¿De veras? ¿Qué derecho le asiste? —interrogó Doc.

Oveja comenzaba a decir indignado: —Mi antepasado...

—Su antepasado era un ladrón —le interrumpió Doc, concluyendo con su laconismo habitual—. Ni el dado ha sido nunca suyo, ni tampoco el galeón con los tesoros que encierra.

La ira ahogó al señor Oveja impidiéndole contestar de momento y antes de que estallara, se alejó de él el hombre de bronce.

—Salid y aguardadme emboscados —ordenó a Monk en voz baja —. Más tarde me reuniré a vosotros. No quiera disgustos con el señor Oveja. Procurad que no se dé cuenta de vuestra marcha. Long Tom, a quien dejo aquí, se encargará de vigilarlos. De todos modos, tiene que quedarse con su micrófono para proteger a Patricia. Ya le he encargado que le avise en caso de peligro.

—¿Vamos en busca del galeón? —le susurró Monk al oído.

—Lo has adivinado —fue la respuesta de Savage.

Veinte minutos después siseaba Ham a Monk, acompañando la acción de la siguiente repulsa:

—¿Te estarás quieto, demonio? ¡Tú solo armas más barullo que todos juntos!

No era justo. Precisamente acababa él de caer al suelo, con estrépito.

Monk se sonrió.

—Pues lo que es tú tropiezas a cada paso —observó—. ¡Deja ya ese estoque y mira por dónde andas!

El currutaco abogado, en efecto, lo empuñaba por la contera. AL secuestrarle los bandidos, lo había dejado en la cabaña, pero apenas escapó de sus manos, púsose a buscarlo con ahínco y no paró hasta dar con él.

—Tropiezo porque tú me pones el pie, aborto de la naturaleza —gruñó.

—¡Silencio, idiotas! —ordenó con acento apagado la voz de Renny—. Estad alerta que ya estamos cerca del galeón.

En efecto: ya se dejaba sentir el rumor de las olas y se distinguían los espumosos salseros que les sucedían. Este hecho indicaba que allí estaba cortado a pico el litoral.

Como los alpinistas, los compañeros de Doc llevaban consigo largas cuerdas, previsión indispensable en aquellos parajes. Precisamente cruzaban entonces un terreno singularmente accidentado. Bajo sus pies se abrían con frecuencia desesperantes grietas profundas como las hendiduras de un glaciar. En más de una ocasión los seis hombres se vieron obligados a detenerse junto a aquellos labios de piedra y descender, uno después de otro, hasta el fondo, mediante las cuerdas.

Otras veces veíanse obligados a aguardar al pie de un muro de roca, mientras Doc se encaramaba por él, dispuesto a izarlos por separado en cuanto pisaba la cima. Por fortuna, las paredes del cañón no eran un obstáculo insuperable, gracias a la enorme agilidad, destreza y sentido del equilibrio que poseía Doc.

En una de estas ocasiones los cinco hombres se sentaron a descansar en la cresta de un pequeño cerro. Doc se había adelantado, mientras ascendían y presumían que buscaba el lugar señalado en el mapa del dado.

De súbito, le oyeron gritar: —¡Aquí está, muchachos!

Instantáneamente recobraron el aliento y saltaron como si a su lado acababa de caer una exhalación. Después bajaron gateando por la pendiente opuesta en dirección al lugar donde se oía la voz de Doc.

Hallaron al gigante de bronce en el fondo de una depresión semejante, por su forma, a una copa. Junto a él vieron un cúmulo de verde ramaje, tan elevado que le llegaba a la cintura. Muros escarpados se alzaban por todas partes.

Johnny miró alrededor y puso una cara muy rara. Se quitó los

lentes y se los volvió a poner...

—Pues, señor; no veo nada —confesó.

Doc asió el extremo de una rama que sobresalía en la parte baja de la pila, cerca del suelo, tiró de él y se deshizo el túmulo.

El ramaje ocultaba un agujero abierto en la pronunciada ladera del cerro; la boca de un túnel de tres pies de ancho por cuatro de altura.

Hasta su primera mitad estaba, cavado en tierra blanda y revestido de madera nueva y brillante. En ella había espacios cubiertos aún de ramaje, cuyas hojas se mantenían frescas y verdes.

Más allá del revestimiento de madera, penetraba en la roca sólida y descendía bruscamente. En su suelo se había labrado una serie de toscos escalones.

—Este túnel ha sido abierto hace muchísimo tiempo —dijo Johnny. Y si alguien era llamado a juzgar de la época en que se había realizado tal o cual obra humana, nadie con mayor autoridad que el magro arqueólogo. De una sola ojeada adivinaba qué Faraón había bebido en la copa extraída de una tumba egipcia.

—Pues el revestimiento de la entrada es muy reciente —murmuró Monk—. Apostaría cualquier cosa a que ha sido acabado hace cuanto más, un par de semanas.

Los escalones se habían concluido y el túnel continuaba en línea recta por espacio de unos metros, terminando en una habitación subterránea.

Doc hizo surgir un luminoso haz de rayos de su lámpara y la hizo girar alrededor.

—¡Por el Toro sagrado! —exclamó Renny, con acento horrorizado.

CAPÍTULO XVIII

LA TRIPULACION DE ESQUELETOS

LA cámara subterránea no era tan grande como les había parecido en el primer momento, pero si lo suficientemente capaz para contener lo que veían.

A su derecha, sólida y lisa, se alzaba la pared del cañón; a su izquierda un alud de rocas dislocadas (rocas cuarteadas, torcidas, inclinadas), pero también sólidas.

Por el suelo arenoso corría un arroyuelo de plata liquida.

El galeón presentaba su panza frente a ellos, sobre el lecho rocoso en que se le colocara con objeto de reparar su casco, antes de la catástrofe. Su posición habiale preservado, hasta cierto punto de la humedad, pero desde luego no estaba en condiciones de navegar.

Dorado orgullo de la antigua escuadra española no ostentaba ya otro color que el gris repulsivo del moho que le cubría como un manto.

A la izquierda, sobre una roca, Doc y sus hombres descubrieron un esqueleto acurrucado como un perro durmiendo, y que con la diestra (de la cual se hablan caído parte de los huesudos dedos), cubría la órbita vacía de uno de sus ojos, como para preservarlo de la luz.

—Sin duda es un tripulante del galeón —observó Renny. La voz, ya estruendosa del ingeniero, adquirió un volumen tal dentro de la caverna, que hirió los oídos de sus compañeros.

—¡Baja el diapasón! —le ordenó Monk—. Temo que se nos caiga algo encima.

Doc Savage se encaró con ellos y les enfocó con la varilla luminosa de su lámpara, uno a uno. En su ansiedad le habían

seguido los cuatro hombres al interior del túnel.

De ellos, los rayos de la Lot pasaron al suelo. Había huellas de pasos recientes, ¡las impresiones de unos pies calzados con mocasines!

Doc había echado a andar, gruta arriba, pegándose al costado del galeón.

Detrás de él iban sus compañeros. Por el camino tropezaron con otros tres esqueletos. Junto a los despojos humanos vieron unos objetos mohosos, sables o trabucos, sin duda.

Varios bultos cubiertos de herrumbre alineados junto a los muros de la caverna, eran restos de los cañones sacados del galeón para carenar su casco.

Doc extendió el brazo y oprimió el casco con el dedo. Fue una presión ligera; sin embargo, el dedo se hundió hasta la mitad en la madera cubierta de moho. El galeón era un montón de madera podrida.

Doc hizo alto. Ante él, en el casco del galeón, se abría un agujero. Estaba hecho recientemente con una azada, tal vez, y tendría unos cuatro pies cuadrados de luz.

Doc pasó la lámpara por el boquete. En su interior había más esqueletos... cinco... seis..., siete. También eran grises y repugnantes debido a la capa de moho que los cubría de pies a cabeza.

Ciertamente componían un cuadro macabro aquella nave de tiempos pretéritos con su tripulación de esqueletos.

Doc penetró en la cavidad y se hundió hasta el tobillo en el podrido maderamen, parecía inevitable un derrumbamiento del buque y le extrañó que no acaeciera en aquel mismo instante.

Adentrándose por el boquete, descubrió objetos muy parecidos a los cofrecillos con abrazadera de metal de que nos hablan los historiadores.

Enfocó con su luz uno de ellos y exclamó:

—¡Están vacíos! —exclamó Renny, con voz de trueno—. ¡El tesoro ha desaparecido!

Doc Savage los examinó rápidamente uno tras otro, y por un mamparo salió a la popa. En ella había más cofres. Del interior de uno de ellos recogió una pieza circular de metal y un objeto centelleante de color verde que parecía un pedazo de vidrio, sin serlo, en realidad.

Con ambos objetos en la mano volvió a la entrada del boquete. Allí le aguardaban sus hombres.

—¡Anda! Una pieza de a ocho y una esmeralda —observó Monk —. Esto indica que realmente ha habido un tesoro en el galeón.

Ham, rabioso, dio un golpe con el puño de su estoque en un mamparo y la caña se hundió, inmediatamente, en la esponjosa madera del tabique.

—¡Desaparecido! —exclamó con pesadumbre—. ¿Quién se lo habrá llevado?

—Ya habéis reparado en esas huellas dejadas sobre la arena —explicó Doc—. Ved que han sido hechas por unos mocasines… ¿Qué deducís de ello?

Ham frunció el entrecejo.

—¿Acaso Boat Face? —insinuó.

—Justo. Boat Face dejó esas huellas —replicó Doc—. No sólo tenía el dado de marfil, sino que, además, conocía su significado. Alguien de la pandilla debió decírselo, pues probablemente le sobornaron para que se lo proporcionara. Él trató de engañarles y entonces le mataron.

—De modo que ahora tendremos que empezar de nuevo —gruñó Renny—, para descubrir el lugar donde ocultó el indio su tesoro.

—Quizá no lo haya llevado muy lejos —insinuó Monk—. Este lugar es tan a propósito como otro cualquiera. Busquemos.

Monk se dirigió a popa (Doc iba a su lado), y ambos pasaron por una abertura hecha con la azada en un mohoso mamparo.

De pronto, Doc dejó caer la mano sobre el hombro de Monk. El cuerpo macizo de éste pesaba casi noventa kilos, pero la mano de Doc le detuvo en seco, lo mismo que a un niño.

—¡Atrás!

—¡Demonio!¿Qué sucede? —Monk había girado sobre sus talones, y deshacía el camino recorrido.

No obtuvo respuesta; pegado a él iba el hombre de bronce. Antes de dejar el departamento hizo alto, y, vuelto a medias el cuerpo, enfocó la luz de la lámpara en el vacío.

Sus rayos descubrieron un alambre, delgado y tan gris como la capa de moho que cubría todos los objetos del galeón, que se hallaba tendido a unos palmos del suelo.

Volviéndose siguió Doc a Monk y se reunió a sus compañeros.

Estos clavaron en él una mirada expectante. Aguardaban una explicación. Todos tenían los nervios de punta.

No es lugar agradable una tumba en la que hay sepultados un galeón y su macabra tripulación de esqueletos, pero Doc no les dio explicación alguna de su conducta.

Solamente dijo: —¡Afuera todos!

Entonces ascendieron por el túnel rocoso, subieron los escalones y salieron al exterior. Ya era noche cerrada, una noche oscura, pues aunque hacía luna, como estaba todavía muy baja y la depresión era muy honda, no penetraban sus rayos hasta el fondo.

—¡Uf! —gruñó Monk—. ¡Qué contento estoy de haber salido de ese agujero! ¿Qué? ¿Ha pasado algo de particular, Doc?

—¡Para vosotros, sí, amigos, desde este momento! —les gritó una voz gutural.

Y, con estas palabras, los rayos lumínicos de varias lámparas de bolsillo se abrieron paso en la oscuridad hasta el fondo de la depresión. Doc y sus hombres quedaron envueltos en un torrente de luz cegadora.

Aguzando la vista, descubrieron en torno a las paredes del cañón varios hombres armados de fusiles.

Del círculo se destacó un bandolero y bajó como una flecha hacia ellos. Su avance por la pendiente fue una serie de tumbos y saltos grotescos. Pero no llegó al fondo de la depresión. A mitad del camino hizo alto.

—Conocemos el gas por sus efectos —observó la voz gutural que había hablado previamente—. Me refiero, señor Savage, al gas que anestesia mientras retienen ustedes el aliento. No trate de servirse ahora de él. Si vemos que cae al suelo nuestro enviado haremos fuego, ¿sabe?

Monk y Ham cambiaron una mirada inquieta. De momento habían dado al olvido su animosidad. Johnny y Renny permanecían firmes en sus puestos.

Cada uno de los hombres de Doc llevaba bajo la chaqueta una pequeña ametralladora; así, en ocasión tan extrema, discutieron para su interior el pro y el contra de sacar las armas y entablar una lucha con los bandidos. Pero, acabaron por abandonar la idea. La ocasión no les era propicia.

—Bueno, comprendido —dijo Doc con acento inexpresivo—. No

tiraremos.

—Veo que te pones en razón, hombre —replicó la voz desde lo alto del cerro—. En ese caso que cada uno se despoje de la chaqueta, que se quite la camisa y doble hacia arriba los pantalones para que veamos que no lleva armas escondidas bajo la ropa, ¡Ah! Volveos también los bolsillos del revés.

El que hablaba no estaba en el circulo formado por los bandoleros, sino detrás de ellos, oculto a la vista de Doc y de sus hombres.

Estos se despojaron de la chaqueta, del chaleco y de la camisa y, además, Doc de su famosa cota protectora. A continuación, se subieron los pantalones y volvieron sus bolsillos hacia fuera.

—Bueno —dijo el hombre oculto—. Ahora estamos seguros de que no tenéis armas. ¡Adelante, amigos, apoderaos de ellos!

Los hombres se dejaron resbalar por la pendiente.

Doc Savage les había visto a todos en otra ocasión. Era los secuestradores de Patricia Savage. Contó hasta once, es decir la pandilla entera, excepción del jefe, que no bajó a la depresión. Permaneció en la cresta del cerro, oculto a todas las miradas.

Los bandidos llevaban cuerdas en las manos y, con ellas, comenzaron a atar a los prisioneros. Una, extraordinariamente larga, fue destinada a Doc Savage. No eran de cáñamo, sino de algodón trenzado, muy sólido y resistente, y los hombres eran diestros en anudarlas del modo más conveniente.

En apariencia, Doc se sometió sin protestas a que le ligaran, pero un observador atento hubiera reparado en que los cables musculosos de sus muñecas eran más gruesos que usualmente.

Era que sujetaba los tendones a una gran tensión. Si le ligaban en este estado, le bastaría después aflojar la tensión para desembarazarse sin gran trabajo de sus ligaduras.

Uno de los bandidos llevaba echado al hombro un saquito de mano. De él sacó una botella panzuda de metal reluciente, con tapón de tornillo.

—Ahora, hombres, os daré a probar la medicina que administré a Alex Savage —gruñó, encarándose con los cautivos.

Y del mismo saco extrajo dos piezas desgastadas de caouchu cinceladas a grosso modo. Las dos ostentaban un mismo grabado: El de la cabeza de lobo con semblante humano. Seguramente servían

para estampar el sello del hombre —lobo.

Las pupilas doradas de Doc parecieron helarse en sus órbitas.

—¡Tenía delante al asesino de Alex Savage!

—¡No! ¡EL gas no! —gritó desde arriba el jefe.

—¿Por qué no? —rezongó el hombre—. Les dejaremos en cualquier parte y parecerá que murieron de un ataque cardíaco.

—¡No! ¡Todavía no!

El hombre guardó la botella metálica en el saco, dando visibles muestras de desagrado.

Un compañero había sacado el cuchillo y lo blandía con destreza notable.

Era el lanza cuchillos de la pandilla y se veía que estaba orgulloso de poseer tal habilidad.

—Pues entonces dejadme que les despache lo mismo que a Boat Face —suplicó.

Doc Savage no replicó palabra, no hizo ni el más ligero movimiento.

Pensaba, no obstante, que era un mal síntoma el que aquellos hombres hablaran tan francamente de sus crímenes, pues ello significaba que no pensaban dejarles vivos y en libertad de declarar ante un tribunal, lo que estaban viendo y oyendo.

—¡No! —repitió el jefe—. Tampoco hay que servirse del cuchillo… por ahora.

De pronto se mostró a plena luz y bajó, resbalando, la pendiente. Era de estatura elevada; pero poco más se veía de su persona. Una máscara o pañuelo de badana le cubría el rostro y la cabeza.

Doc Savage miró a Monk.

—¿Conoces a ese hombre? —interrogó, en tono seco.

Monk le dedicó una mirada escudriñadora.

—No —dijo, al fin—. No le conozco.

—¿No te es familiar su manera de andar y de moverse? —continuó preguntando Savage.

Monk reflexionó breves instantes y después replicó como si no se hallara presente el individuo objeto de la discusión.

—No sé, Doc, tendrás que decírmelo…

—O. K. Pues este pájaro es…

El enmascarado soltó una exclamación ininteligible. Agachándose se apoderó de una de las pequeñas ametralladoras que

Doc había tenido que dejar a la fuerza, se la echó a la cara y con ella hizo fuego sobre el pecho desnudo del hombre de bronce.

CAPÍTULO XIX

EL MUERTO ASESINO

DOC cayó al suelo. La pequeña ametralladora estaba amartillada de forma que dejaba salir una a una las postas y esto fue una gran suerte, pues no obstante hallarse cargada, de proyectiles anestésicos, una rociada de ellos recibida a quemarropa hubiera hecho un daño irreparable.

Conforme estaba, recibió Doc un solo tiro en el pecho. El anestésico obró en él rápidamente y, antes de caer al suelo, estaba probablemente dormido.

Monk y sus compañeros se le quedaron mirando con los ojos desorbitados.

Estaban aturdidos. Pensándolo bien era aquella la primera vez que veían totalmente indefenso a su jefe.

Ellos mismos se veían imposibilitados de acudir en su auxilio, ligados como estaban con cuerdas tan fuertes que era vano empeño tratar de romperlas.

—Bueno —dijo el atezado lanza cuchillos—. Ahora disparémosle un tiro de gracia… un tiro de verdad.

—No, amigos —dijo el enmascarado, con un gesto de reprobación—. Aplazaremos su muerte. Es muy posible que estos hombres hayan trasladado el tesoro de una parte a otra y si es así, tendrán que conducirnos hasta él.

Y, con estas palabras, penetró en el túnel, seguido por el grupo excitado de sus hombres. Todos ansiaban contemplar cuanto antes el tesoro que tanto trabajo les había costado adquirir. Ninguno se tomó la molestia de quedarse junto a los prisioneros. Evidentemente no podían escapar. Estaban bien sujetos.

Por fin, hasta el último hombre desapareció en el interior del

túnel.

Entonces Monk forcejeó desesperadamente para librarse de sus ligaduras, y sus compañeros le imitaron. Cada uno de ellos trató de cortar con los dientes las ligaduras del vecino y al cabo lo hubieran conseguido, pero se requería tiempo.

—¡Jamás nos veremos libres de ellas! —gemía Johnny.

Repetidas veces había mirado a Doc. Le miraban todos. Su fe en el hombre de bronce era extraordinaria, sabían que era un mago, un artista. Las cuerdas que le oprimían las muñecas, por resistentes que fueran, no hubieran podido detenerle a él más de unos minutos. Pero, era víctima del gas anestésico.

Es decir: ¿lo era realmente?

Los atezados bandoleros habían dejado una lámpara encendida en un ángulo de la depresión y sus rayos daban de lleno en el semblante de Doc Savage. De pronto dijérase que se movían sus párpados... ¡Si, parpadeaba!

—¡Doc! —exclamó Renny, en voz baja.

Dudaba. Conocía los efectos del tiro de gracia y jamás hubiera creído que un hombre pudiera recobrarse de ellos en menos de treinta minutos.

Y desde que Doc cayera desvanecido hasta el momento presente, habrían transcurrido diez minutos escasos. Su pronto restablecimiento era efecto de su excelente estado físico.

El hombre de bronce permaneció algún tiempo sumido en una inmovilidad absoluta y cuando habló, al fin, su voz no denotaba la más leve excitación.

—¿Adónde han ido?

—¿Quiénes? ¿La pandilla y el jefe enmascarado que acaban de secuestrarnos? —interrogó Monk.

—Sí.

—Pues... han entrado en el túnel.

Doc se puso de pie mediante un esfuerzo convulsivo, sobrehumano y repentino. La herida de su pecho era muy pequeña; un agujero rojizo del cual apenas manaba sangre.

—¡Van a morir,.. dentro del galeón! —profirió vivamente—. ¡Corramos! Aun tenemos tiempo de advertirles...

Sus palabras vibraban todavía en el silencio de la noche, cuando retembló, se dilató, bajo sus pies, el suelo de la hondonada. Este

movimiento fue seguido de un trueno sordo, prolongado, que partiendo, aparentemente del centro mismo del globo, aumentaba por momentos de volumen. La tierra tembló y se estremeció como si fuera a agrietarse y una nube de arena y de guijarros desprendidos súbitamente de las paredes del cañón, cayó en forma de lluvia polvorienta sobre Doc y sus hombres.

Simultáneamente les abrasó un hálito ardoroso. ¿Salía por ventura de las fauces de un dragón legendario? No. El túnel vomitaba rojas llamaradas. Una columna de humo amarillento les sucedió y después la entrada de la caverna se cerró lo mismo que una boca gigantesca.

Al propio tiempo cesó el temblor de tierra; se apagaron los ruidos subterráneos. Saltando, acabaron de bajar la pendiente unas rocas y después... se hizo el silencio en la hondonada.

Renny usó de la expresión que empleaba en los momentos de mayor emoción.

—¡Por el toro sagrado!¿Qué ha sucedido?

Doc no le replicó en el acto. Forcejeó en silencio, cambiando varias veces los brazos de posición. Sus músculos rígidos se aflojaron al fin y cayó al suelo la cuerda que los tenía sujetos.

Hecho esto, procedió a desatar a sus hombres, dándoles, mientras operaba, la explicación pedida.

—A través de uno de los departamentos del galeón —dijo—, observé que se había tendido un hilo que entraba en contacto con un detonador eléctrico disimulado hábilmente en un ángulo de la pared. Este detonador podía servir únicamente para provocar la explosión de un cartucho (o varios cartuchos) de dinamita, de pólvora, quizá...

—Y por ello nos hiciste salir tan deprisa del galeón, ¿eh? —exclamó Monk.

Doc hizo una señal de asentimiento.

—Si —contestó—. Temí que hubiera más contactos y mejor disimulados en otros departamentos del buque y me pareció conveniente abandonarle cuanto antes.

—Eso ha sido obra de Boat Face —adivinó Monk—. Pero, ¿con qué objeto?

—Sí. Evidentemente él tendió los hilos. Nadie más que él antes que nosotros, ha visitado la caverna, como lo demuestra la señal de

sus pies en la arena. Debía saber qué clase de gente le rodeaba y es posible que dispusiera la trampa para librarse de ella. Pensaría desde luego, entregarles la caja de marfil con objeto de que hicieran una visita al galeón, y cogerlos en la red…

Monk se quedó mirando la cerrada boca del túnel.

—No obstante hallarse muerto —observó—, hay que convenir en que Boat Face nos ha hecho un gran servicio. ¿De modo que ahora todos los bandidos están ahí dentro, muertos?

Doc afirmó con un gesto.

—Sí; no cabe duda.

Monk le dirigió una mirada penetrante.

—Oye, Doc: ¿quién era el caballero enmascarado? —deseó saber.

Doc iba a contestar, mas le cerró la boca un grito lejano. La voz que así rasgaba el silencio nocturno era una voz penetrante, Inconfundiblemente femenina, ¡la voz de Patricia Savage! Sin duda estaba deseosa de saber lo que había sido de los hombres.

—Han oído la explosión y están inquietos —manifestó Doc, en voz alta, en lugar de contestar a la pregunta del químico:— Vamos a tranquilizarles.

Dicho esto salió al encuentro de su prima, a quien halló a unos metros de la hondonada. Con ella llegaban Long Tom, la voluminosa Tiny, la señorita Oveja y su padre. Pero faltaba el Rábanos.

Long Tom estaba excitadísimo.

—¿Qué ha sucedido? —tartamudeó.

¿Dónde está el Rábanos? —dijo Monk al mismo tiempo.

—¡Que me aspen si lo sé! —exclamó Long Tom—. Desapareció. Entretenido como estaba con el micrófono, no le vi escapar, pero supongo que saldría de casa al mismo tiempo que vosotros y, de este modo, se confundieron sus pasos con los vuestros. ¿Os ha seguido?

—¡Ahora me explico por qué ha dado la pandilla con nosotros! —exclamó Doc.

Monk emitió un silbido prolongado.

—¡Vaya, vaya! —dijo—. Conque el enmascarado y el Rábanos eran una misma persona, ¿eh?

—Sí —afirmó Doc—. Él ha sido el alma de toda la intriga, el

inspirador de todas las violencias que hemos presenciado.

—¡Oh! ¡Eso hace temblar! —gimió, en español, el señor Oveja.— ¿El Rábanos, mi mejor amigo, era un ser falso y depravado?

—¡Ya lo creo! —dijo Doc—. Él fue quien en el tren, ordenó a sus hombres que le ahogaran valiéndose de las correas de mi equipaje. ¡Oh, poseía una astucia infernal! Se ponía a cubierto de toda sospecha, inculcando en usted la idea de que yo era su enemigo.

—Pero ¿y el tesoro? ¿Dónde está el tesoro? —inquirió Monk.

Doc se encaró con Patricia.

—Cuando te mostré la arena hallada en los «mocasines» de Boat Face —observó—, me hablaste de otra igual. La que llena el fondo de un remanso del río que al vadear éste, viste en cierta ocasión. Yo te he enviado a examinarla. ¿Qué has descubierto?

—El tesoro —repuso miss Savage—. Indudablemente lo llevó Boat Face hasta allí y lo dejó caer en el fondo del remanso, que es bastante profundo. Mientras lo acarreaba, debió ser cuando se le llenó de arena el calzado.

De uno de sus bolsillos extrajo un hilo fino y centelleante. Era una sarta de esmeraldas montadas en oro.

—Ved aquí la muestra —dijo.

AL contemplar la joya, el señor Oveja relegó a un olvido momentáneo el pesar que acababa de ocasionarle la traición de su falso amigo, y exclamó, agresivo:

—¡Señores, exijo una parte; Por lo menos unas tres cuartas partes del tesoro!

Pero Doc se hizo el desentendido.

—Y bien: ¿qué haremos con él? —quiso saber Patricia, añadiendo en el acto, por si acaso se habían interpretado mal sus palabras:— Yo no pido nada.

—Ninguno percibiremos nada —replicó Doc, en tono seco—. Buena parte del tesoro procede de las iglesias de la antigua ciudad de Panamá, y como dicha parte se identificará sin esfuerzo, volverá a la iglesia, su legítima dueña.

Tras de reflexionar un instante, siguió diciendo:

—El resto se empleará en la construcción de hospitales aquí, en el Canadá, y en construir un fondo común que administrará una junta nombrada exprofeso. Ella se encargará de costear todos los gastos de las operaciones que se lleven a cabo, de modo que

resulten gratuitas para los pacientes. Es así como utilizamos, usualmente, el dinero que cae en nuestras manos.

—¿A cuánto ascenderá el tesoro hallado? —Preguntó, con aire pensativo, Monk.

Por lo menos a varios millones —repuso Patricia—. Entiendo bastante de joyas para calcular su valor.

—Perfectamente —dijo, el señor Oveja—. Creo, señor Savage, que no puede emplearse mejor un tesoro que tantas vidas ha costado.

—Me alegra que haya reaccionado usted tan caballerescamente, señor Oveja —replicó Doc, estrechando la mano del español y dirigiendo una sonrisa a la hija de éste.

FIN

Título original: *The brand of the werewolf*